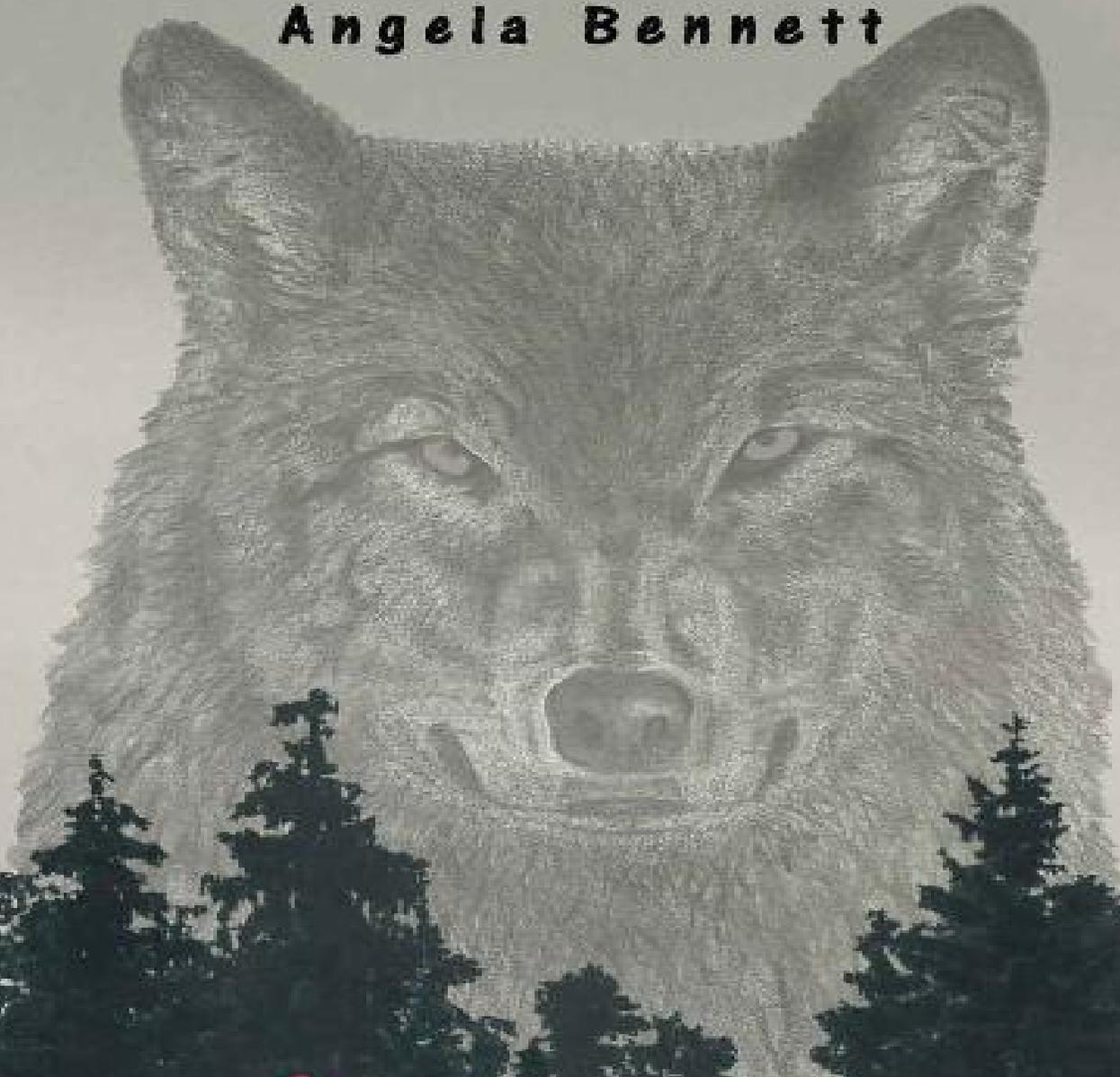


Angela Bennett



**A**mor en  
Tierra de Lobos

Serie Lobos de Montana I

Amor en  
Tierra de Lobos

Angela Bennett

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Amor en Tierra de Lobos

©Angela Bennett, ®2020

Fecha de publicación: Junio 2020

Diseño de portada: Nina Designs

Foto de portada: Unsplash

Corrección: TC

A todos los amantes de los lobos.

Era la oportunidad de su vida. Laura sabía que no podía desperdiciarla, era lo que había estado esperando desde que se había licenciado con honores en la universidad. Tenía que conseguir la noticia y ser la primera en publicar la información. Aquello podría significar el salto a un periódico de renombre y poder así abandonar su ciudad natal.

Llevaba como periodista del Helena Cronicles desde que había vuelto de la universidad. Era un periódico que se distribuía solo a nivel local, por lo tanto todas las noticias que se publicaban en el mismo eran de hechos acontecidos en la ciudad o alrededores. Nada emocionante, se repetía Laura con hastío todos los días. La población de Helena no alcanzaba para que surgieran noticias interesantes y si no las había, sus posibilidades de poder aspirar a trabajar para un gran medio de comunicación eran casi nulas.

Por eso, cubrir esta noticia era vital para ella. Tenía que hacerlo bien, y convertir este incidente en un artículo brillante. Mientras conducía en dirección norte, hacia la reserva india de los Blackfeet, se repetía una y otra vez que esta era la noticia que la iba a hacer triunfar. Además, por primera vez desde que había empezado a trabajar como periodista iba a realizar una verdadera labor de investigación. Eran muchos los motivos por los que estar entusiasmada ante la perspectiva de pasar unas semanas en un pueblo perdido del norte del estado. Le había costado muchos años el poder terminar la carrera, había tenido que trabajar y ahorrar durante mucho tiempo. Su tío la había acogido cuando ella tenía diez años, puesto que sus padres habían muerto en un accidente de coche. Era el hermano mayor de su padre y por lo tanto, se llevaban una buena diferencia de edad entre ambos. Su tío había sido bombero, cuando acogió a Laura se acababa de jubilar, y aunque a ella nunca le había faltado nada, fue obvio que el hombre jamás podría haberle pagado la universidad.

Así que tuvo que hacerlo sola, cuando terminó el instituto empezó a trabajar en una fábrica donde estuvo cuatro años. Eso le permitió ahorrar para la matrícula y el material necesario de los dos primeros años. Para el tercer año Laura sabía que no iba a poder continuar con sus estudios, se había planteado el tomarse un año para trabajar y volver ahorrar dinero. Lo que había ganado trabajando de camarera en una cafetería los dos primeros años en la universidad solo había servido para sus gastos y no tener que pedirle nada a su tío. Entonces este la sorprendió un día con un cheque que le cubría todos los gastos de un año de la universidad. Intentó rechazarlo, pero él no lo consintió. Le explicó que había liquidado un fondo de pensiones y que el dinero era para ella. Laura lloró aquella noche abrazada a su tío, y al día siguiente fue a la universidad a formalizar la matrícula.

Dos meses después, su tío murió de un infarto inesperado. Laura se volvió a quedar sola y el dolor que sintió fue inexplicable. Su tío lo había sido todo para ella, y ahora sentía que la vida la golpeaba de nuevo. Aunque lo peor vino cuando el abogado de su tío la citó en su despacho para leer el testamento de este. Todo lo que tenía se lo legaba a ella, pero había un problema: su tío había hipotecado dos meses atrás la casa en la que ambos vivían y por lo tanto, la obligación de pagar la misma pasaba a ella. Laura no tenía dinero, había invertido el regalo de su tío en la matrícula y las clases de la universidad, así que no le quedó más remedio que vender la casa y liquidar la hipoteca. Se mudó a un minúsculo apartamento a las afueras de Helena y comenzó a trabajar duro.

Tardó tres años más en terminar sus estudios. Consiguió que la contrataran en el Helena Cronicles después de terminar las prácticas en este mismo periódico, y allí llevaba cuatro años trabajando.

Laura necesitaba un cambio, necesitaba un verdadero trabajo de periodista. Sabía que era buena y que podía conseguir grandes cosas, pero no podía lanzarse e ir a una gran ciudad como Chicago o Los Ángeles, puesto que no tenía dinero para empezar desde cero. Se consideraba una persona ambiciosa, ya no había nada en Montana que la retuviera y sabía que podía aspirar a más. No tenía familia y su trabajo no la llenaba, conseguir realizar un buen artículo con esa noticia sería una buena adición a su curriculum y le permitiría hacer el cambio que tanto necesitaba en su vida.

Condujo durante dos horas, paró en una gasolinera de Choteau para llenar el depósito y comprar un sándwich. Según su GPS no encontraría más gasolineras en esa carretera hasta llegar a Browning, su destino.

Después de estirar las piernas y andar unos minutos, se montó en el coche y retomó el camino. El paisaje a su alrededor no era especialmente llamativo, eran tierras llanas que se extendían hacia el este de manera ininterrumpida. Las vistas al oeste eran mucho mejores, podía divisar a lo lejos las Rocosas y sus cumbres nevadas. Era principios de otoño, pero en aquellas latitudes las temperaturas seguían siendo bajas, sobre todo por la altura a la que se encontraban. De todas formas, las montañas quedaban a bastante distancia, por lo que no podía disfrutarlas. Intentó pasar el rato escuchando la radio, pero las emisoras iban y venían, algunas se perdían y convertían en estática y otras eran bastante aburridas. ¿A quién le interesaba que el condado hubiera ayudado con la fumigación de los cultivos?

Pasado el mediodía al fin llegó a Browning. Fue directa al hotel donde iba a hospedarse mientras estuviera en el pueblo. Se había imaginado que sería una ciudad, pero había comprobado la población en internet antes de salir y pasaba un poco de los mil habitantes. Con ese número de personas aquella localidad no podía denominarse ciudad, aunque Laura también había leído que los números podían no ser correctos, puesto que las cosas dentro de una reserva india eran diferentes. Las reservas se regían por sus propias normas y leyes, en teoría no atendían a la legislación estatal, que en este caso sería la del estado de Montana. Pero por lo que había averiguado, sí debían atenerse a las leyes federales que estuvieran vigentes a nivel nacional para todos los estados. La verdad era que el tema le había parecido un poco complicado y no pensaba que fuera relevante para su cometido. Su fin era lograr escribir un artículo que dejara sin palabras a los grandes editores de importantes periódicos, y eso era lo que pretendía hacer. Convertiría una noticia de un pueblo perdido en una reserva india en algo sobre lo que todos quisieran leer.

Aparcó y sacó su pequeña maleta del coche. En la recepción del hotel la recibió una chica bastante joven, con trenzas negras como la noche y una deslumbrante sonrisa.

—Buenas tardes, bienvenida al Glacier Peaks Hotel, ¿en qué pueda ayudarla?

—Hola, tenía una reserva para una habitación individual —contestó ella.

La chica se volvió hacia su ordenador, hizo una búsqueda y le confirmó que tenían su reserva. Le preguntó si quería una habitación cuya ventana diera a la calle principal a la que daba el hotel o prefería una a la parte posterior. Pidió una habitación que mirara hacia la entrada, teniendo en cuenta lo que había visto al cruzar el pueblo para llegar al hotel, no creía que las vistas posteriores del hotel fueran nada del otro mundo. Las montañas seguían estando demasiado lejos y el terreno en Browning era tan plano como una plancha de asar.

Subió a su habitación, comprobó que estaba limpia y no faltaba nada. Deshizo la maleta y colgó la ropa en el armario.

—Bien, hora de ponerme en marcha —se dijo a sí misma en voz alta.

Comprobó que llevaba la grabadora, el cuaderno y varios bolígrafos en su bolso. Su móvil tenía suficiente batería para durar hasta la noche, lo necesitaba por si tenía que sacar alguna foto. Salió de su habitación, abandonó el hotel y cogió el coche en dirección a la comisaría de policía, aunque creía haber leído que allí lo llamaban de otra forma.

Puso el GPS y arrancó, cuando salió de la calle principal que cruzaba el pueblo empezó a conducir más despacio. Para llegar a la comisaría tenía que pasar por calles residenciales, si es que a aquello se le podía considerar como zona residencial.

Las casas tenían todas el mismo aspecto. Parecían ser casas prefabricadas, todas estaban recubiertas en el exterior por láminas de madera. Algunas habían sido pintadas de vivos colores, Laura imaginó que seguramente había sido un intento de sus inquilinos de darles un aspecto más alegre. El entorno era deprimente, pensó mientras continuaba avanzando con lentitud con el coche. Las casas no tenían jardines a su alrededor, aunque disponían de bastante terreno que las separaba unas de otras. Pero la tierra era solo una zona yerma, con un poco de hierba amarilleada y poco más. No había césped, ni setos ni vallas pintadas de blanco. Quizá era por el clima, allí nevaba durante muchos meses y, tal vez, aquello no permitía mantener un verde jardín.

Cuando llegó a la altura de la comisaría aparcó el coche en un lateral de la calle y se bajó con el bolso colgando del hombro. Miró a su alrededor y la sensación de tristeza la embargó de nuevo. Las calles no tenían aceras, el único pavimento era la carretera en sí, y estando el día nublado todo tenía una apariencia lúgubre. No podía apartar de su mente que la rodeaba una enorme pobreza, reflejada en esas calles y casas.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos y con paso firme cruzó hacia la comisaría. Al llegar a la puerta se le cayó el alma a los pies: estaba cerrada, y por lo que indicaba la nota pegada a la puerta, lo estaría todo el día. Volvió a su coche un tanto decepcionada, se sentó tras el volante y tamborileó con los dedos en este. ¿Qué clase de pueblo era ese dónde una comisaría cerraba un día entero? Esperaba no haberse equivocado al elegir lo que había ocurrido en Browning como la noticia que quería usar como trampolín en su carrera, porque ese pueblo no parecía muy prometedor.

—Tendré que reorganizar mi plan del día y dejar la visita al jefe de policía para mañana —murmuró.

Echó un vistazo a las notas de su cuaderno. Tenía una lista de sitios a los que tenía pensado ir, la comisaría había sido el primero del listado porque era esencial intentar obtener la mayor información posible de la policía. Aquello le podría servir para esbozar la historia, aunque en realidad no sabía cómo de colaboradoras con la prensa serían allí las fuerzas del orden. Por norma general la policía solía facilitar la información de la que disponían, así de cara a la opinión pública siempre podían decir que no ocultaban nada y colaboraban con los periodistas.

Se mordisqueó una uña mientras decidía qué hacer. Giró la cabeza en dirección al oeste, en la lejanía se podían divisar las grandes montañas del Parque Nacional Glacier y aquello resolvió sus dudas.

Se puso el cinturón de seguridad, arrancó y dio media vuelta para volver a la calle principal de Browning. Giró a la izquierda en el cruce y puso rumbo al pico Two Medicine, la montaña en la que había muerto Jimmy Lunak.

Conforme avanzaba hacia el oeste la temperatura comenzó a descender y tuvo que subir la ventanilla del coche. El aire que se colaba era frío y le cortaba el rostro. Recordó que no había cogido la chaqueta, la cual colgaba cómodamente dentro del armario de su habitación de hotel. Se dijo que no iba a tardar tanto y que estaría de vuelta antes de que anocheciera.

El primer tramo de la carretera era una extensión de la que la había llevado hasta Browning. Llana, recta y en bastante buen estado. Pero cuando llevaba diez minutos conduciendo notó que la vegetación a su alrededor se espesaba, y el verdor empezó a pasar rápidamente a su alrededor. Al llegar a la altura de Kiowa, tomó el desvío a la izquierda que indicaba el GPS de su coche e hizo caso omiso al aviso que emitía sobre que era una carretera con bastantes curvas y que debía elegir una ruta alternativa más segura. Disminuyó la velocidad y continuó conduciendo.

Aunque no podía ver más allá de los árboles que bordeaban la carretera, sabía que estaba subiendo en altitud y por lo tanto lo que había detrás de ellos eran precipicios por los que se extendían rocas y denso follaje. Bajó más la velocidad del coche, no sentía miedo, pero era absurdo arriesgarse cuando, en realidad, no tenía prisa alguna.

Después de conducir varios kilómetros, y tomar algunas curvas bastante cerradas, llegó al punto que había señalado en su GPS siguiendo las anotaciones que había hecho en un mapa de la zona que había imprimido en casa. Cruzó la carretera y aparcó en el arcén del carril contrario. Decidió dejar su bolso dentro, no parecía una carretera muy transitada. Solo se había cruzado con un coche desde que había tomado el desvío a la altura de Kiowa. Cogió el móvil, cerró el coche y se guardó las llaves de este en el bolsillo del pantalón.

Se adentró en el bosque poco a poco, siguiendo lo que indicaba la aplicación del móvil hasta que este perdió la cobertura.

—Mierda —masculló en voz alta. Al menos podría usar el móvil para hacer las fotos que acompañarían a su artículo.

Su intención era llegar hasta el pico desde el cual Jimmy Lunak se había despeñado hacía cinco días. La muerte se había catalogado como accidental, pero entonces trascendió a los medios locales que la policía de Browning había abierto una investigación. Aquello encendió las alarmas en la mente de Laura. Siempre había tenido vocación periodística, y uno de los motivos era su capacidad para reconocer una noticia interesante. Sus profesores siempre alabaron este rasgo de ella, aunque no había podido usarlo a menudo trabajando en el Helena Chronicle.

Siguió andando con cuidado mirando su móvil. Aunque su ubicación no se actualizara por la falta de cobertura, el itinerario se había quedado en la pantalla y podía guiarse por ello.

Se alegraba de haberse puesto unas bailarinas planas y aunque se le clavaban algunas piedras en las plantas de los pies al andar, eso era mucho mejor que si hubiera ido con tacones. Los árboles se volvieron más altos, más anchos y con copas mucho más tupidas a la vez que avanzaba adentrándose cada vez más en el bosque. El viento movía las copas de los árboles y aquí y allá se escuchaban distintos trinos de pájaros. Por lo demás, el silencio era absoluto y por primera vez en su vida, Laura sintió una verdadera paz estando rodeada de naturaleza.

Llevaba quince minutos andando cuando escuchó un ruido tras ella. Se giró con rapidez pero no consiguió ver nada. La vegetación había aumentado en cantidad con cada paso que daba, y el suelo estaba cubierto de ramas y matorral alto. Se dijo que habría sido una rama movida por el viento, así que continuó. Cinco minutos después escuchó de nuevo un sonido justo detrás de ella, se

volvió pensando que sería como la primera vez y se quedó petrificada al contemplar cómo un enorme lobo negro la observaba.

Durante unos segundos su mente se quedó en blanco. Ningún pensamiento cruzó por ella y fue incapaz incluso de respirar. El tamaño del animal superaba con creces todos los lobos que había visto en su vida, siempre por televisión en documentales de naturaleza. Los lobos no tenían ese tamaño, ¿o sí?, fue el primer pensamiento coherente que pudo hilar y entonces el lobo dio un par de pasos hacia ella. Aquello hizo que Laura empezara a temblar, no necesitaba verle los dientes para saber que los colmillos de aquella bestia la devorarían en cuestión de segundos.

Intentó mirar a su alrededor sin mover demasiado la cabeza, pero la realidad era que la única dirección en la que podía ir, sin temor a perderse, era hacia donde el lobo estaba, puesto que en aquella trayectoria estaba su coche.

Recordó entonces algo que había visto en los documentales sobre animales salvajes. Los lobos siempre iban en manada y nunca solos. Aterrada intentó divisar algo entre la vegetación detrás del animal, sus compañeros no debían de andar lejos. No quería hacer movimientos bruscos, con lentitud miró hacia los lados, pero no consiguió discernir nada. ¿Tenían los lobos la habilidad de camuflarse para no ser detectados? Pensó que sí, pero ella no era una experta en lobos. En realidad, no era una experta en ningún tipo de animal salvaje.

Dio, despacio, un paso hacia atrás y vio aterrorizada cómo el lobo levantaba las orejas. Se quedó quieta sopesando sus opciones y llegó a la descorazonadora conclusión de que, en realidad, no tenía ninguna. Si se quedaba quieta el lobo seguiría avanzando hasta que llegara a su altura y la atacara. Si corría, sin duda, el animal la alcanzaría. Él estaba acostumbrado al bosque, ella era una chica de ciudad sin entrenamiento físico.

El lobo se sentó sobre los cuartos traseros e inclinó la cabeza hacia la izquierda. Aquel gesto en un animal salvaje la distrajo por un momento del peligro que corría. Era una actitud muy... humana, fue la palabra que le vino a la mente. Miró atentamente a la bestia y se percató de que tenía unos impresionantes ojos grises, de un tono que asemejaba al color de la luna llena. Quedó hipnotizada por ellos y sin darse cuenta, avanzó un par de pasos hacia el animal. Un gruñido bajo salió del animal y la hizo reaccionar. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que huir del lobo, no acercarse a él. Retrocedió los pasos que había avanzado y entonces el lobo se incorporó y anduvo hacia ella con lentitud. Laura supo que tenía que hacer algo cuanto antes.

—Si vas a darte un banquete conmigo, tendrás que ganártelo —le dijo al lobo en voz alta.

Por un instante, Laura pensó que el lobo había entendido sus palabras puesto que movió la cabeza de arriba hacia abajo. Pero lo desechó de su mente y con todas las fuerzas de las que fue capaz le lanzó el móvil al lobo. Este lo vio venir y dio un salto hacia la derecha esquivando con facilidad el aparato.

Laura no se detuvo a comprobar qué hacía el animal a continuación. Se dio la vuelta y empezó a correr, con toda la velocidad que pudo imprimir a sus piernas, en dirección a la montaña. Corrió y saltó ramas, intentó esquivar zarzas y casi chocó contra un árbol que apareció de la nada. Cada pocos pasos se giraba para comprobar, con terror, que la bestia la seguía y que cada vez había menos distancia entre ambos. Intentó correr más deprisa, pero empezaba a sentir calambres en las piernas y quemazón en los músculos de estas, los cuales no estaban acostumbrados a ese tipo de esfuerzo.

Entonces divisó en la distancia, delante de ella, que los árboles disminuían y que la claridad en el bosque aumentaba. Pensó que quizá habría salido el sol, pero si era más notable allí delante era porque estaba llegando a una zona despejada. Rezó para que fuera una cabaña de caza o algo parecido. Hizo un último esfuerzo titánico obligando a sus piernas a que aumentaran el ritmo,

intentó controlar la respiración porque empezaba a faltarle el aire y se impulsó hacia delante.

Cuando la vegetación se abrió a un claro pensó que lo había conseguido, pero entonces, instantes después de sentir la euforia del triunfo sintió que el suelo desaparecía a sus pies. Tuvo el tiempo justo de mover los brazos en el aire intentando recuperar el equilibrio y de mirar hacia abajo, confirmando que se había lanzado de cabeza hacia el abismo de la montaña.

Laura cayó por el mismo precipicio por el que se había despeñado días atrás Jimmy Lunak perdiendo la vida.

Laura no sabía cómo lo había hecho, pero al caer había conseguido agarrarse a una enorme rama que sobresalía de la tierra justo en el lugar en el que el terreno desaparecía para dar paso al vacío del precipicio.

Intentó recuperar la respiración, pero le costaba porque seguía haciendo un enorme esfuerzo por mantenerse agarrada a la rama. Escuchó un ruido sobre su cabeza, miró hacia arriba y se quedó de piedra al ver al enorme lobo a dos metros de ella.

El animal se asomaba por el límite del suelo del bosque y parecía mirarla a ella. Laura dejó de forcejear con la rama y le devolvió la mirada. Entonces el animal echó la cabeza hacia atrás y apuntando con el hocico hacia el cielo emitió un agudo y profundo aullido. El sonido le puso los pelos de punta y lo sintió por todo su ser. No podía apartar los ojos de la bestia negra que parecía estar comunicando algo al viento, era una imagen hermosa y espeluznante al mismo tiempo. El sonido cesó, el animal la miró de nuevo y giró sobre sus patas para desaparecer. Quizá había llamado a su manada, o les había transmitido que la presa estaba a punto de morir y quedar fuera de su alcance.

La invadió un sentimiento de soledad inesperado. Durante unos minutos se había sentido acompañada, aunque fuera por una bestia salvaje. Ahora estaba completamente sola y no creía que pudiera salir de aquello sin ayuda.

Jay corría como una exhalación. Había conseguido llegar a la cabaña y cambiarse con rapidez. Completamente vestido volvió sobre sus pasos.

Era todo culpa suya, la había asustado y ella se había lanzado al vacío sin darse cuenta. No era de por allí y era obvio que no conocía las montañas, ¿qué hacía entonces en aquel peñasco?

No había podido evitar seguirla, en el momento en que su esencia había llegado hasta él, se había convertido en una necesidad ir tras la chica. Nunca antes había sentido aquella atracción, y aunque no la entendía, no le había quedado más remedio que seguir su rastro.

—Mierda, no voy a llegar a tiempo —se dijo en voz alta.

Apretó el ritmo y llevó a sus piernas al límite de sus fuerzas. Se sentía sobrepasado por la situación, necesitaba llegar a la chica cuanto antes y le quemaban los gemelos. No entendía por qué su velocidad, resistencia y fuerza tenían que disminuir estando en esa forma.

Había llamado a los otros, pero ninguno había respondido a su llamada. Aquello lo cabreaba, pero entendía que debían estar todos en el pueblo y aunque lo hubieran escuchado, para cuando pudieran llegar allí arriba sería demasiado tarde para aquella chica.

Después de varios minutos corriendo, el olor de ella llegó hasta Jay, era tenue, pero podía guiarse por él sin problemas. En un intento desesperado, aumentó la velocidad todo lo que pudo. Aunque necesitara días para recuperarse, tenía que llegar a ella cuanto antes.

Laura se aferró a la rama con toda la fuerza de la que fue capaz e intentó apoyar los pies en algún saliente, alguna roca o algún hueco que hubiera en la misma. Sus esfuerzos fueron inútiles, su calzado no era el adecuado para la escalada, pensó con ironía. La suela de sus bailarinas no permitía agarrarse a la pared de piedra, era solo una fina lámina de goma. No obstante, siguió intentándolo al tiempo que trataba de trepar con las manos por la rama.

Después de un rato, los músculos de los brazos empezaron a quemarle y desistió de intentar apoyar los pies en algo. Se quedó allí, colgando de la rama con las piernas en el aire. Miró hacia abajo pensando en qué posibilidades tendría de sobrevivir si caía sobre algún matorral que fuera lo suficientemente blando para amortiguar el golpe, pero la realidad era que no entendía de vegetación y no tenía ni idea del tipo que habría abajo. Recordó con pavor que Jimmy Lunak, un chico joven y experimentado como excursionista, había muerto al caer por ese barranco. Aquello hizo que la realidad la golpeará. Iba a morir en mitad de la nada, en medio de un bosque rodeado de montañas y sin que nadie supiera que se había despeñado por aquel precipicio.

—No tengo ninguna posibilidad de sobrevivir a esto —dijo en voz alta.

Las lágrimas empezaron a brotar de manera silenciosa de sus ojos y descendieron por sus mejillas, para después abandonarlas y caer al vacío. Ese era el destino que la esperaba, perderse como una de sus lágrimas entre la espesura verde que la esperaba al fondo de ese abismo.

—No si puedo evitarlo.

Por un segundo pensó que estaba soñando, pero entonces miró hacia arriba y se encontró con un hombre de pelo oscuro que la miraba con el ceño fruncido.

—¿Eres real? —preguntó ella incrédula.

—Por supuesto que lo soy, y voy a sacarte de ahí. Solo aguanta un poco más mientras preparo la cuerda —contestó el desconocido, para después desaparecer de su campo de visión.

Laura se quedó quieta, sin creer todavía que una persona hubiera venido a rescatarla. No se movió ni un milímetro, y esperó a que él volviera para así confirmar que no había sido una alucinación. Entonces escuchó ruido y movimiento, y el hombre volvió a asomarse.

—Te voy a explicar lo que voy a hacer —dijo con voz firme—. Voy a deslizarme hacia abajo con los brazos extendidos hasta llegar a tu altura. En el momento en que llegue a tus brazos quiero que te agarres a mis bíceps y yo te sujetaré por las axilas para poder tirar de ti —explicó él.

El hombre tenía una voz ronca, el pelo negro y liso, y aunque no lo llevaba tan largo como había visto en otros hombres de la reserva, le caía un poco sobre los hombros. Como si lo hubiera llevado corto y estuviera dejándolo crecer.

—Pero... Pero no vas a poder conmigo, si me agarro a ti me quedaré suspendida en el aire y tendrás que aguantar todo mi peso —contestó ella asustada.

—No te preocupes por eso, puedo contigo.

La respuesta sonó convincente y a Laura no le quedó más remedio que confiar en que él podría sujetarla y tirar de ella.

El hombre se tumbó en el suelo y despacio, empezó a deslizarse asomando cada vez más partes de su cuerpo por el límite de la tierra. Una vez que quedó colgando de cintura para arriba extendió los brazos para comprobar la distancia a la que estaba de ella. Laura comprobó horrorizada que no estaba lo bastante cerca como para poder asirla. Enfocó la mirada en la cara de él, decidida a no dejarse invadir por el pánico. Tenía el ceño fruncido, pero era un hombre joven y con unos increíbles ojos grises que la impactaron, a pesar de la situación en la que se encontraba.

El hombre había conseguido descender más hasta que sus caderas habían asomado por el precipicio. Volvió a estirar las manos y esta vez llegó a los brazos de ella.

—Ahora viene la parte difícil. Suelta una mano de la rama y agárrate a mi brazo, quiero que

uses esa mano para darte un pequeño impulso y que con la otra consigas llegar a tocar mi hombro o lo más cerca posible de él, ¿de acuerdo? Necesito que haya menos distancia entre nosotros para poder agarrarte por debajo de los brazos.

Ella asintió no siendo capaz de articular palabra. Lo miró a los ojos, el movió la cabeza en un gesto que la animaba a hacerlo y, sin querer pararse a pensar mucho a ello, soltó la rama a la que se asía y se agarró a él con fuerza con la mano derecha. Contó hasta tres y aflojó la izquierda de la rama al tiempo que usaba la otra como apoyo para impulsarse. Como si de un milagro se tratara, el impulso fue lo suficientemente fuerte para que ella le alcanzara el hombro. No pudo evitar sentir la fuerza de los músculos a los que sus manos se aferraban, pero la felicidad que la embargó por haberlo conseguido hizo que apartara aquel pensamiento de su mente y sonriera.

—¡Lo he conseguido! —exclamó mientras lo miraba a los ojos.

El hombre le devolvió la mirada con un semblante imperturbable. Clavó sus ojos grises en los de ella y Laura casi podría haber asegurado que estos cambiaban de color. Pero no tuvo tiempo de pensar nada más, porque él la agarró por las axilas y, despacio, empezó a retroceder en el suelo al tiempo que tiraba de ella hacia arriba.

Laura contuvo la respiración mientras duró aquello. Tenía miedo de que cualquier pequeño movimiento suyo pudiera influir en el trabajo de él. Cuando las manos de ella quedaron a la altura del borde del suelo, él pegó un fuerte tirón que la levantó en peso. El hombre cayó de espaldas y ella quedó tendida cuan larga era encima de su cuerpo.

Durante un minuto ninguno de los dos dijo nada. La respiración del hombre era acelerada, el sudor le cubría la frente y el cuello. Laura no hizo amago de moverse, por alguna razón desconocida no sentía vergüenza de estar tumbada sobre él. Se sentía bien, y volvió a mirarlo a los ojos. Eran de un color fascinante, algo entre el verde y el gris. Ni siquiera sabía que ese color de pupilas existiera. La inundó una inmensa paz, el miedo la abandonó y solo quedaron esos ojos de color indescifrable y el sonido de las ramas de los árboles al ser movidas por el viento.

—Tus ojos son increíbles —susurró.

Un gesto de sorpresa cruzó el rostro de él, pero se recompuso con rapidez.

—¿Se puede saber por qué diablos corrías de esa manera directa a un precipicio? —La pregunta la sacó de su ensañamiento e hizo que enrojeciera.

Fue como volver a la realidad, con brusquedad se incorporó como pudo y se dejó caer a su lado, quedando sentada.

—Yo... Huía del lobo. Era la única dirección en la que podía correr.

—¿Qué lobo? —preguntó él, huraño.

El hombre se levantó y ella lo imitó. Se notaba las piernas temblorosas, pero hizo un esfuerzo por no mostrarlo.

—Un enorme lobo negro, apareció de la nada y empezó a perseguirme. No sabía qué hacer, solo se me ocurrió correr —explicó ella.

—Yo no he visto ningún lobo —afirmó él con excepticismo—. Solo te he visto a ti correr como una loca hacia el barranco.

—Había un lobo, ¿vale? Era enorme, no como los lobos comunes. De color negro y tenía los ojos grises. Avanzaba hacia mí, para comerme seguramente...

—Yo no he visto ningún animal salvaje y créeme que sé reconocer un lobo cuando lo veo —la interrumpió él.

Le molestó el tono en que le había dicho esto último. Ella no estaba loca y el lobo había sido muy real.

—Te aseguro —dijo ella enfadada—, que había un lobo salvaje que me perseguía.

Cerró las manos y apretó los puños, no iba a permitir que ese hombre dudara de ella.

—¿Y de dónde has salido tú? No vi a nadie cuando caminaba por el bosque.

—Estaba buscando hierbas para mi tía cuando te vi pasar corriendo. Al principio pensé que te detendrías al llegar al borde del terraplén, pero entonces te escuché gritar y fue cuando corrí en tu dirección —explicó él.

—¿Hierbas? ¿Eres de la reserva? —preguntó ella dudosa.

—Sí, pertenezco a la tribu de los Blackfeet. Vivo en Browning —confirmó él.

—No me habías parecido que fueras...

—¿Indio? Mi madre no lo era —dijo con tono cortante—. Será mejor que nos vayamos, necesitas que un médico te cure las heridas.

El tono autoritario le molestó, pero se miró el cuerpo y descubrió que tenía numerosos cortes en las piernas y en los brazos. El pantalón aparecía rasgado en algunas zonas, y comprendió que había quedado inservible. Las mangas de la camisa que llevaba habían corrido la misma suerte que los pantalones, por lo que también tendría que ir a la basura.

El hombre se puso a andar y ella lo siguió sin rechistar, aunque no pudo evitar mirar alrededor conforme avanzaban. Se fijó en que él también tenía cortes en los vaqueros que llevaba, aunque no parecían molestarle en absoluto. La figura de ese hombre, vista desde atrás, era enorme. Le sacaba la cabeza entera a Laura en altura y tenía una espalda ancha y, sin duda, fuerte. Ella podía dar fe de los músculos que se ocultaban bajo la camisa, los había palpado al agarrarse a él en el precipicio.

Después de diez minutos andando divisó su coche en la distancia.

—Aquel es mi coche.

—¿Puedes conducir? Si no te encuentras en condiciones para hacerlo, puedo llevarte yo —se ofreció él.

Ella miró a la carretera en ambas direcciones.

—¿Dónde está tu coche?

Él volvió a fruncir el ceño, Laura se percató de la arruga que se le formaba en mitad de la frente y pensó que era algo que debía hacer a menudo.

—Vine andando —replicó él.

—¿Andando? —Laura abrió los ojos sorprendida.

—A los nativos nos gusta disfrutar de la naturaleza.

Lo observó un momento y sintió que había algo diferente en él. Pero no tuvo tiempo de detenerse mucho a analizarlo.

—Si no necesitas más mi ayuda, te dejo. Ve directa al hospital del pueblo.

Y sin añadir nada más, cruzó la carretera en dirección contraria y se adentró en el bosque. Laura lo miró atónita hasta que se perdió entre la vegetación. Ese hombre era brusco, y aunque le estaba agradecida por haberle salvado la vida, todo lo que parecía decir sonaba como una orden. Sacudió la cabeza, se metió la mano en el bolsillo del pantalón y suspiró aliviada cuando sus dedos rozaron las llaves del coche. Lo abrió, se puso el cinturón e inspiró en profundidad. Arrancó el coche y puso rumbo de vuelta al pueblo.

La atendieron en el hospital de inmediato. Le sorprendió lo grande que era, había pensado que sería más bien una clínica local, pero era un hospital en toda regla. Vio carteles que indicaban la dirección en la que ir o el pasillo que tomar para ir a un ala o especialidad determinada. La sala de urgencias era magnífica, todo brillaba como nuevo y el personal fue muy eficiente. Un médico muy amable le explicó que eran cortes superficiales y que ninguno requería puntos. Envío a un enfermero, el cual de manera eficiente le limpió y curó los cortes. Le facilitaron analgésicos por si el dolor aumentaba y la enviaron de vuelta al hotel.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando entró en su habitación. Se sentía exhausta, como si un camión la hubiera arrollado. Le dolía el cuerpo, notaba los músculos tensos y tenía ganas de llorar. No quería compadecerse de sí misma, pero no podía evitar pensar que había estado a punto de morir.

Decidió que se ducharía más tarde, se quitó la ropa y la dejó tirada en el suelo. Se metió en la cama, unos ojos grises se le aparecieron al cerrar los ojos, pero antes de que pudiera pensar en ello se había quedado dormida.

Despertó horas después sintiéndose mejor. Se estiró en la cama y notó que el cuerpo seguía doliéndole, pero ya no sentía necesidad de llorar. Se levantó para ir al baño, y al volver fue consciente de que la claridad se colaba entre las cortinas de la habitación. Se acercó despacio a la ventana, y al descorrerlas contempló con sorpresa que estaba amaneciendo.

—¿Pero qué hora es?

Fue en busca de su teléfono y cayó en la cuenta de que lo había perdido en el bosque el día anterior.

—Un objeto de defensa personal perfecto contra un lobo gigante —dijo en voz alta con sarcasmo.

En la habitación no había reloj, por lo que llamó a recepción para consultar la hora. La voz de la recepcionista que la había atendido a su llegada el día anterior la saludó con verdadero entusiasmo.

—Son las seis y media de la mañana —le informó.

Laura dio las gracias y colgó. Había dormido más de catorce horas seguidas. «¿Cómo es eso posible?», pensó. Se encogió de hombros, era el momento de volver al terreno de juego. Había tenido un incidente traumático, pero todavía tenía mucho trabajo por delante. Se metió en la ducha y se preparó, desayunó en el buffet del hotel y salió con su coche en dirección a la comisaría. Esperaba encontrarla abierta y poder hablar con el jefe de policía.

Condujo por la ciudad y por las mismas calles por las que había pasado el día anterior. Las casas volvieron a parecerle igual de tristes. Quizá si la gente intentara hacer algo con sus jardines, la ciudad entera ganaría un poco de luz. Aunque el clima no parecía acompañar, era septiembre y estaba nublado, quizá en verano no llegaban ni a los veinte grados.

Llegó a la comisaría y desde su coche pudo ver que la puerta estaba abierta, aquello le hizo

sonreír. En esa ocasión no se le iba a escapar el jefe de policía. Se bajó y apresuró, mientras sujetaba el bolso, hacia el edificio. Entró, se presentó al agente que estaba en la entrada y pidió hablar con el jefe del policía. El hombre la miró de arriba abajo de forma descarada, sin contestarle descolgó el teléfono y habló con alguien en voz tan baja que Laura fue incapaz de entender lo que decía.

—Puede esperar ahí, el jefe vendrá pronto. —Le indicó con una mano una fila de sillas de plástico que había en un rincón.

Laura le dio las gracias y se sentó en una de ellas. Sacó cuaderno y bolígrafo, y repasó las preguntas que quería hacerle al responsable de las fuerzas de seguridad del pueblo. Media hora después, cuando ya empezaba a impacientarse, un hombre de mediana edad y marcados rasgos nativos fue a su encuentro.

—¿Es usted Laura Colter? —preguntó con rudeza.

—Sí, del Helena Chronicle. He venido para cubrir la noticia de la muerte de Jimmy Lunak —expuso ella con su voz más profesional.

—Bueno, pues no hay noticia que contar. Así que puede marcharse.

La respuesta del jefe de policía la dejó desconcertada. Reaccionó a tiempo de alcanzar al hombre antes de que desapareciera tras una puerta.

—Si la policía ha abierto una investigación al respecto, es porque habrá algo que contar —insistió ella.

—¿Qué investigación? Ha sido una muerte accidental, no hay ninguna investigación abierta.

—Pero... La información que nos ha llegado al periódico...

—Mire, no sé dónde habrá escuchado eso o quién se lo ha podido contar, pero aquí no hay nada que investigar ni por nuestra parte ni por la suya. Así que si no necesita nada más, haga el favor de marcharse... —El hombre hizo una pausa y añadió—: Del pueblo. Vuelva a Helena y dedíquese a otras noticias.

—Esta es la noticia a la que me dedico ahora, como representante de las fuerzas del orden de Browning tiene el deber de informar a la gente sobre la investigación que se está llevando a cabo —le espetó ella.

—Le repito que no hay nada que investigar. Ha sido una muerte accidental, ahora vuelva a su periódico y dedíquese a noticias más acordes con usted, como puedan ser bodas de famosos y similares —repuso el agente.

—¿Disculpe? Sepa usted que soy una de las mejores periodistas de Helena y que estoy en mi derecho de informar sobre esta noticia —expuso ella indignada.

—Haga lo que crea conveniente, pero en este pueblo no hay ninguna noticia para usted. Ahora, si me disculpa, tengo cosas importantes en las que ocupar mi tiempo.

El hombre la dejó allí plantada, se perdió por el pasillo sin volverse para comprobar si Laura seguía allí o se había ido. Miró hacia el agente de la recepción y vio que este le dedicaba una mueca burlona. Se pegó el cuaderno al pecho y se dirigió a la puerta. Salió a la calle, enfadada, sin mirar hacia adelante y con la vista pegada a su cuaderno.

Por ese motivo no vio la enorme figura que caminaba en su misma dirección. Ni se dio cuenta de que había alguien en su camino hasta que no chocó con él y del impacto cayó hacia atrás sobre su trasero.

Levantó los ojos mientras se frotaba las nalgas con gesto dolorido y se encontró con unos profundos ojos verdegrises que la observaban con atención.

—¿Es que no miras por donde vas?

La pregunta hecha en tono áspero la sacó de su aturdimiento.

—Quizá yo iba despistada, pero tú sí me has visto. ¡Podías haber llamado mi atención! — exclamó ella indignada.

Él la ignoró y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Sintió la mano de él, grande y fuerte, tirar de ella sin esfuerzo y la recorrió una especie de descarga eléctrica desde el brazo hacia el resto del cuerpo. Se levantó y se ajustó la chaqueta, intentando comprender qué había sido aquello. Lo miró nerviosa, era la segunda vez que coincidía con él y de nuevo había tenido que ayudarla.

—Creo que deberíamos presentarnos...

—Jay Lunak.

—Yo soy Laura Colter.

Él no hizo amago de moverse, ni tendió la mano para estrechársela.

—Esto... Gracias por ayudarme a levantarme. Y sobre todo, por salvarme la vida ayer — agradeció ella.

Él asintió, pero no añadió nada más. Mantenía la vista fija en ella, pero sin soltar palabra y ese escrutinio empezaba a incomodarla. Lo mejor era largarse de allí y seguir su camino.

—Bien. Bueno, pues nos vemos. Hasta pronto.

Pasó al lado de él y escuchó cómo inhalaba con fuerza. Era un hombre extraño, sin duda, pero le debía la vida. De todas formas, no pensaba que fuera a verlo de nuevo, aunque todavía le quedaba bastante trabajo por hacer en ese pueblo perdido del norte de Montana.

Jay entró en la comisaría con la imagen de la chica ocupando la totalidad de su mente. Era muy guapa, pero no se trataba solo de su belleza. Tenía el pelo negro y corto, por debajo de las orejas. No mediría más de un metro sesenta y tenía unos ojos también negros, tan profundos que parecían ocultar muchos secretos. Pero había algo más que lo atraía y lo empujaba hacia ella. Irradiaba un aura especial, algo que habían podido sentir sus dos naturalezas.

Vio como el jefe Weasel se perdía al fondo del pasillo en dirección a su despacho. Sacudió un par de veces la cabeza, en un intento de volver a la realidad después de haberse cruzado otra vez con esa chica. Su esencia, de nuevo, lo había golpeado con la fuerza de la coza de un caballo. Se acercó al jefe de policía.

—Hola, Charlie. Justo venía a hablar contigo —saludó Jay.

—¿Tú otra vez? —repuso el policía mientras se daba la vuelta para encararlo.

Charlie Weasel tenía poco más de cincuenta años, una enorme barriga que le colgaba por encima del cinturón del pantalón y era casi tan alto como Jay, por lo que no tenía que mirar hacia arriba cuando hablaba con él.

—Quiero saber si ha habido novedades en la investigación —explicó él.

—¿Qué novedades quieres que haya? Tu primo se cayó por el risco Two Medicine, no hay nada que investigar —aclaró el jefe de policía.

—Sabes que no fue un accidente, alguien lo empujó —replicó Jay.

—¿No habrás sido tú el que ha traído aquí a esa periodista de Helena, verdad? —inquirió Charlie.

—No he sido yo, ni siquiera sé quién es y mucho menos sabía que era periodista —dijo sorprendido—. Pero ya que estamos hablando del tema, quizá ella tenga más suerte que yo, ya que veo que no piensas mover tu enorme culo para investigar lo de Jimmy —le espetó al hombre y se dio la vuelta para salir de la comisaría.

El jefe Weasel le gritó algo, pero él no llegó a escucharlo. No tenía interés en oír las excusas que aquel policía vago e inepto tenía que darle. Al volver a la calle vio cómo la chica, Laura se dijo, se montaba en el coche. Corrió hacia ella antes de que se le escapara.

Laura se montó en el coche y sacó su cuaderno de notas. Pasó las hojas y repasó lo que había anotado, pensó con enfado que no iba a poder conseguir ninguna información de la policía, que era la que se suponía que iba a ser su principal fuente de información.

Con un suspiro dejó el cuaderno en el asiento del acompañante y arrancó, cuando miró hacia la izquierda para asegurarse de que no venía ningún vehículo vio cómo Jay trotaba en su dirección. De nuevo sintió el nerviosismo crecer en su interior, era algo que no le había pasado nunca antes con nadie y no lo comprendía. Detuvo el coche y bajó la ventanilla. Él se acercó hasta ella.

—¿Eres periodista?

—Sí, del Helena Chronicle.

—¿Has venido por lo de Jimmy?

—Esa es la idea, aunque no he empezado con muy buen pie —se sinceró ella.

—Te ayudaré.

—¿Cómo has dicho?

—Que te ayudaré con lo que sea que tengas que hacer. Jimmy era mi primo, su madre y mi padre eran hermanos. Quiero saber qué es lo que ha pasado —explicó Jay.

Laura lo miró sorprendida. Era verdad que no esperaba demasiada colaboración de la gente del lugar, es lo que solía pasar en pueblos pequeños, pero sin duda tampoco había pensado encontrarse con un jefe de policía que casi la había echado a patadas de la comisaría. Sopesó sus opciones y decidió que la ayuda de ese hombre le vendría bien si quería llegar a alguna parte con sus preguntas.

—De acuerdo, podríamos ir a algún café y hablar sobre...

—No. Nada de sitios públicos. Aquí hasta las sillas tienen oídos —advirtió él. Dio la vuelta al coche, abrió la puerta y se sentó en el asiento del acompañante sin que ella lo invitara, dándole el tiempo justo de coger su cuaderno y el bolígrafo que había puesto allí segundos antes—. Vamos a mi casa, te indicaré el camino.

—Pero, ¿y tu coche? —preguntó ella mirando en la calle a ambas direcciones sorprendida de la audacia de Jay.

—He venido andando.

—Sí que te gusta andar.

—¿Nos vamos? —preguntó él con sequedad.

Ella no se lo pensó dos veces. Dio la vuelta y siguió las indicaciones de Jay para llegar a su casa.

Laura condujo en completo silencio hasta que llegaron a la casa. Jay Lunak no parecía ser un tipo hablador, pero su presencia dentro del coche era imposible de ignorar. El hombre mantenía la vista fija en la carretera y solo hablaba para dar indicaciones a Laura. Su voz ronca le ponía la piel de gallina y durante todo el camino no dejó de desear que él siguiera hablando. Su voz era adictiva.

Vivía a las afueras del pueblo en dirección norte en una casa que no difería gran cosa a las otras que había visto en Browning. La diferencia más notable era que parecía haber sido pintada no hacía mucho en un color gris claro y que había un segundo edificio a la derecha de la vivienda que tenía pinta de ser un establo. A la izquierda el terreno había sido delimitado por una cerca de madera donde se podían ver varios caballos pastando.

Bajaron del coche y él la invitó a entrar. La casa estaba limpia y recogida. La puerta de entrada daba a un salón con cocina americana, y del salón salía un pasillo donde pudo ver que había tres puertas. Imaginó que serían las habitaciones y el baño.

Jay le preguntó si le apetecía algo de beber, pero ella negó con la cabeza. Se sentaron en los sillones del salón y Laura sacó cuaderno y bolígrafo. Dudó unos segundos en si debía sacar la grabadora, pero su instinto le dijo que con aquel hombre era mejor no hacerlo.

—Siento mucho lo de tu primo —dijo ella con sinceridad.

—Gracias. No era mal chico, pero andaba metido en algo y sin duda eso es lo que lo ha matado —expuso él.

—Si quieres, empiezo contándote la información de la que dispongo, que en realidad no es mucha —dijo ella—. Aunque, me gustaría preguntarte algo primero, si no te importa.

—Adelante, supongo que tendrás muchas preguntas.

—Bueno, esto es más curiosidad. ¿Por qué quieres ayudarme? Quiero decir, soy periodista y por norma general no nos reciben bien en ningún sitio. El jefe de policía, sin ir más lejos, me ha enviado de vuelta a Helena sin muchos miramientos —dijo molesta mientras se encogía de hombros.

—Ese es precisamente el motivo de querer ayudarte. Charlie Weasel no va a investigar la muerte de Jimmy y si ha abierto de manera oficial una investigación ha sido porque yo me pasé los dos días después de su muerte pegado a su culo insistiendo en ello y por fin conseguí que lo hiciera. Pero su investigación no va a llegar a ninguna parte, de esto estoy completamente seguro.

—Bien, eso me lleva a otra conclusión... No piensas que lo de Jimmy fuera un accidente, ¿verdad?

—No. Es imposible que Jimmy cayera al vacío por ese precipicio.

—Está bien, te cuento lo que yo tengo que es casi nada. Un accidente en las montañas, un chico joven y supuestamente experimentado se despeña por un barranco. Lo más extraño es que encuentran su cadáver desnudo y con profundas heridas que parecen haber sido hechas por un enorme animal salvaje. Hace tres días me llegó la información de que se había abierto la investigación. Y eso es todo lo que tengo —explicó ella.

—Lo importante de todo eso es que Jimmy jamás se hubiera caído por ningún precipicio de estas montañas. Él las conocía como la palma de su mano.

—¿Pero no te parece extraño la forma en la que apareció su cuerpo?

—No, la verdad es que no —contestó él con rapidez, lo que hizo sospechar a Laura. Había algo que Jay no le estaba contando—. Alguien lo empujó y lo tiró al fondo de la montaña. Algún animal se lo encontró, lo atacó y le arrancó la ropa. Seguramente fue un lobo.

—¿No me dijiste que aquí no había lobos? —objetó ella.

—No. Lo que te dije fue que yo no había visto ningún lobo. No dije nada de que no hubiera lobos en la zona —aclaró él.

—Eres un hombre bastante irritante.

Laura puso los ojos en blanco y decidió no ahondar en ello. Aunque ella sabía que la forma en la que habían encontrado el cuerpo de Jimmy era importante en todo este suceso. Su sexto sentido le decía que era la clave del asunto. Pero necesitaba más información, por lo que de momento no presionaría a Jay.

—¿Crees que podríamos hablar con la familia de Jimmy? Quizá su madre, o su novia.

—Jimmy no salía con nadie. Pero te llevaré a ver a su madre, es la hermana menor de mi madre. Lo está pasando mal, así que sé amable con ella y piensa bien lo que vas a preguntarle —le advirtió él.

El tono de voz en que le dijo la última frase hizo que Laura se estremeciera. Era una advertencia, pero en parte una orden también y por alguna razón desconocida, aquello hizo que algo se agitara en su interior. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero esa voz profunda conseguía llegar a lo más hondo de su ser y hacerle anhelar que continuara hablándole de aquella manera.

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos, se puso en pie y siguió a Jay hacia el exterior.

Salieron de la casa de Jay, Laura siguió una vez más sus indicaciones hasta que llegaron a la casa de la madre de Jimmy. De nuevo hicieron el recorrido en silencio y Laura se preguntó si el hombre sentado a su lado tendría problemas para socializar. Aunque tampoco es que hubiera tanta gente con la que relacionarse en aquel pueblo diminuto. «Seguro que ni siquiera tienen un periódico local», pensó ella con desdén.

La mujer salió a recibirlos, llevaba ropa típica de los Blackfeet y el pelo canoso recogido en trenzas. Portaba una expresión de profundo dolor y Laura no pudo evitar sentir se mal por ir a molestarla cuando su hijo había muerto hacía tan pocos días.

Jay y su tía se abrazaron durante un largo rato. Ella se mantuvo apartada para darles la intimidad que necesitaban. Podía sentir el cariño que se profesaban, lo que la llevó a pensar que Jay debía estar destrozado por haber perdido a su primo. Con seguridad habían estado muy unidos y aquella debía ser una terrible pérdida para él. Comprendió por qué era tan importante para Jay averiguar quién estaba detrás de la muerte de Jimmy, porque si una cosa tenía clara Laura era que aquello no había sido un accidente. Lo que no alcanzaba a comprender era por qué el jefe de policía no quería encontrar al culpable.

La mujer los invitó a pasar y al entrar en la casa, Laura se sintió de inmediato reconfortada y cómoda. Dentro de la vivienda olía a campo y a naturaleza, localizó una vasija que sostenía un cuenco en la parte de arriba donde se quemaban lentamente hierbas de varios tipos. En las paredes colgaba todo tipo de ornamentación india. Había una especie de tambor colorido y con plumas, algunos cuadros con iconografía nativa y varios banderines hechos de cuentas de colores. El respaldo del sofá estaba cubierto por una enorme piel de algún animal que Laura no supo identificar.

El lugar era tan acogedor que no pudo evitar pensar que le hubiera encantado crecer en una casa así. Allí se respiraba amor y la cálida sensación de ser un hogar. La madre de Jimmy los invitó a sentarse. Jay la presentó como Martha.

—Muchas gracias por recibirnos, señora Lunak. Siento mucho su pérdida y espero no incomodarla con mis preguntas —se disculpó ella.

—Llámame Martha, por favor —pidió la mujer.

La tristeza que desprendían sus palabras le llegó al alma. Aquella mujer estaba destrozada por la muerte de su único hijo, y por un momento se sintió mal por venir a su casa a molestarla. No quería atormentarla con cuestiones absurdas y hurgar más en la herida abierta que esa madre tenía en el corazón, pero debía hacer su trabajo. Apartó aquellos pensamientos de su cabeza y se centró en su cuaderno de notas.

—Intentaré ser breve, Martha. Solo puedo imaginarme el dolor por el que tiene que estar pasando.

La mujer asintió lo que animó a Laura a seguir.

—Tengo constancia de que Jimmy trabajaba en el Glacier Park Lodge y que se encargaba de las excursiones y rutas a caballo. ¿Sabe si se dedicaba a alguna otra actividad?

—¿En el hotel? Que yo sepa era lo único que hacía —contestó la mujer.

—Me refiero fuera del hotel. Quizá tuviera un segundo trabajo —sugirió Laura.

—No que yo sepa, pero... —titubeó, miró a Jay de reojo y añadió—: Viajaba mucho al norte, a través de las montañas. En los últimos meses subía casi cada semana y cruzaba la frontera.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo lo hacía? —La cara de Jay era de total asombro.

—Empezó hace seis meses. Lo sé porque me traía algún souvenir de Canadá cada vez que iba. Casi siempre era algo de nuestros hermanos Kainai. Lo he ido poniendo todo en aquella repisa, son muy bonitos —dijo Martha mientras señalaba a un rincón de la casa donde diferentes objetos, también de brillantes colores, estaban expuestos en un pulcro orden.

—¿Para qué iba Jimmy a Canadá? —bramó Jay.

La mujer se encogió un poco en su sofá y a Laura le sorprendió el tono en la voz de él. No pudo evitar lanzarle una mirada de reproche, no estaba de acuerdo con que él le gritara a su tía. Jay pareció entenderlo, pero no se inmutó ante su gesto.

—¿Sabía si iba a visitar a alguien? Si iba a trabajar, quizá... —preguntó Laura con suavidad, en un intento de compensar la actitud de Jay.

—No sé si tenía amigos allí, pero no iba a trabajar porque iba y venía en el día. Su trabajo en el hotel no le permitía estar fuera más de un día, siempre aprovechaba el que descansaba y salía hacia el norte —aseguró la mujer—. Nunca me contó a qué iba o lo que hacía allí arriba.

—¿Y dice usted que cruzaba por las montañas? ¿No es más rápido ir por las carreteras? —inquirió Laura.

—A él le gustaba correr por las montañas. Ahí podía ser él mismo y disfrutar de su naturaleza —contestó la mujer con sencillez.

—¿Correr por las montañas? —preguntó Laura atónita.

Un ruido le hizo volver la cabeza hacia la izquierda. Jay se había levantado de un salto y había dejado caer una figura de cerámica que había en la mesa cercana haciendo que se rompiera en varios pedazos.

—Creo que mi tía ya ha tenido suficiente, será mejor que nos marchemos y la dejemos tranquila.

Jay se acercó a Laura y sin mucho miramiento la asió por el brazo tirando de ella para que se levantara. Lo hizo trastabillando con sus pies y casi no le dio tiempo de coger su cuaderno cuando ya estaban en la puerta de la casa.

Se volvió y como pudo se despidió de la mujer.

—Ha sido un placer, Martha. Gracias por todo.

La mujer, que se había levantado del sofá también, la despidió con la mano y lo acompañó de un gesto que a Laura le pareció muy similar al que los católicos hacían al presignarse.

Jay abrió la puerta y la metió en el coche a empujones, colocándola en el asiento del acompañante. Dio la vuelta al vehículo y se sentó detrás del volante.

No estaba siendo delicado, pero en esos momentos no le importaba. Martha casi había hablado más de la cuenta, era una mujer que no se relacionaba mucho con el resto de personas que vivían en la reserva y cuando lo hacía tendía a contar más de lo que debía. En realidad, nadie de su familia se mezclaba mucho con el resto de los Blackfeet, por razones obvias. Los Blackfeet, aun perteneciendo a la misma tribu, les tenían miedo.

—Ahora voy a conducir yo —declaró con firmeza mientras con la mano extendida esperaba que ella le diera las llaves.

—¿Se puede saber qué te pasa? Me has sacado a rastras de esa casa. ¡Y no he terminado con mis preguntas! —exclamó ella.

—Martha ya no puede contarnos nada más. Con lo que nos ha dicho tenemos suficiente

información para empezar a movernos. Ahora dame las llaves, Laura —exigió él.

—Eres muy desagradable y aunque te agradezco que me estés ayudando no voy a aguantar que...

—No tienes que aguantar nada si no quieres, pero si voy a ayudarte será a mi manera —le advirtió él.

—¿Eres el jefe de la reserva o algo? No puedes mangonearme de esta manera. No nos conocemos de nada para que me trates así. Soy periodista y sé cómo hacer mi trabajo —le espetó Laura al tiempo que le clavaba un dedo en el brazo.

«Dios, esta chica es exasperante», pensó Jay. Intentó inspirar y exhalar para calmarse. Entendía que Laura no comprendiera su actitud, pero por algún motivo que no lograba entender, Jay no quería que ella descubriera su otra naturaleza. No quería asustarla y que saliera corriendo de allí, su esencia lo envolvía cuando estaban juntos y le hacía desear no alejarse de ella jamás. Era algo novedoso y estaba intentando asimilarlo, el hecho de que su tía hubiera hablado de más ponía en riesgo que la chica pusiera tierra de por medio y se olvidara del motivo que la había traído a Browning.

Además de todo eso que él estaba sintiendo, estaba el hecho de que un pueblo como Browning, parte de una reserva india, no era como otras ciudades del país. No quería discutir con ella, pero debía hacerle entender que si querían conseguir algo tendrían que hacer lo que él dijera. Ella no tenía ni idea de cómo eran las cosas en una reserva y no era consciente que si iba por su cuenta nadie hablaría con ella.

—Tienes que entender que aquí las cosas son diferentes —masculló él entre dientes.

—Eso no te da derecho a decirme cómo hacer mi trabajo —le replicó ella elevando la voz.

Aquella discusión estaba consiguiendo alterarlo, pero de una forma extraña. La pasión que desprendían las palabras de Laura era casi palpable. Estaba enfadado, al mismo tiempo sentía que la sangre le hervía en las venas. Era la misma sensación que había tenido cuando la había rescatado de aquel precipicio y ella había caído sobre él. El roce de sus cuerpos sumado a la adrenalina del rescate había despertado algo en él.

—No puedes seguir tratándome como un monigote al que llevar arriba y abajo. Esta es mi historia y yo decido cómo y quién...

Su voz quedó ahogada por los labios de él. Jay se pegó a ella y la empujó contra la puerta del coche.

La besó con ferocidad mientras la agarraba con una mano por la nuca y la instaba a que abriera los labios. Lo hizo y la lengua de él se introdujo en su boca. No fue un beso suave, la besó con rabia, fuerza y agresividad, pero también con deseo y sintió cómo el calor le descendía por el cuerpo hasta concentrarse en su miembro.

Un atisbo de cordura volvió a él y de forma brusca se separó. Ambos quedaron de frente, mientras respiraban con dificultad. Intentó controlar la respiración tal y como su abuelo le había enseñado de niño. Sentía a su otro yo asomar desde fondo de su mente, no era momento para dejarlo salir.

—Dame las llaves —dijo él con voz ronca.

—¿Estás loco? —preguntó histérica—. ¡Me has besado! ¿A qué ha venido eso?

—Estabas poniendo en tela de juicio mi decisión.

—¿Y acabas todas tus discusiones de esa manera? —Laura había elevado el tono de voz.

—¿Quieres que sigamos discutiendo o prefieres continuar investigando la muerte de Jimmy? —preguntó él, iracundo.

Laura apartó la mirada y rebuscó en su bolso hasta que dio con ellas y se las depositó en la

mano no sin antes soltar un exabrupto.

—Estás loco, tu comportamiento no es racional.

—Ponte el cinturón.

Ella hizo lo que le decía, se enderezó en el asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. Vio cómo apretaba los dientes, esa chica era como uno de sus potros salvajes. Estaba muy segura de sí misma y no parecía acostumbrada a obedecer órdenes de nadie. No pudo evitar que un pensamiento se le cruzara por la cabeza: sería interesante domar a aquella pequeña salvaje.

Jay arrancó el coche y salió marcha atrás del camino de entrada de la casa de Martha.

—¿A don-dónde vamos? —tartamudeó Laura.

—A descubrir qué es lo que Jimmy se traía entre manos en las montañas.

—¿Tienes hambre?

La pregunta acabó con el silencio que se había instaurado entre ambos mientras Jay conducía. Hablar no era el punto fuerte de ese hombre, aunque después de que la hubiera besado prefería el silencio. Necesitaba poner en orden sus pensamientos.

—La verdad es que sí que tengo hambre —respondió ella.

—¿Te apetece una hamburguesa?

—Si está buena, sí.

La respuesta de Laura le arrancó una sonrisa a Jay. Se quedó mirándolo embobada. Aun estando de perfil, esa sonrisa le había cambiado el rostro, suavizando los rasgos y dándole un aire más amable. Era un hombre muy atractivo, aunque bastante huraño. De todas formas, la había besado minutos antes y aun seguía furiosa por ello. ¿Quién se había pensado que era para besarla? Nunca antes le había pasado algo así, y por mucho que intentara mantenerse enfadada no podía evitar pensar que ese había sido, con toda probabilidad, el mejor beso que le habían dado en su vida. Era innegable que Jay Lunak era un hombre impresionante a nivel físico y sabía besar. «Eso no excusa su comportamiento», pensó en un vano intento de convencerse a ella misma de que lo que Jay había hecho estaba mal.

Pararon en una hamburguesería cuyo colorido cartel anunciaba que tenían hamburguesas de búfalo. Laura no había probado nunca la carne de ese animal así que decidió al instante que esa sería su elección. Entraron en el establecimiento, pidieron y Jay no le permitió pagar. Una vez que le sirvieron la comida y las bebidas, él le señaló la zona de mesas y sillas que había fuera del local.

Se acomodaron en una de las mesas y Laura no se pensó dos veces en dar el primer bocado a su hamburguesa. La saboreó, dejando que sus papilas se recrearan en la jugosa carne. Sin duda, no había probado nunca antes una hamburguesa tan buena. Durante unos minutos, comieron en silencio con el único sonido de fondo de algún coche al pasar. No pudo evitar pensar en el poco movimiento que había en aquel pueblo. De alguna manera, la comida hizo que su enfado se suavizara un poco.

—Estábais muy unidos Jimmy y tú, ¿verdad? —No pudo evitar que la pregunta saliera de sus labios sin pensar.

—Sí. Era parte de mi... Familia.

A Laura no se le escapó el titubeo, pero decidió ignorarlo. Seguía habiendo algo que Jay no le había contado, tampoco se conocían de hacía tanto tiempo y no iba a intentar sonsacarle como una periodista de prensa rosa. Ella era una profesional que escribía sobre noticias serias, pero no podía evitar el interés que ese hombre suscitaba en ella. No sabía si era por el beso o porque era alguien que podía ayudarla a conseguir la información necesaria para su noticia. El hecho era que ahí estaba y ese interés la acuciaba a saber más de él.

—Te alteraste un poco en casa de tu tía —dijo ella.

—No tenía ni idea de que Jimmy estaba yendo a Canadá cada semana. Yo debía haberlo sabido, pero no olí nada que me hiciera sospechar que se movía en otros lugares —espetó él furioso.

—Es normal que no te lo olieras, si no lo veías todos los días no podías saber si andaba por

Browning o no. Además, no eres su padre —dijo Laura en un intento por hacerlo sentir mejor.

Jay la miró con un gesto divertido que ella no llegó a comprender.

—Yo... Podría decirse que soy el cabeza de familia, y en mi familia es obligatorio que todos me informen de lo que hacen —dijo él zanjando con ello la cuestión.

Laura hizo una mueca al oír eso. Esa familia parecía más un destacamento del ejército que otra cosa. No entendía esa autoridad que Jay parecía tener sobre el resto de miembros de la misma. ¿Sus familiares tenían que informarlo a él de sus idas y venidas? Nunca había conocido a parientes que hicieran eso, excepto quizá la mafia italiana.

Laura se encogió de hombros. Jay se expresaba de forma extraña, aunque su tía también había dicho algunas cosas un tanto incomprensibles. Quizá es que solían hablar entre ellos en el idioma de los Blackfeet y no tanto en inglés, por eso usaban palabras extrañas que no tenían mucho sentido con lo que se hablaba en ese momento.

—¿Por qué has venido a Browning? —preguntó Jay.

Laura pudo leer en su rostro que era verdadero interés lo que lo había llevado a preguntarle. Se había operado un cambio en Jay en el tiempo que había transcurrido desde que habían abandonado la casa de Martha hasta ese momento. El cambio había ocurrido desde que la había besado, para ser exactos. Ahora parecía menos brusco con ella. Quizá se sentía culpable por lo que había hecho.

—Llevo varios años trabajando en un periódico de segunda. Si quiero aspirar a algo mejor necesito una buena historia que contar —explicó ella.

—¿La muerte de mi primo es tu buena historia? —preguntó él con un desprecio patente en la voz.

—Entiendo que no es algo agradable, y siento mucho tu pérdida, pero hay algo en todo esto que me hace pensar que no fue solo un accidente. —Laura apartó la mirada—. Quiero ejercer de periodista por una vez en la vida. Quiero demostrar que los sacrificios de otras personas han servido para algo. Y tengo talento, mucho, sé que puedo escribir un gran artículo sobre lo que le ha pasado a tu primo.

Se volvió hacia él esperando encontrarse con un gesto burlón o similar, pero solo vio comprensión. De alguna extraña manera él la entendía.

—¿Has vivido siempre en la reserva?

—Sí, desde que nací, excepto los años que estuve en la universidad.

—¿Has ido a la universidad? —La incredulidad fue patente en su voz y Laura se sintió avergonzada de inmediato.

—Entiendo que te pueda parecer extraño, Laura —pronunció su nombre despacio y eso hizo que se le pusiera la piel de gallina—. Hay pocas oportunidades para los nativos en este país, pero de vez en cuando alguno tiene suerte y consigue una beca.

—Me alegro por ti, no quería dar a entender... Bueno, yo... —balbuceó sin llegar a decir nada coherente.

—Lo entiendo, no tienes por qué preocuparte —la tranquilizó él.

—¿Por qué te dieron la beca? —indagó ella.

—Por correr.

—No sé por qué, pero no me sorprende —repuso ella con sarcasmo.

Jay pareció encontrar divertidas sus palabras porque soltó una gran carcajada. Aquello la hizo sonreír, si aquel hombre era atractivo cuando portaba un semblante serio, cuando reía era algo fuera de este mundo. Como uno de esos actores de Hollywood cuyas sonrisas derretían corazones y ropa interior.

La miró a los ojos fijamente y Laura se removió inquieta en la silla.

—Yo... Siento lo de antes —se disculpó él mientras se pasaba la mano por el pelo—. No sé qué es lo que me ha pasado, no debería...

—No te preocupes, no ha sido nada. Olvidémoslo. Solo procura que no vuelva a pasar —lo cortó ella al percatarse de la incomodidad de él.

Terminaron de comer, volvieron al coche y se pusieron en camino en dirección sur. Jay cruzó el pueblo y salió a la autopista número dos que salía del pueblo en dirección oeste. A los quince minutos llegaron al East Glacier Park Village. Laura sacó su cuaderno y corroboró con sus notas que era el lugar donde estaba el hotel en el que había trabajado Jimmy. En comparación con Browning, aquella localidad bullía de actividad.

Lo primero que vio fue una gasolinera a la entrada, la cual, de alguna manera, daba la bienvenida al lugar. A continuación aparecieron tiendas y restaurantes en ambas aceras. En uno de estos últimos prometían baile en línea todas las noches. También había una tienda de comestibles y una de recuerdos. Pasaron por un par de moteles y entonces Jay se desvió a la derecha para atravesar un túnel que transcurría por debajo de las vías del tren.

La estación de tren era un bonito edificio construido con enormes troncos de madera, tenía un aspecto rústico que, sin duda, atraería a los turistas. Dejaron atrás el Glacier Park Lodge que a Laura le pareció impresionante, era un edificio bastante grande con otros dos adyacentes, todos hechos de la misma madera oscura, que se mimetizaban con el entorno y al mismo tiempo desprendían un aire lujoso que no dejaba lugar a dudas de la categoría del establecimiento.

Se quedó con las ganas de pedirle a Jay que pararan, pues el hotel era otro de los lugares que tenía anotado para visitar. Por la información de la que disponía, Jimmy llevaba trabajando en el mismo varios años, por lo tanto debería tener algún amigo allí. Quizá charlar con sus compañeros de trabajo le podría ayudar a saber más sobre el carácter del chico.

Jay siguió conduciendo, el camino se volvió más sinuoso y Laura notó que la carretera se volvía más empinada. Estaban subiendo en altitud y por primera vez se preocupó un poco, al fin y al cabo iba en un coche con un hombre al que conocía hacía cuarenta y ocho horas hacia un destino desconocido. ¿Y si su intención era hacerle daño? «No seas bobá, Laura. Si hubiera querido hacerlo te hubiera dejado colgando en aquel precipicio», pensó en un intento de tranquilizarse. La verdad era que no sabía gran cosa de Jay Lunak, pero su instinto le decía que no estaba en peligro y que podía confiar en él.

Después de otra media hora de carretera de montaña, Laura había caído en un ligero sopor cuando el coche se adentró por un camino que hizo que el vehículo traqueteara un poco. Cuando el coche se detuvo, se incorporó sobresaltada. Miró a su alrededor desorientada y solo pudo ver bosque.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras intentaba ubicarse.

—En mi cabaña —afirmó él.

—¿Tu cabaña? —Laura seguía un poco confusa.

—Bueno, es la cabaña de mi familia —aclaró él—. Aunque los únicos que la usamos somos Jimmy y yo —explicó él.

Laura bajó del coche. Estiró los brazos hacia arriba, en una pose poco educada, porque su cuerpo le pedía a gritos desentumecerse. Miró de nuevo a su alrededor y solo vio bosque y densa vegetación. Las únicas muestras de civilización eran la cabaña y su coche. Porque el camino por el que habían llegado no se podía considerar una carretera.

—¿En qué parte de las montañas estamos?

—En Rising Wolf Mountain. Estamos en pleno Glacier National Park — confirmó Jay.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la cabaña. Cuando alcanzó la puerta de la misma se volvió hacia Laura.

—¿Qué haces ahí parada? Vamos, tenemos trabajo que hacer —instó él.

—¿Hacer? ¿Hacer el qué? —dudó ella.

—¿Sigues dormida? —ironizó Jay.

—Estamos en medio de la nada, no me has dicho a dónde veníamos ni porqué. Y encima pretendes que te lea la mente para saber de qué estás hablando —le recriminó Laura mientras lo señalaba con el dedo.

Jay miró al cielo y resopló. Bajó los escalones que subían al porche de la cabaña y se acercó a ella.

—Mira, no se me da muy bien tratar con la gente por motivos que no vienen al caso. Yo me dedico a criar caballos de pura raza, lo mío son los animales —expuso con aire avergonzado—. La muerte de Jimmy ha supuesto un enorme golpe para mí y estoy intentando hacerme a la idea. Siento si no soy... Si no soy muy sociable.

Aunque fuera absurdo, a Laura le conmovieron aquellas palabras. Jay tenía la incomodidad reflejada en el rostro al pronunciarlas y la sinceridad en su tono de voz era palpable. Sin duda, era una situación complicada y difícil para él. Los dos compartían un mismo fin: descubrir la verdad sobre lo que le había ocurrido a Jimmy.

Se acercó hasta él, levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Volvió a reparar de nuevo en lo alto que era Jay. Le puso una mano en la mejilla en un gesto de consuelo.

—Lo siento mucho, Jay. No pretendía sonar desagradecida —murmuró con sinceridad.

Él la escudriñó con la mirada, apretó los labios y sintió cómo se tensaba su cuerpo. Laura retiró la mano inmediatamente, había sentido una descarga eléctrica al tocarlo. No entendía las reacciones de su cuerpo cuando él estaba cerca, pero no había podido evitar el instinto de tocar su piel. El gesto le había salido de manera natural. Había visto vulnerabilidad en él, de repente se había vuelto humano y no el hombre rudo e invencible que mostraba al mundo. Laura no entendía de dónde le nacían esos sentimientos hacia él, no quería dejarse engatusar por una cara bonita. No podía apartarse de su plan, necesitaba escribir su artículo y conseguir el salto profesional que tanto ansiaba.

Después de unos segundos interminables, el semblante de él se relajó.

—Vamos, la cabaña es más grande de lo que parece y no me gustan las nubes que se están formando. Tenemos que terminar antes de que se vaya a poner a llover o algo peor —manifestó él.

—¿Peor?

—Nieve. Huele a nieve.

—¡Pero si es septiembre! —exclamó Laura.

—Finales de septiembre —especificó Jay.

Y al decir esto, la cogió de la mano y puso rumbo a la cabaña a paso rápido tirando de ella.

Laura no pudo evitar sentir un cosquilleo en la mano, que le subió por el brazo y se le extendió por el cuerpo. El recuerdo del beso en el coche volvió a ella con tanta nitidez que el corazón empezó a latirle a gran velocidad. Ese hombre le despertaba todos los sentidos y no estaba segura de si aquello era bueno o malo.

Entraron en la cabaña y Laura se quedó sin palabras. Era cierto lo que Jay había dicho: era mucho más grande de lo que aparentaba desde fuera y el motivo era que se extendía hacia atrás, por lo que de frente no parecía tan amplia. Estaba hecha como los otros edificios que había visto en la aldea turística por la que habían pasado, gruesos troncos de madera oscura, aunque las paredes de esta cabaña habían sido trabajadas y los troncos no sobresalían sino que eran lisos. Se acercó a una de las paredes y la tocó.

—Mi primo y yo decidimos mejorar la cabaña porque no estaba bien aislada para el frío. Instalamos aislamiento en las paredes originales y le pusimos una nueva capa con la misma madera con la que se construyó, pero lo hicimos a nuestra manera —explicó él.

—Tuvo que ser un trabajo duro.

—Mucha lija y mucha madera que cortar.

—Es un trabajo magnífico, no había visto nunca nada igual —alabó Laura.

Se volvió hacia él y lo vio encogerse de hombros, incómodo. Jay tenía razón cuando le había dicho que no era una persona sociable, tenía la misma dificultad para entablar una conversación que para aceptar un elogio hacia su trabajo.

—Si te parece bien, yo voy a buscar en la planta de abajo y tú puedes ocuparte de la de arriba —le indicó él mientras señalaba las escaleras que subían a la planta superior.

—¿Buscar? No sé si yo debería rebuscar entre vuestras cosas... Al fin y al cabo, no soy de vuestra familia.

—Laura, no hay nada aquí que no puedas ver. Hay ropa, objetos familiares y algunas antigüedades. Créeme, no pasa nada porque mires en los cajones —aseguró él—. Además, si yo te digo que puedes hacerlo, ningún miembro de mi familia va a desautorizarme.

La convicción con la que dijo aquello despejó las dudas de Laura, aunque seguía sin entender demasiado bien la posición de él en su familia. Es como si fuera el jefe de la tribu o algo así, pero por lo que había investigado, los jefes tribales solían ser siempre hombres de avanzada edad. Se dio media vuelta y subió las escaleras a hacer lo que le había indicado Jay.

La planta de arriba de la cabaña estaba formada por tres habitaciones y dos baños, uno de ellos estaba dentro de la habitación principal, la cual era enorme y daba a la parte trasera de la casa. Tenía un amplio ventanal que miraba al norte y permitía que entrara mucha luz, además de mostrar el bosque en todo su esplendor.

Empezó por esa habitación. Abrió cajones, los vació e hizo lo mismo con el armario. Miró debajo de la cama y debajo del colchón. No tenía ni idea de qué es lo que estaba buscando o de qué era lo que Jay esperaba encontrar, pero había visto muchas películas y recordaba los sitios que en las mismas se mostraban como lugares para esconder cosas. Por norma general eran objetos peligrosos, pero siguió revolviendo la habitación hasta que terminó con ella y pasó al cuarto de baño. Cuando solo le quedaba una habitación por mirar, Jay apareció por la puerta de la misma.

—He terminado abajo, no he encontrado nada. ¿Has tenido suerte?

—De momento nada. ¿Tienes alguna idea de qué es lo que podemos estar buscando? —preguntó ella.

—Ninguna. Voy a subir al desván.

Laura lo vio ir hasta el principio del pasillo que daba a la parte delantera de la casa. Jay estiró el brazo y tiró de una gruesa anilla ubicada en el techo y se abrió una portezuela en la que descansaba una escalera plegada. La extendió y subió con rapidez. Ella volvió a la habitación y siguió mirando dentro de los muebles. Revolvió cajones con ropa de cama y comprobó lámparas. Cuando ya no le quedó ningún otro lugar en el que rebuscar salió de la habitación y bajó a la planta baja a esperar a Jay.

Se acercó a la enorme ventana que había en el fondo de la habitación y que daba al bosque. El viento había empezado a soplar con fuerza y el cielo se había oscurecido hasta el punto de que Laura se giró en busca de alguna lámpara que pudiera encender. Se quedó de pie, observando la amplia habitación. Era un lugar acogedor, con varias alfombras y muebles resistentes con aire rústico pero moderno al mismo tiempo. La gran chimenea que presidía la habitación creaba un ambiente hogareño, se dijo que era una casa para vivir en familia. Fue hasta una mesa auxiliar y encendió una pequeña lámpara que iluminó levemente la estancia. Volvió a la ventana y observó con asombro que había empezado a nevar, y no unos pocos copos. La nieve caía en gran cantidad como si de una cortina se tratara, era intensa y apenas permitía ver los árboles que había en la linde del bosque.

Se apoyó en la pared de su izquierda, sintiéndose decaída y con el convencimiento de que si tardaban mucho en salir de allí su coche no sería capaz de transitar por aquel camino cubierto de nieve. Ni siquiera tenía cadenas en el maletero. ¿Quién hubiera pensado que podía caer semejante nevada a finales de septiembre? Montana no era un estado cálido, estaba demasiado al norte para eso, pero en Helena no nevaba en esas fechas.

Se dejó caer con todo su peso sobre la pared y sintió que algo se movía. Se incorporó y tocó con la mano en el mismo lugar en el que se había apoyado. No notó nada extraño, pero golpeó la madera con los nudillos de la mano y un sonido hueco surgió del punto donde ella había tocado. Deslizó la mano por la zona hasta que con las uñas detectó una pequeña grieta en un lateral. La siguió hasta que esta se unió con otra a la derecha. Las fue siguiendo una a una hasta que consiguió discernir que dibujaban un cuadrado perfecto. Tuvo un presentimiento.

—¡Jay! ¡Jay, ven! ¡Creo que he encontrado algo! —lo llamó ella.

Un minuto después Jay llegó como una exhalación bajando las escaleras tan rápido que Laura pensó que se iba a caer.

—¿Has descubierto algo? —preguntó él con semblante esperanzado mientras miraba de un lado a otro.

—Creo que aquí hay algo. En la pared. —Señaló la misma en la zona donde había encontrado las grietas delimitando un cuadrado perfecto.

Jay se acercó con rapidez y ella le explicó lo que había descubierto. Él golpeó la zona tal y como ella le había indicado, tocó la madera siguiendo las líneas que se habían realizado en el material y aporreó la pared de nuevo.

—Está hueco. Voy a buscar algo, a ver si podemos abrirlo.

Jay la dejó sola y fue hacia la cocina. Lo escuchó rebuscar en un cajón y entonces volvió con un enorme cuchillo en la mano.

—Apártate, por favor —le pidió.

Laura se retiró y Jay introdujo el cuchillo por una de las grietas intentando hacer palanca. Repitió el mismo paso con cada uno de los laterales del recuadro de la pared y luego volvió al primero haciendo más fuerza. En un momento dado un sonido seco hizo que él se parara. Laura miró por encima de su hombro y vio que había conseguido despegar la madera del hueco de la pared.

Pero lo que más llamó su atención fue lo que sus ojos encontraron en aquel espacio que había sido descubierto.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó ella demudada.

Jay dejó caer el cuchillo en el suelo. El objeto cayó y causó un pequeño estruendo que resonó por toda la estancia. Vio como él se pasaba las manos por el pelo y retrocedía un par de pasos hasta casi chocar con ella. Lo agarró por un brazo y susurró:

—Jay...

—Es metanfetamina.

Laura pasó la vista horrorizada de Jay a las pequeñas bolsas de plástico que se amontonaban en el hueco que este había descubierto en la pared. Podía haber unas veinte bolsas y todas mostraban pequeños pedazos blancos que asemejaban cristales, de lo que, sin duda, era droga.

Jay se tambaleó un poco y ella alzó una mano para sostenerlo. Él la rechazó.

—Necesito sentarme —farfulló.

Se acercó dando tumbos al sofá y se dejó caer sobre los grandes cojines. Laura se sentó junto a él. Ninguno de los dos habló durante un buen rato. La tormenta arreciaba fuera, la capa de nieve que caía era tan densa que ya era imposible ver nada más allá de la ventana del salón.

—Si necesitaba dinero, solo tenía que habérmelo dicho —murmuró él.

La voz de él, baja y ronca la sacó de sus pensamientos. Se había quedado embobada mirando la nieve a través de la ventana, por alguna razón se sentía a gusto en aquella cabaña.

—Quizá Jimmy quería resolver sus propios asuntos sin ayuda de nadie —sugirió ella.

—Las cosas no se hacen así en nuestro clan, Laura.

Sintió un estremecimiento al oír su nombre en boca de él. Giró la cabeza hacia él y se encontró con unos ojos que la hipnotizaban. En ese momento eran más grises que verdes, y lo que transmitían era tan intenso que ella no tuvo problemas en interpretarlo. Jay estaba herido, decepcionado y profundamente triste. No pudo evitar volver a posar la mano en su mejilla, justo como había hecho al llegar a la cabaña. Él cerró los ojos y apretó su rostro contra la mano de ella. Aquello hizo que algo en su interior despertara y todos los pensamientos que tenía en la cabeza se disiparon para dejar uno solo: Jay.

Laura se acercó a él y lo besó. Fue apenas una caricia, labios contra labios. Jay abrió los ojos con brusquedad, dudó unos segundos para después lanzarse a besarla con vehemencia. La abrazó y la pegó contra él y el beso pasó a otro nivel. Ella despegó los labios y los abrió en clara invitación y él se lanzó como un sediento en el desierto. Juntaron las lenguas y se exploraron. Laura sintió el mismo calor que había sentido cuando la había besado en el coche y se arrimó más a él. Quería sentirlo y emborracharse del olor que desprendía su piel, porque era algo adictivo. Nunca se había cruzado con un hombre que oliera de aquella forma. Era una mezcla entre su propia esencia y la del bosque, no parecía ser ningún perfume que usara, sino su propia fragancia y era embriagador.

Se besaron durante varios minutos, poco a poco ella se dejó caer hacia atrás hasta que ambos terminaron tumbados en el sofá. Jay sobre ella, su enorme peso aprisionándola contra los cojines, pero sin llegar a aplastarla. Entonces el viento aumentó su fuerza, desprendió una rama del pino más cercano y esta golpeó contra la ventana. Aquello hizo que Jay se detuviera, miró hacia fuera y como si saliera de un trance, se levantó de un salto y caminó varios pasos hacia atrás.

Laura se quedó allí tumbada, acalorada y sin comprender qué es lo que estaba pasando. ¿Se habían estado besando? Se incorporó en el sofá y se hundió un poco en él, sintiéndose por igual avergonzada y confundida.

—Lo siento mucho, no debería haber dejado que pasara. Yo... —A Jay se le quebró la voz al hablar y lo que quiera que iba a decir quedó suspendido en el limbo de los pensamientos no pronunciados en voz alta.

El silencio se instauró entre ellos, el único sonido era el ulular del viento entre los árboles y la nieve que golpeaba con fuerza en las ventanas.

—Yo... Necesito salir a que me dé el aire. Hay mantas en el mueble bajo la escalera, conectaré la calefacción para que no tengas frío. Si tienes hambre, en la despensa hay comida...

—¿Vas a salir? —preguntó ella con incredulidad.

—Necesito despejarme —masculló él entre dientes.

—Pero, ¿y la tormenta?

—No podemos volver a Browning con este tiempo, tendremos que pasar aquí la noche —sentenció él.

—¿Pero... cómo vas a salir nevando de esa manera? —insistió ella mientras señalaba al exterior con una mano.

—No te preocupes, estaré bien.

Jay se fue hacia la puerta, toqueteó algo en una pequeña consola blanca que había en la pared y un ronroneo se escuchó dentro de la casa. Salió de la cabaña sin decir una palabra más dejando a Laura boquiabierta y sin entender lo que había pasado. Miró de nuevo a través de los grandes ventanales del salón y la imagen que obtuvo fue la misma que minutos antes. La nieve caía en gran cantidad, el viento soplaba con fuerza y empezaba a oscurecer. ¿Cómo podía estar bien en mitad del bosque en esas circunstancias?

Se levantó despacio y miró a su alrededor. Fue al baño y al volver buscó en el pequeño armario que había bajo las escaleras y sacó un par de gruesas mantas. Empezaba a notar el frío, pero en cuanto la calefacción llevara funcionando un rato la casa empezaría a calentarse.

Se sentó en el sofá y se arrebujó bajo las mantas. Intentó poner en orden sus pensamientos. ¿Qué es lo que había pasado? Había sentido una atracción irresistible hacia él, esos ojos grises la habían mirado y había sentido que penetraban en su alma. El deseo de besarlo se había materializado y después de que sus labios se hubieran tocado, su mundo se había reducido a Jay. No entendía de dónde había nacido aquella necesidad, pero tenía que cortarla de raíz porque no podía permitir que aquello interfiriera con lo que había ido a hacer a Browning.

Decidió que si iban a pasar ahí la noche tendría que comer. Fue hasta la cocina y escudriñó en los muebles, así como en la alacena. Descubrió que había mucha más comida de lo que había esperado. Había un buen surtido de comida enlatada, se decantó por unos raviolis de carne en salsa de tomate. Después de rebuscar de nuevo entre los muebles, encontró un cazo que le serviría para poder calentarlos. Encendió la vitrocerámica sin dejar de pensar en lo bien que la familia de Jay tenía equipada aquella cabaña en medio de la nada. Nunca hubiera esperado encontrar ese dispositivo de cocina en una casa en mitad de un bosque.

Comió, bebió y hasta se permitió picar unas cuantas onzas de chocolate que había encontrado también en la alacena. Cuando terminó volvió al salón, se sentó en el sofá y se echó una de las mantas por encima. Se colocó de manera que tuviera la gran ventana frente a ella y sin darse cuenta, se quedó dormida mientras miraba cómo la nieve caía y se iba acumulando en el suelo.

Se despertó sobresaltada y con la respiración agitada. Había tenido un sueño en el que un lobo negro y enorme la perseguía entre la nieve. Se levantó y se acercó a la ventana. Había oscurecido completamente y no se veía nada en el exterior. La nieve seguía cayendo con fuerza, con seguridad continuaría durante toda la noche. No sabía la hora que era puesto que seguía sin móvil y en esa casa no parecía haber ningún reloj.

—¿Jay? —llamó en voz alta.

No hubo respuesta, agudizó el oído, pero no escuchó nada excepto la tormenta que arreciaba fuera. Decidió que ya que tenía que pasar allí la noche dormiría en una cama en condiciones.

Subió por las escaleras a la planta de arriba y dudó sobre en qué habitación dormir. Era una invitada por lo que debería haber usado una de las dos habitaciones más pequeñas que la cabaña tenía, pero no pudo resistirse a dormir en la principal. El enorme ventanal que se abría a la parte posterior del bosque la había dejado embelesada. Esa ventana estaba justo a la misma altura que la del salón en la planta baja y había quedado fascinada por las vistas desde que había puesto un pie dentro de esa casa.

Rebuscó en el armario pero no encontró nada que le convenciera, así que decidió que dormiría con la camiseta que llevaba debajo del jersey. Fue al baño, en los cajones del mueble del lavabo dio con un cepillo y un bote de pasta de dientes sin usar. Se aseó y cuando terminó se metió en la cama, apagó la luz de la mesita de noche y se acurrucó bajo las sábanas. Se quedó dormida en menos de diez minutos.

Jay entró en la casa con sigilo. No había ninguna luz encendida por lo que dedujo que Laura se habría ido a la cama. Cerró la puerta tras de sí y se sacudió la nieve del pelo. Había estado corriendo durante varias horas, pero no había conseguido relajarse lo suficiente. Eran demasiadas cosas, todas ocurridas en muy poco tiempo y no estaba acostumbrado a ello.

Su vida solía ser tranquila. Se levantaba temprano para dar de comer a los caballos. Los cepillaba, les limpiaba las cuabras y los sacaba al picadero para que estiraran las patas. Cada día le tocaba a un caballo correr y ejercitarse, lo llevaba a cabalgar por la llanura hasta que ambos, jinete y animal, quedaban agotados por el ejercicio físico. Cuando llegaba la época de cría tenía más trabajo, contrataba al pequeño Timothy, hijo de su prima Rebecca, para que lo ayudara con los potrillos. Timmy no había hecho todavía el Gran Cambio, por lo que seguía siendo un chico tímido y obediente. Llevaba el amor por los caballos en la sangre y disfrutaba con ello.

En resumen, a eso se limitaba su vida. Sus caballos, atender asuntos de la reserva como eran las reuniones ciudadanas y encargarse de los problemas que surgían dentro de su familia, los cuales, por fortuna, no eran muchos ni sucedían a menudo.

Pero ahora... Ahora tenía algo muy importante que solucionar. Todavía nadie había venido a pedirle explicaciones, y su tía estaba rota por el dolor de haber perdido a su hijo como para reclamarle algo. Pero él sabía que no tardarían mucho en solicitarle una asamblea, si no lo habían hecho todavía era porque no habían celebrado el funeral por Jimmy.

Volvió a la realidad y el olor de ella lo golpeó como un mazazo. Lo siguió hasta el salón y se

intensificó alrededor del sofá. Sostuvo la manta entre las manos e inspiró. Sí, Laura se había tapado con ella. La depositó en el sofá y detectó un rastro más tenue en dirección a la cocina, allí comprobó que había comido. Los cubiertos estaban limpios, puestos en el escurrerplatos.

Salió y subió las escaleras, de nuevo le llegó la esencia de ella y lo llevó hasta la habitación principal. Abrió la puerta y la vio, tumbada en la cama bien arropada con las mantas. Un mechón de cabello le caía por la frente de forma desordenada, y se abrazaba a la almohada con fuerza. Aquello le hizo sonreír, la forma en que se aferraba a ella le daba un aire juvenil. Quizá se había equivocado en su cálculo de la edad, aunque estaba casi seguro que debía rondar los treinta.

Retrocedió despacio para no hacer ruido, tenía medio cuerpo fuera de la habitación cuando ella se removió en la cama.

—Jay —susurró ella entre sueños.

A él se le erizó el pelo de la nuca. Lo recorrió una descarga eléctrica de la cabeza a los pies. ¿Estaba soñando con él? Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se acercó a la cama. Ella se había vuelto para ese lado y volvíá a tener un mechón de pelo en la cara. Jay acercó la mano y con delicadeza se lo apartó. El contacto de sus dedos con la piel de su rostro fue como si le diera otra descarga.

Intentó retirarse, salir de la habitación, pero algo se lo impidió. Tenía que quedarse con ella, algo en Laura lo llamaba incluso estando dormida.

No quiso pararse a pensarlo, porque sabía que si lo hacía saldría de esa habitación y su naturaleza le pedía a gritos que se acercara a ella, que la tocara y se fundiera con su piel. Se quitó la ropa y la dejó en el suelo de cualquier forma. Desnudo se metió en la cama, bajo las sábanas que olían a ella y se pegó a su cálido cuerpo. Cuando le llegó la esencia de ella, la sensación de estar en casa lo inundó de tal modo que una enorme tranquilidad se apoderó de su cuerpo.

Laura se movió de nuevo, cambió de postura y quedó de espaldas a él. Jay se pegó a ella y la abrazó por la cintura. Hundió la cara en su pelo y esbozó una sonrisa.

Sí, por fin estaba en casa. Y con ese pensamiento se quedó dormido en cuestión de segundos.

Laura estaba soñando que se asfixiaba. Se despertó asustada sin saber dónde se encontraba. El sonido del viento la devolvió a la realidad: estaba en una cabaña en mitad del bosque, en las montañas Glacier. Pero, ¿por qué no podía respirar?

Intentó girar la cabeza hacia la derecha y fue entonces cuando topó con el motivo de su falta de aire. Un enorme hombre dormía a su lado y la tenía aprisionada con un brazo a la altura del diafragma. La habitación estaba completamente a oscuras, fuera solo había bosque y nieve, pero no tuvo ninguna duda respecto de quién era la persona a su lado.

Se movió un poco en un intento de liberar su cuerpo, pero ese hombre pesaba una tonelada. Probó a deslizarse y descubrió espantada que él estaba desnudo. ¿Qué hacía Jay durmiendo con ella y sin ropa? El calor que emanaba era igual que el que podía provenir de la chimenea que había en el salón de la planta de abajo. Era un milagro que no se hubiera despertado sudando.

Laura no entendía cómo Jay había acabado durmiendo en su cama y desnudo, pero tenía claro que debía salir de allí. Había más habitaciones, se buscaría otra y a la mañana siguiente intentaría esclarecer el misterio.

Le apoyó las manos en el pecho, no tenía vello y la piel era muy suave. Estuvo tentada de acariciarlo, pero en un último instante se contuvo. Lo empujó un poco, consiguió separarse de él unos centímetros y se deslizó hacia el borde de la cama. Su brazo la aferró con más fuerza y la atrajo hacia él. Laura empezó a desesperarse. Sentía todas las partes en donde sus cuerpos se rozaban y era muy agradable, podía dejarse llevar y seguir durmiendo así...

Recuperó la cordura de golpe, ¿en qué estaba pensando? Tenía que salir de la cama y solo le quedaba una opción.

—Jay, despierta —susurró.

El hombre no se movió. Lo intentó de nuevo.

—Jay, necesito que me sueltes. Vamos Jay, déjame salir de esta cama —lo animó entre susurros.

El aludido se removió un poco y soltó un gruñido. Sonó como cuando Lacey, el perro que sus padres habían tenido y que murió cuando ella tenía ocho años, gruñía entre sueños. Le pareció divertido que un hombre de semejante envergadura emitiera, mientras dormía, sonidos que asemejaban a los de los animales.

—Venga, Jay. Esto no está bien, déjame espacio para salir de aquí —rogó Laura en voz baja.

—Esto está muy bien, así que deja de moverte.

La voz de él la dejó pasmada.

—¿Estás despierto?

—No dejas de moverte, es imposible dormir así —le reprochó él.

—¿Me puedes explicar por qué estás desnudo?

—Porque siempre duermo así —respondió él con sencillez.

—¿Y por qué estás en mi cama? —repuso ella con histerismo—. Creo que esta casa tiene suficientes habitaciones libres para que te hubieras ido a otra.

—Porque esta era la habitación más caldeada.

—Podrías haber cogido mantas, o subido la calefacción.

—Laura, ¿qué problema tienes en compartir la cama conmigo? —preguntó él todavía con los ojos cerrados—. No creo que sea el primer hombre con el que duermes.

—¿Porque no te conozco de nada y estás desnudo! —gritó ella.

—Sí me conoces. Soy Jay Lunak, te salvé la vida y estamos intentando averiguar qué le paso a mi primo. Ahora, ¿podemos volver a dormir? He estado corriendo y estoy cansado —expuso él.

Ella enmudeció intentando entender la situación. No parecía que él quisiera aprovecharse de ella, si así hubiera sido, con total seguridad ya lo habría intentado. Lo que más la asustaba era que no sabía cómo reaccionaría ella si Jay intentaba algo. Sentía una enorme atracción por aquel hombre de semblante serio que pocas veces se relajaba. Nunca le había pasado antes con nadie, pero era innegable que se sentía así. Tenerlo a su lado en la cama y sabiendo que estaba desnudo acrecentaba esa atracción.

Tenía que reconocer que se estaba bien allí bajo las mantas con ese hombre que no solo desprendía calor suficiente para calentar el estado entero de Montana, sino que olía muy bien. Había algo en su aroma que a ella la reconfortaba.

—Esto no está bien. No nos conocemos de nada y no pienso compartir la cama contigo —protestó ella.

—No voy a abusar de ti, solo necesito dormir con alguien esta noche.

Laura se quedó pensativa durante un momento. En realidad, no le molestaba que él estuviera en la cama abrazándola. Era algo totalmente novedoso porque el sentirlo a su espalda la hacía sentirse bien.

—¿Podrías ponerte por lo menos unos pantalones?

Jay suspiró y abandonó la cama. Lo escuchó trastear en el armario y a los pocos segundos la cama se hundió con el peso de él.

—¿Mejor? —preguntó él.

Laura alargó la mano hacia atrás y con cuidado tocó una de las caderas de Jay. Se había puesto unos pantalones de pijama y aquello, por algún motivo, la hizo sonreír. Se giró y se colocó de espaldas a él.

Pero después de un par de minutos intentando conciliar el sueño se movió de nuevo.

—Por qué te mueves otra vez.

—Necesito ir al baño —pidió ella.

—Vale, pero procura volver a esta cama. No vayas a intentar escabullirte a otra habitación porque iré a por ti —le advirtió Jay.

—Quizá parezcas diferente esta noche, pero sigues igual de mandón —le recriminó ella.

Jay levantó el brazo lo justo para que ella pudiera abandonar la cama. Laura fue al baño principal que había dentro de la habitación, usó el retrete y resignada volvió a la cama. Se metió bajo las sábanas y tan pronto como lo hizo, Jay volvió a depositar su brazo encima de ella. Laura le dio la espalda, se abrazó a la almohada y sintió cómo él se pegaba a ella. Lo último que pensó, antes de caer en un profundo sueño, fue que no le importaría dormir así todas las noches.

La claridad del día se colaba por la ventana, Laura abrió los ojos poco a poco. Miró hacia la ventana y vio que la nieve lo cubría todo como un manto blanco y esponjoso. Se quedó embobada mirando hacia el exterior, arrebujada bajo las mantas y pensando que era, con total seguridad, el lugar más bonito en el que había estado. Aunque tampoco había viajado tanto, se dijo. Nunca había tenido dinero extra para demasiadas cosas.

Jay no estaba en la cama con ella, el olor del café le llegó a través de la puerta y le dio hambre. Salió de la cama, buscó su ropa para vestirse y bajó.

—Vaya, veo que has decidido vestirme esta mañana —dijo con sarcasmo.

Jay se giró y sonrió.

—Te lo dije anoche, solo voy desnudo cuando duermo —contestó él—. ¿Quieres un café?

—No me importaría una taza de café y lo que sea que hayas preparado para desayunar que huele tan bien.

—Bacon de búfalo, huevos revueltos y salchichas, ¿qué te apetece? —preguntó él mientras le tendía una taza de café.

—¿Un poco de todo? —pidió ella.

Aquello hizo reír a Jay, cogió un plato de uno de los muebles y le sirvió a ella. Volvieron al salón y se sentaron en la mesa redonda que había junto a la puerta y que daba a la parte delantera de la casa.

Laura saboreó el café, era de muy buena calidad y el calor del líquido la calentó por dentro. Pinchó un pedazo del bacon y gimió al masticarlo. Nunca hubiera imaginado que el búfalo fuera tan delicioso.

—¿Has dormido bien? —preguntó Jay.

—La verdad es que sí, después de volver del baño no recuerdo haberme despertado. ¿Y tú has dormido bien? —Puso énfasis en la última palabra lo que hizo sonreír a Jay.

—Como un tronco.

—¿Podrías explicarme lo de anoche, por favor?

Jay resopló visiblemente incómodo. Pero Laura no iba a permitirle desviar el tema o negarse a hablar. Lo miró fijamente esperando una respuesta.

—La verdad es que ni yo mismo lo sé —dijo él encogiéndose de hombros—. Me asomé para ver si estabas bien y... Ya no podía irme. Imagino que para ti es difícil de entender, lo es incluso para mí, aunque creo tener una idea de lo que está pasando.

—¿De qué hablas? ¿Qué es lo que está pasando? No entiendo cómo es que te metes en la cama de alguien, y además desnudo, sin que te hayan invitado —le increpó ella un tanto molesta.

—Necesitaba estar contigo, fue algo que surgió al verte. No podía darme la vuelta y dejarte ahí. Tenía que sentir tu piel —confesó Jay avergonzado.

Laura no entendía lo que le estaba contando, pero lo que sí podía sentir es que Jay realmente no había podido evitarlo. Le asustó poder leer lo que él pensaba y sentía con tanta facilidad, ¿de dónde venía aquello? De todas formas, siendo sincera consigo misma y ahora que lo analizaba a la luz del día, no le importaba haber dormido con él de esa manera. No sentía vergüenza ni estaba enfadada. Era extraño, pero lo único que sentía era normalidad. Pensó que quizá sí eran ciertas todas aquellas leyendas que había leído en libros e internet sobre las tribus nativas y sus costumbres ancestrales con rituales para los espíritus. El estar en la reserva le debía de estar

afectando, puesto que era lo único que podría explicar que a ella no le importara haber dormido en la misma cama con alguien a quien apenas conocía.

En un impulso puso su mano encima de la que él tenía sobre la mesa. Jay miró las manos y la miró a los ojos, y ella volvió a leer sus sentimientos, esta vez vio alivio porque ella no hubiera reaccionado de otra forma. Pero Laura sentía que no podía culparlo del todo, puesto que ella lo había besado horas antes. Al parecer, los dos estaban comportándose de forma extraña.

—¿Y cuáles son nuestros planes para hoy? —preguntó en un intento de cambiar de tema.

—Tenemos que hablar con Larry.

—¿Y quién es Larry?

—Larry es un drogadicto rehabilitado que vive en el pueblo. Hace trabajos para la gente aquí y allí. Es el único que nos dirá algo sobre la droga —explicó él.

—¿Me estás diciendo que no hay más drogadictos en Browning? —preguntó ella escéptica.

—Por supuesto que los hay, es el mayor problema que tienen las reservas indias del país. Pero ninguno de ellos hablará con nosotros si todavía siguen enganchados. Si se sabe que han hablado, no solo sus camellos le cortarán el suministro, sino que puede que incluso se lleven una paliza. Larry dejó la droga hace mucho tiempo, ahora solo bebe.

—¿Y no deberíamos ir a la policía? Creo que la metanfetamina es prueba suficiente para que el jefe de policía investigue. Aunque me dijo que no había ninguna investigación abierta, la droga es un indicio más que apoya que lo de Jimmy no fue un accidente —expuso ella.

—El jefe Weasel no va hacer nada y eso es otra cosa que tengo en mente: averiguar el porqué de su falta de interés en este tema.

La expresión en el rostro de Jay cambió de manera radical y, aunque Laura no sintió miedo por ella, comprendió que podía llegar a ser un hombre peligroso. Jay irradiaba poder y determinación. No parecía la clase de hombre que se dejaba amedrentar por nada ni por nadie.

Después de una pequeña discusión, en la que Jay insistió en que ella se quedara en la cabaña hasta que él pudiera volver con su camioneta y al final desistió cuando ella le aseguró que no iba a quedarse sola allí, se prepararon para salir al exterior. Jay le prestó un par de botas que le venían una talla grande y Laura se las puso con dos pares de calcetines gruesos que encontró en un cajón de una de las cómodas que había en la habitación en la que habían dormido.

Jay también le dio un gorro de lana, una bufanda y un par de guantes. Sacó un enorme abrigo que le llegaba a Laura casi a los tobillos, pero como no quería congelarse, decidió que se apañaría con la prenda.

La idea era caminar hasta el lago Two Medicine, donde una de las primas de Jay los recogería. Había hablado con ella por el móvil cuando todavía Laura dormía. No podía arriesgarse a que Rebecca, su prima, intentara subir a la cabaña, puesto que aquello era solo un camino y había caído mucha nieve durante la noche, según le explicó él. Así que salieron de la casa y se pusieron en marcha.

A los pocos minutos Laura ya estaba congelada, pero Jay parecía estar bien. Ni siquiera se había puesto una bufanda y llevaba las manos descubiertas.

—¿No tienes frío? Porque yo no me siento los dedos de los pies —se quejó ella.

—Mi temperatura corporal suele ser más alta que la de la mayoría de las personas —dijo él.

—Qué suerte tienes —masculló ella en voz baja.

—También tengo un buen oído, mejor que el de la media. Y te he escuchado —señaló él sonriendo.

Continuaron andando durante lo que a ella le pareció una eternidad. Cuando llegaron al puente

que cruzaba el arroyo Two Medicine, Laura estaba tiritando y le dolía la piel de la cara del frío. Cruzaron y Jay le explicó que tenían que seguir hasta la zona de picnic puesto que allí había quedado con su prima.

Divisó en la distancia una camioneta azul oscuro que tenía pinta de ser nueva. De ella se bajó una chica que los saludó con la mano. Al acercarse ella los miró a ambos y sonrió.

—Vaya, Jay, nunca pensé que vería el día en que llevaras a una mujer a la cabaña —se burló ella.

Laura enrojeció hasta la raíz del pelo. Aunque no había pasado nada, había algo implícito en sus palabras que le hizo sentirse avergonzada. La prima de Jay daba por sentado que se habían acostado juntos, y aunque no lo habían hecho, la forma en que habían compartido la cama había sido, de alguna manera, un acto más íntimo que el practicar sexo. No sabía por qué era así, pero sentía que estaba en lo cierto.

—Soy Rebecca Lakeside, prima del aquí presente. Nuestros padres eran hermanos, mi apellido de soltera era Lunak.

—Laura Colter —dijo ella y le tendió la mano que la otra chica estrechó con entusiasmo.

Rebecca le sostuvo la mano cuando ella intentó retirarla y se acercó a ella, inspiró dos veces de manera sonora y su sonrisa se amplió.

—Vaya, vaya, Jay, esto es una sorpresa —dijo volviéndose hacia su primo—. Huele a ti, pero no es tuya.

—¿Me ha oído? —preguntó a Jay con incredulidad.

Jay miró a su prima con expresión amenazante.

—Vámonos ya —dijo él.

—Yo no soy de él, ni de nadie, por cierto —informó Laura con el ceño fruncido.

—Sí, claro. Es solo que...

—Becca, cállate y llévanos de vuelta al pueblo —ordenó él.

—Claro, jefe. Tú eres el que manda. Anda, meteos en el coche antes de que os congeléis.

Subieron todos al coche y Laura agradeció la calefacción del interior. Jay se quitó la chaqueta en cuanto entró, al parecer era cierto lo de su temperatura corporal. Se fijó en que Rebecca también lo hizo, quizá era algo genético en su familia, porque ella seguía congelada.

Cuando llevaban varios minutos en marcha, la prima de Jay empezó a hablar y ya no paró. Le preguntó a Laura de dónde era y a qué se dedicaba, cuando esta fue a explicarle que estaba allí investigando la muerte de su primo, Jay la cortó y cambió el tema con brusquedad. Ella entendió que no quería que dijera nada delante de su prima.

Rebecca continuó hablando por el camino sobre el pueblo, la tribu y las travesuras que Jay y ella habían cometido siendo niños. Eran de la misma edad por lo que siempre habían estado muy unidos. Laura encontró que le gustaba esa chica, aunque aparentara su edad, tenía que ser sin duda mayor. Pero Rebecca era cercana, alegre y llena de vida, por lo que el camino de vuelta al pueblo se le pasó en un suspiro.

Llegaron al hotel y Jay se bajó del coche con ella. Laura se despidió de Rebecca no sin antes asegurarle que le haría una visita antes de marcharse de Browning. Jay la acompañó a la entrada del hotel.

—Me gusta tu prima —manifestó ella.

—Sí, a todo el mundo le gusta —confesó él.

—No quieres que sepa que estamos investigando la muerte de Jimmy, ¿verdad?

—Sí, y te agradezco que no hayas dicho nada. En algún momento tendré que reunirme con la familia para hablar de ello, pero cuando tenga que hacerlo espero tener algo que decirles.

—Estáis muy unidos en tu familia, por lo que veo.

—Sí, tenemos una relación... especial, podría decirse —dijo Jay y añadió en un susurro—: Quizá algún día tenga que hablarte de ello.

—¿Cómo? —Laura no había entendido a qué se refería en la última frase.

—¿Qué te parece si te recojo en dos horas? Podemos ir a comer algo y después buscaremos a Larry —propuso él.

—Me parece bien.

Se despidieron y ella entró en la calidez del hotel. Se volvió cuando ya había avanzado por el hall del establecimiento y vio que Jay seguía fuera, delante de las puertas, mirándola. Levantó la mano para decirle adiós y lo perdió de vista cuando giró en dirección a los ascensores.

Había algo en Jay que llamaba su atención y le provocaba curiosidad. Algo que la atraía como las luciérnagas a la luz. No sabía qué era, pero, sin duda, estaba allí.

Laura se dio una larga ducha. No se había dado cuenta de lo que la necesitaba hasta que se metió debajo del chorro de agua caliente y sintió cómo los músculos se le relajaban. Salió del baño en albornoz y se sentó en la cama. Sacó de su bolso su cuaderno y se puso a buscar el móvil, hasta que recordó que lo había perdido en el bosque.

—Se lo tiré a la cabeza al lobo —recordó en voz alta.

Revisó sus notas y en una página nueva intentó transcribir la conversación que habían tenido con Martha, la tía de Jay. Les había desvelado bastante sobre las actividades de Jimmy, no podía olvidar la expresión de sorpresa en la cara de Jay cuando su tía había comentado lo de los viajes a Canadá. Después del descubrimiento en la cabaña, las piezas del puzzle empezaban a encajar, el chico había estado haciendo de mula, llevando dinero al país vecino y trayendo metanfetamina de vuelta. Para quién, era todavía un misterio.

De todas formas, a Laura no le terminaba de cuadrar todos los aspectos de la muerte de Jimmy. No podía sacarse de la cabeza el estado en que se había encontrado su cuerpo. Jay no le había prestado mucha atención a ese detalle, incluso le había restado importancia, pero ella presentía que era relevante.

El sonido del teléfono de la habitación la sacó de sus pensamientos. Hizo amago de alcanzar el móvil para comprobar la hora, pero se encontró de nuevo con la realidad de que no tenía móvil. Debía buscar una tienda donde poder comprar un teléfono nuevo y conseguir un duplicado de la tarjeta de su número.

—¿Diga? —contestó ella.

—¿Señora Colter? Soy Alice Simmons, de recepción. El señor Lunak pregunta por usted —le informó la recepcionista del hotel.

—Ah, sí, muchas gracias. Dígale que tardaré diez minutos, por favor, si es tan amable —pidió ella.

—Por supuesto, señora Colter.

Colgó y empezó a correr por la habitación como un pollo sin cabeza. Se había inmerso tanto en sus notas y divagaciones que se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Se decidió por unos vaqueros, buscó una camiseta de manga corta y entonces vino el dilema sobre qué ponerse encima. No había traído ropa de abrigo, ni se le había cruzado por la cabeza que pudiera nevar en esas fechas. En Helena tardaba un poco más en llegar la nieve, no mucho más, pero no nevaba en septiembre. Se decidió por un cárdigan rojo y cogió la chaqueta que había traído. Si el tiempo seguía así iba a necesitar comprarse un abrigo más grueso, además de un gorro, bufanda y guantes. Aunque tenía los que le había dado Jay en la cabaña, quizá podría usarlos mientras estuviera en Browning.

Cogió su bolso, guardó su cuaderno de notas y abandonó la habitación. Se sintió un poco nerviosa mientras bajaba en el ascensor y se dio cuenta que era porque iba a ver a Jay de nuevo.

—No seas boba, Laura —se dijo a sí misma en voz alta.

Salió del ascensor y lo vio. Era imposible que ese hombre pasara inadvertido, su pelo oscuro brillaba con las luces del hall del hotel. Se había duchado y cambiado de ropa. Llevaba vaqueros, pero eran unos distintos a los que llevaba puestos cuando se habían despedido un par de horas atrás. Había cambiado la cazadora vaquera por un abrigo de piel. Parecía incluso más alto y sus

ojos volvían a ser más verdes que grises.

—¿Sabes dónde puedo encontrar un buen abrigo como el tuyo? Creo que no he venido preparada para la nieve —bromeó ella.

—Te llevaré a donde puedas comprar uno —contestó él.

—Era broma, creo que podré apañarme con esta chaqueta. Tiene doble forro —dijo ella y le guiñó el ojo.

Jay se quedó mirándola sin contestar. Parecía no parpadear. Laura se empezó a sentir un poco incómoda.

—Preferiría que me llevaras a una tienda de telefonía, perdí mi móvil en el bosque cuando me atacó el lobo —explicó ella.

Jay pareció reaccionar y le hizo un gesto para que salieran al exterior.

—El lobo no te atacó —murmuró él.

Ella se giró hacia él con brusquedad.

—¿Qué has dicho?

—Pararemos en una tienda antes de ir a comer, si te parece bien —contestó él con el ceño fruncido.

Salieron al exterior, el cielo se había despejado completamente y lucía el sol, aunque la temperatura seguía siendo baja. Las carreteras aparecían limpias, las máquinas quitanieves habían pasado y en ese momento la circulación era fluida. Había muchos más coches que los días anteriores.

Jay le enseñó un juego de llaves y Laura las reconoció al instante. Miró hacia el aparcamiento y vio su coche allí.

—¿Has traído mi coche! ¿Has ido a la cabaña a por él? —preguntó atónita.

—Sí, subí después de dejarte, llevé un par de cadenas para las ruedas y así pude traerlo de vuelta al pueblo —explicó él.

—Muchas gracias, Jay —agradeció ella con una enorme sonrisa.

Subieron al vehículo y Jay le indicó qué dirección tomar para la tienda de telefonía. Laura consiguió un teléfono bastante decente por un buen precio y presentando su carné de conducir le hicieron un duplicado de la tarjeta sim con su número de teléfono. Le pidió a Jay que condujera para así ella poder instalar varias aplicaciones en el móvil y recuperar los números que tenía guardados en la nube.

No prestó atención a dónde se dirigían hasta que él aparcó. Levantó la vista del móvil y comprobó asombrada que estaban delante de una tienda de objetos nativoamericanos. En el escaparate había expuesto una variedad de lo que se podía comprar en el interior. Había vasijas, cuadros, adornos para el pelo, collares, tapices y prendas de vestir.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Laura.

—Dijiste que necesitabas un buen abrigo.

—Pero... Aquí deben vender abrigos de piel, como el tuyo. No creo que mi presupuesto dé para uno de ese tipo —señaló ella apenada.

—En esta tienda me hacen descuento —confesó él con un guiño.

Laura se bajó del coche no muy convencida, pero le apetecía entrar en la tienda. Quizá pudiera comprar algún souvenir para decorar el escritorio de la oficina.

Entraron en la tienda y quedó asombrada ante todo lo que había allí. No era demasiado grande, pero estaba decorada con mucho gusto y el espacio se había aprovechado al máximo para poder exhibir la mayor cantidad posible de objetos. Lo que había en el escaparate era solo una pequeña muestra de lo que se podía encontrar dentro.

—¡Guau! Este sitio es increíble —alabó Laura.

—Sabía que te gustaría. Ven, Melissa debe estar en la trastienda.

La condujo hasta el mostrador que había al fondo de la tienda. Jay llamó en voz alta a la tal Melissa, y a los pocos segundos una joven apareció ante ellos. Era un poco más alta que Laura, tenía el pelo negro como el de Jay, y lo llevaba recogido en una trenza que le llegaba por debajo de los hombros. Tenía los ojos de un intenso verde que llamó su atención de inmediato y que le recordó a los de él. Una idea se le formó en la cabeza.

—¿Sois familia? —preguntó ella pasando la mirada de Jay a la chica.

La joven soltó una carcajada.

—Vaya, eres buena fisionomista. Soy Melissa, prima de este indeseable que no me visita nunca —se presentó la chica.

—Encantada, yo soy Laura.

—Sí que vengo a verte, no te quejes tanto. Hoy además te traigo un cliente —dijo él intentando mantener un semblante serio, pero sin conseguirlo.

Laura estaba sorprendida del Jay sonriente y relajado que tenía a su lado. Tenía un brillo especial mientras hablaba con su prima, era obvio que le tenía mucho cariño y aquello la desconcertó. No había tenido el mismo comportamiento con Rebecca, a pesar de ser de la misma edad y estar muy unidos como ella había explicado. Jay no se había mostrado tan abierto ni bromista con ella como lo estaba siendo en esos momentos con Melissa.

—Bueno, Laura. ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó la chica.

—Necesito un abrigo, no soy de aquí y no me esperaba que nevara. Jay me ha traído a tu tienda, pero si lo que vendes es de piel auténtica no creo que pueda pagarlo —se sinceró ella.

—Eso lo hablaremos después —desechó Melissa con un gesto—. Te voy a enseñar los abrigos que tengo para mujer y vemos si te gusta alguno.

Tardaron media hora. Laura se probó tres abrigos y se enamoró de uno en el mismo momento en que se lo puso. Dio varias vueltas con la prenda delante del espejo del probador. Era marrón oscuro, le llegaba justo por debajo del trasero y estaba forrado de lana en su interior. Era cómodo y cálido, las solapas del cuello eran altas y podía levantarlas en caso de que necesitara cubrirse parte de la cara.

Sonó el timbre de un móvil y escuchó cómo Jay contestaba. Se asomó por la cortina del probador y lo vio salir a la calle mientras hablaba con alguien. Melissa se acercó a ella desde el mostrador.

—¿Te gusta? —le preguntó con una sonrisa.

—Me encanta, es perfecto —alabó mientras giraba sobre sí misma con el abrigo puesto—. Pero dudo que pueda pagarlo.

—Quítatelo para que te lo prepare y hablamos del precio.

Laura se despojó de la prenda, se puso la chaqueta que traía y se acercó al mostrador. Intentó mirar el precio en la etiqueta que colgaba de la manga, pero Melissa fue más rápida y le quitó el abrigo de las manos, de un tirón arrancó la etiqueta y la tiró a la papelera que tenía a su lado.

—El precio son cien dólares, Laura. ¿Te lo vas a llevar? —preguntó la chica.

—¿Cien dólares? Debes estar de broma, este abrigo cuesta por lo menos tres veces más —constató Laura.

—Ese es el precio por el que te lo vendo a ti. No he dicho que sea la cantidad que pagaría cualquier otro turista que pasara por mi tienda —expuso Melissa.

—Pero Jay me ha dicho que los haces tú, a mano. Es un enorme trabajo. No me parece justo pagar semejante miseria por una prenda que es casi una obra de arte —objetó ella.

—Es verdad, los hago yo con las pieles de bisonte. Lo aprendí de mi padre que era un maestro peletero, algo que era muy común en el pasado de los Blackfeet —explicó la chica—. Hoy en día casi nadie conserva las tradiciones de las tribus nativas y mucho menos se dedica a ello de manera profesional. Tampoco tenemos tantos visitantes como para poder vivir de ello —se lamentó.

—Tú lo haces, tienes tu tienda —señaló Laura.

—Los meses de invierno son muy duros porque no hay apenas turistas y los meses de verano tampoco se vende tanto como para subsistir el resto del año —respondió la joven—. Si no fuera por Jay la mitad de nuestra familia tendría que abandonar la reserva y mudarse a otra parte. Él se hace cargo de nosotros cuando tenemos problemas.

—Es un detalle por su parte —elogió Laura.

—Bueno, no le queda otra. A veces pienso que es una gran carga para él, pero Jay es el responsable de nuestra familia y es su obligación —expuso Melissa.

—¿Su obligación? —preguntó Laura extrañada.

—Sí, así es —confirmó la chica—. Pero basta de aburrirte con historias familiares, ¿quieres el abrigo o no?

Laura se sintió confusa ante el cambio de tema en la conversación. Miró el abrigo y después a Melissa.

—Sí que lo quiero, aunque el precio...

—No se hable más, son cien dólares —pidió mientras lo marcaba en la caja registrada.

Laura se encogió de hombros, buscó su cartera en el bolso y le dio la tarjeta de crédito. Estaba segura que el abrigo no podía costar menos de trescientos dólares, pero sabía que si quería comprarlo Melissa no le permitiría pagar más de lo que ya le había dicho.

—No entiendo lo del precio, de verdad. Siento que estoy menospreciando tu trabajo —le confesó a la chica.

Melissa no pudo evitar reír. La miró con una expresión amable mientras le tendía el ticket y le devolvía la tarjeta de crédito.

—Estás con Jay, eso te hace ser parte de la familia —sentenció ella.

Laura se quedó de piedra. ¿La había entendido bien? Melissa debía haberse confundido, puesto que ella y Jay no tenían nada. Era verdad que la situación de la noche que habían pasado en la cabaña había sido un tanto extraña, pero nadie sabía lo que había ocurrido allí. Siendo sincera con ella misma, sí lo había notado un poco diferente desde la noche anterior, pero teniendo en cuenta en lo que andaban metidos y el descubrimiento que él había hecho sobre su primo, Laura simplemente no había querido pensar que hubiera nada más en su comportamiento.

—Creo que te equivocas, entre tu primo y yo no hay nada. Me está ayudando con mi trabajo y nada más —aclaró ella.

—No es eso lo que huelo, Laura —apuntó la chica.

—¿Qué es lo que hueles? —preguntó confusa ella.

En ese momento, la campanilla de la puerta sonó y Laura se volvió para ver entrar a Jay que volvía de la calle. Se giró hacia Melissa, pero esta estaba ocupada metiendo el abrigo en una enorme bolsa.

—¿Habéis terminado ya? —preguntó Jay con semblante serio.

—Sí. Laura ha decidido llevarse un abrigo que le queda como un guante —contó la chica.

—Espero que hayas tenido en cuenta que es... amiga.

El titubeo en la voz de Jay no se le escapó a Laura. ¿Eran amigos? Supuso que sí, al fin y al cabo estaban investigando juntos la muerte de Jimmy. Aunque podía ser muy irritante a veces, no

podía negar que Jay la estaba ayudando.

Los miró a ambos y el intercambio de miradas entre ellos la dejó preguntándose qué se estaban diciendo sin palabras. Nunca había conocido una familia que estuviera tan unida hasta el punto de que sus miembros llegaran a entenderse de esa forma. Quizá era por ser indios nativos, sabía que la idea de familia difería mucho de un país a otro. ¿Por qué no podía ser así entre los nativoamericanos? La relación entre los miembros de la de Jay parecía ser cercana y dependiente los unos de los otros.

Cogió la bolsa y le dio las gracias a Melissa. Esta le dijo que esperaba verla de nuevo pronto. Le propuso ir a tomar un café en algún momento, algo a lo que Laura accedió, aunque sabía que no estaría tanto tiempo en Browning como para poder llegar a hacer amigas con las que salir a tomar café.

—¿No vas a ponértelo? —le preguntó Jay cuando salieron de la tienda.

—¿Hay en tu familia algún problema de olfato? Quizá es algo genético —se respondió Laura a sí misma en voz alta.

—¿De olfato? ¿Por qué lo preguntas? —inquirió él contrariado.

—Melissa me ha hecho un comentario sobre cómo huelo. Es la segunda persona de tu familia que dice algo sobre eso.

—No... No es nada importante —afirmó él y preguntó a continuación—: ¿Tienes hambre? Vayamos a almorzar y después buscaremos a Larry.

Laura asintió y con aire ausente se montó en el coche. Dejó que Jay condujera, puesto que era él quien sabía a dónde iban a ir a comer. En el camino hacia el restaurante no pudo quitarse de la cabeza la conversación que había tenido con Melissa.

Larry vivía en una destartada casa en el noreste de la ciudad. Jay no lo veía a menudo, pero en alguna que otra ocasión le había dado trabajo cuando Timmy no había podido ayudarlo. A pesar de sus circunstancias personales, Larry era un trabajador responsable que siempre llegaba puntual y cumplía con lo que se le encomendaba.

A Jay le entristecía ese hombre. No podía evitar sentir pena por él y por la situación en la que vivía. Larry era alcohólico desde que su mujer había fallecido al dar a luz. El bebé había nacido muerto y Larry se había quedado solo en el mundo, totalmente destrozado y sin ganas de seguir viviendo. Después de un tiempo experimentando con drogas, lo dejó y se dio a la bebida. Desde entonces no había levantado cabeza.

Llegaron a la casa del hombre. Laura miraba el lugar con gesto de desagrado, Jay no podía culparla porque la realidad era que la vivienda se caía a pedazos. El coche que Larry había conducido en algún momento hacía veinte años estaba aparcado en un lateral del jardín, cubierto de óxido por completo, con las lunas rotas y las ruedas desinfladas. Había algún que otro trasto aquí y allá, esparcidos por lo que debería haber sido el jardín delantero.

Se acercaron a la puerta y Jay llamó con los nudillos. Esperó un minuto y como no se escuchó nada en el interior de la vivienda, volvió a llamar esta vez aporreándola más fuerte. A los pocos segundos se escuchó ruido de cristales y botellas. Una voz habló desde el interior, las palabras ininteligibles por lo que Jay no contestó. Entonces se abrió la puerta y Larry apareció tras ella, despeinado y con la camisa llena de manchas que llevaba por fuera de los pantalones. Los miró a ambos durante lo que pareció una eternidad, por lo que Jay decidió hablar.

—Hola, Larry, soy Jay Lunak. Esta es Laura Colter. Nos gustaría hablar contigo sobre un tema un poco... delicado.

—¿Jay? —preguntó el hombre con expresión confundida.

—Sí, el de los caballos purasangres. Trabajas para mí de vez en cuando —explicó con paciencia.

—¡Ah, sí! El chico Lunak, el mayor. ¿Qué tal muchacho?

—Bien, Larry. Nos gustaría hablar contigo, por favor —pidió él.

—Sí, claro. Pero... No me ha dado tiempo de limpiar y recoger la casa, Jay. ¿Podemos dejarlo para mañana?

Jay comprendió a qué se refería Larry. Supuso que habría estado bebiendo y habría botellas por todas partes, así como ropa sucia y platos sin fregar. Este era el tipo de cosas que le hacía sentirse mal por la vida que Larry vivía. No era un mal hombre, y cuando estaba sobrio era buen trabajador, pero no había conseguido superar la desgracia que la vida le había puesto en su camino.

—Podemos hablar aquí fuera, si te viene mejor. Es algo urgente —aclaró él y el hombre asintió.

Salió de la casa y los tres se alejaron un poco de la misma.

—Laura —dijo y señaló a la chica—, es periodista. Ha venido a escribir un artículo sobre la muerte de Jimmy y tenemos algunas preguntas que hacerte, Larry.

—Pero yo no sé nada sobre eso, Jay. Además, fue un accidente, ¿qué es lo que usted va a escribir si se cayó por un barranco? —preguntó el hombre, desconcertado, volviéndose hacia

Laura.

—Larry, he encontrado algo que le pertenecía a Jimmy. No lo sabe nadie más y espero que puedas guardarnos el secreto —explicó Jay mientras miraba al hombre fijamente.

Larry asintió y Jay continuó.

—Encontramos metanfetamina, Larry. Era de Jimmy, no creo que la consumiera, pero la traía desde Canadá para alguien. Supongo que necesitaba dinero y por eso lo hizo. ¿Sabes algo de eso?

—Yo no tomo drogas, Jay. Las probé un tiempo pero no eran lo mío. Bebo algo de vez en cuando, tú lo sabes. Pero drogas, ya no —aseveró el hombre.

—Lo sé, Larry. Pero tú pasas mucho tiempo en la calle y... Bueno, puedes haber visto algo.

—Quizá vio cómo Jimmy hablaba con alguien y le entregaba algún paquete, una bolsa o algo —intervino Laura.

Larry giró la cabeza hacia ella y la miró con atención.

—Usted no es de por aquí.

—No, soy de Helena. He venido porque no creo que lo que le pasó a Jimmy fuera un accidente —explicó ella.

—Es usted muy valiente viniendo hasta este rincón perdido de Montana. Aquí no hay mucho, la verdad, pero la tierra es buena y las montañas nos protegen.

Jay y Laura lo miraron intentando dilucidar si el hombre divagaba debido al alcohol o pretendía llegar a alguna conclusión.

—Jimmy se estaba juntando con mala gente, Jay. No sé por qué, pero lo hacía. Gente mala de Flathead, pero también de aquí —dijo el hombre en un susurro.

—¿Qué gente, Larry? ¿Sabes el nombre de esas personas? ¿Los conoces? —preguntó Jay.

El hombre se removió inquieto, se retorció las manos mientras miraba a ambos lados. Era obvio que sabía quiénes eran, pero tenía miedo. El terror se reflejaba en sus ojos. No se sentía bien consigo mismo por tener que presionar a ese hombre, porque bastante mal lo había pasado. Pero necesitaba saber para quién había estado trabajando su primo. Iba a insistir de nuevo, pero Laura se le adelantó.

—Larry, no queremos meterle en problemas, pero Jay se merece saber lo que le ha pasado a su primo y la única pista que tenemos es la droga. Ayúdenos, por favor —pidió ella con voz suave—. Ayude a Jay.

Posó su mano en el brazo del hombre y el estupor se dibujó en su rostro. Larry la miró con los ojos muy abiertos y después miró su mano. Con lentitud alzó la otra mano y la depositó encima de la de ella en su brazo. Laura le sonrió al hombre. Jay no pudo más que admirar a esa mujer, con ese leve contacto había conseguido derribar las barreras de Larry, porque a continuación este habló:

—Habla con el líder de los Flathead, Jay.

—¿Con el jefe de la tribu, con el consejo tribal? —preguntó él un tanto confundido.

—No, con el líder del clan que es como el tuyo. Habla con el líder de la manada —aclaró Larry.

Jay se quedó de piedra al escuchar las palabras de aquel hombre que, aun pasando la mayor parte de su tiempo borracho, sabía lo que él era. De alguna manera, Larry tenía conocimiento de su verdadera naturaleza, así como la de su familia. Y también sabía que había otra familia como la suya en la reserva de los Flathead.

Lo que el hombre acaba de confesarle lo cambiaba todo. Estaba seguro que había gente en Browning que estaba involucrada en el tema de la metanfetamina, pero comprendía que Larry no iba a darle ningún nombre de alguien del pueblo. Temía por su vida, y aquello llevaba a otro nivel

la investigación que él y Laura estaban haciendo.

—Muchas gracias, Larry. Has sido de gran ayuda —agradeció Jay.

Se despidieron de él, y cuando estaban a la altura del coche, Laura volvió sobre sus pasos y se acercó al hombre que seguía en el mismo sitio en el que habían hablado. La vio acercarse a él, decirle algo y depositar un beso en su mejilla. Con una sonrisa se despidió de nuevo y volvió al coche.

Larry se había llevado una mano a la cara y se tocaba el punto justo donde ella lo había besado. Jay arrancó el coche y no pudo evitar preguntarle:

—¿A qué ha venido eso?

—Es obvio que ese hombre está solo. Necesita que alguien le haga saber que merece que lo quieran —dijo ella encogiéndose de hombros.

Jay no fue capaz de articular una respuesta a las palabras de ella. Salió marcha atrás y enfiló la carretera sin poder apartar de su mente a Larry y lo que ella había hecho. Esa chica mostraba al mundo una fachada egoísta, en la que solo dejaba ver su interés por su carrera profesional, pero en el fondo tenía un corazón compasivo. Su forma de ser lo complicaba todo, inclinaba la balanza hacia su favor y eso no era bueno para él.

—Te llevaré al hotel, creo que por hoy hemos tenido suficiente —gruñó él.

—¿Por qué Larry se ha referido la familia de ese hombre como “manada”? —preguntó ella.

—Es una forma de hablar —contestó él con rapidez.

—¿Así llamáis a las familias en las reservas? —indagó ella.

—Algo así.

Sintió cómo Laura lo miraba, y no necesitó ver su cara para saber que tenía una expresión extrañada.

—Si tú lo dices será así —murmuró ella.

Aceleró y puso rumbo al hotel donde Laura se hospedaba. Necesitaba separarse de ella cuanto antes y poner las cosas en perspectiva.

Laura estaba desayunando en el buffet del hotel cuando sonó su móvil. El timbre del mismo la sobresaltó porque no estaba acostumbrada al del nuevo teléfono.

—¿Diga? —preguntó con cautela puesto que el número que llamaba era desconocido.

—Hola, Laura —saludó una voz ronca y masculina al otro lado de la línea y ella no necesitó que se identificara para saber de quién se trataba.

—Hola, Jay. ¿Qué tal? Justo estaba pensando en ti.

—¿En mí?

—Sí, no acordamos nada ayer sobre qué íbamos a hacer hoy. No tenía tu número... Y por cierto, ¿cómo sabes tú el mío? —preguntó ella.

—Lo memoricé cuando se lo diste al chico de la tienda de telefonía para pedir el duplicado de la tarjeta.

—Ah, vale. Bien, ¿qué vamos a hacer hoy?

—Te llamaba para decirte que hoy no podré acompañarte, tengo asuntos que atender. Creo que podrías dedicar el día a hacer turismo por la zona.

—Oh, vaya. —Laura no pudo evitar la desilusión en su voz—. Bueno, tengo más sitios a los que ir y personas a las que entrevistar, así que estaré entretenida —explicó ella.

—Escucha, Laura. No vas a hablar con nadie si no te acompaño yo, esto... Este asunto puede ser peligroso, no debes ir sola por ahí preguntando cosas.

—No soy una niña, Jay —se defendió ella—. Y soy periodista, puedo hacer mi trabajo sin una niñera detrás que me vigile.

—Esto no es un juego, Laura. Vas a hacer lo que te diga, este es mi pueblo y lo conozco mejor que tú. No irás sola —ordenó él y aquello la enfureció.

—Claro que no es un juego, es mi trabajo, Jay, y sé hacerlo. Haré lo que crea conveniente —espetó y colgó sin darle opción a contestar.

Dejó el teléfono en la mesa con un golpe, miró su plato de huevos revueltos y bacon y lo apartó. Se le había pasado el hambre. ¿Quién se creía que era? No podía darle órdenes y esperar que ella las cumpliera. Se conocían de hacía solo unos días, y no iba a permitir que la manipulara a su antojo.

Se levantó con brusquedad y agarró el móvil. Se acercó una camarera para preguntarle si había terminado, ella asintió y le dio las gracias. Salió del comedor y subió a su habitación. Estaba enfadada, muy enfadada, y no entendía por qué le habían molestado tanto las palabras de Jay. Al fin y al cabo, no se conocían de hacía tanto y no estaba segura de que se les pudiera considerar siquiera amigos. Solo se estaban ayudando mutuamente en algo que les interesaba a ambos. Se dio cuenta que se estaba intentando convencer a sí misma sobre lo que había entre los dos, pero ella tenía un objetivo y no podía permitir que nada la distrajera de ello.

Cogió su cuaderno y lo hojeó. La noche anterior había pasado las notas al ordenador. Había traído su portátil para así poder ir preparando el artículo con la información que iba recabando. Se detuvo en la hoja donde tenía anotadas las personas a las que quería entrevistar, al lado de la palabra “amigos” había escrito un signo de interrogación. Dejó el cuaderno sobre la cama y fue al baño a asearse, al volver ya había decidido cuál iba a ser su siguiente visita. Se cambió de ropa, cogió el bolso y salió del hotel. Había recuperado su coche así que podía moverse por el pueblo

sin problemas. Intentaría averiguar quiénes eran los amigos de Jimmy, ese era el siguiente paso a seguir.

Le costó un par de vueltas encontrar la casa de Martha Lunak. Aunque tenía buen sentido de la orientación, en aquel pueblo todas las casas tenían el mismo aspecto. Se detuvo delante de una vivienda que tenía dos macetas con flores rojas a ambos lados de la puerta de entrada. Aquella era la casa de la madre de Jimmy, recordaba las coloridas plantas de su primera visita.

Aparcó y se bajó del coche. Le sabía mal molestar a la mujer de nuevo, pero no se le ocurría ninguna otra forma de averiguar más sobre Jimmy. Jay no estaba con ella, y aunque le costara reconocerlo, con él todo había sido más fácil desde el principio. Conocía el pueblo y a la gente, ella nunca habría podido saber que Larry podía darles algún tipo de información. Ni siquiera podría haber sabido que Larry existía.

Con determinación llamó a la puerta con los nudillos. Se dijo que no lo hacía solo por su propio interés y el del artículo que quería escribir, sino para descubrir qué es lo que de verdad le había pasado a Jimmy.

A los pocos segundos escuchó pasos y la puerta se abrió dejando ver a una Martha sorprendida al otro lado.

—Siento molestarla de nuevo, Martha. Pero me preguntaba si tendría unos minutos libres para hablar conmigo —dijo ella.

La expresión de sorpresa en la cara de Martha dio paso a una sonrisa.

—Eres la mujer de Jay, claro que tengo tiempo. Pasa, por favor —contestó mientras se hacía a un lado para dejarla pasar.

Laura estuvo tentada de aclararle que ella no era nada de Jay, pero su instinto de periodista le dijo que quizá fuera mejor que Martha pensara aquello. Se sintió mal por mentirle a la mujer, pero se dijo que era por un bien mayor.

La mujer la invitó a sentarse y le preguntó si le apetecía un café o un té. Laura accedió a un café. Mientras Martha preparaba las bebidas se fijó en que esta había estado ocupada realizando un banderín de cuentas de colores. No estaba terminado, pero el dibujo que las pequeñas bolas de colores estaban formando era sin duda la imagen de un lobo gris.

Cuando la mujer volvió con las dos tazas y se sentó, Laura no pudo evitar comentar sobre el trabajo de bordado.

—Es mi Jimmy. He pensado que es la mejor manera de recordarlo —explicó la mujer.

—Es precioso. Supongo que a él le gustaban mucho los lobos —aventuró Laura.

—El lobo es el animal de la familia —dijo Martha con convicción.

Laura no entendió las palabras de la mujer, pero se centró en lo que la había llevado allí. Decidió no sacar el cuaderno, no quería intimidarla pareciendo que la estaba interrogando. La mujer había perdido a su hijo de manera trágica, no podía simplemente olvidar ese hecho.

—¿Cómo estás, Martha? —preguntó ella.

—No sé, la verdad. Jimmy no vivía conmigo desde hacía mucho tiempo, pero se pasaba a menudo por aquí. —Se detuvo y miró alrededor—. Lo echo mucho de menos, hemos sido él y yo desde siempre.

—Deduzco que su padre no ha sido parte de su vida.

—El padre de Jimmy era un inuik de Alaska que estaba de paso. Lo conocí en un bar, pasamos una noche juntos después de haber bebido demasiado y a la mañana siguiente siguió su camino —

contó Martha—. Me dijo que se llamaba Joe, pero no creo que fuera su verdadero nombre.

—Imagino que tuvo que ser muy difícil sacar a un bebé adelante estando sola.

—El padre de Jay nos ayudó mucho. Él era el responsable de la familia en aquel entonces, se hizo cargo de nosotros.

—Es fantástico tener una familia así. Yo perdí a mis padres cuando era niña, me hubiera encantado tener una familia como la vuestra —manifestó ella con tristeza.

—Ahora eres parte de la familia, Laura. Puedes contar con todos nosotros.

La mujer le cogió la mano entre las suyas y la sostuvo mientras la miraba con ternura. Algo se removió en su interior y lo identificó como anhelo. Quería creer que aquello era cierto. Descubrió asombrada que nunca había perdido la esperanza de tener una verdadera familia. Durante años había añorado pertenecer a algo así. Su tío se había entregado en cuerpo y alma a cuidarla y proporcionarle todo lo que había necesitado, pero no había podido sustituir el cariño de sus padres ni hacer desaparecer la sensación de soledad que siempre la había embargado.

Volvió a la realidad, retiró con suavidad la mano que la mujer le sostenía. Las palabras de Martha no tenían sentido, debían haber salido del profundo dolor que sentía por la pérdida de su hijo.

—Martha, ¿puedo preguntarle algo sobre Jimmy? —dijo ella con cautela.

—Por supuesto.

—¿Jimmy tenía amigos en el pueblo? Me refiero a amigos cercanos, con los que quizá saliera a tomar una cerveza o irse de excursión. Un amigo al que él podría haberle contado, por ejemplo, lo de sus viajes a Canadá —interrogó Laura.

—Mmm... Jimmy era muy extrovertido y tenía muchos amigos. Todo el mundo lo apreciaba, era un chico muy alegre —alabó Martha—. Pero entiendo a lo que te refieres. Luke era el mejor amigo de mi hijo. Se conocieron en el colegio y han sido inseparables desde entonces. Algunas veces venía a verme junto con Jimmy y me entretenían con sus historias.

—¿Crees que él pueda saber algo sobre tu hijo que no le hubiera contado a nadie más?

—Si Jimmy tenía algún secreto, sin duda Luke lo sabría. Creo que en los últimos tiempos no se veían mucho, pero seguían siendo amigos.

—¿Dónde podría encontrar a Luke, Martha? ¿Sabes dónde vive? —preguntó Laura esperanzada.

—No sé dónde estará viviendo ahora, pero creo que sigue trabajando en la gasolinera de Lauren Tanwood. Es justo la que está a la entrada del pueblo —explicó la mujer.

Laura intentó retener toda la información en la mente.

—Muchas gracias, Martha. Creo que iré a hablar con Luke —sugirió.

—Sí, hazlo. Es un buen chico. A veces se rodea de malas compañías, pero mi Jimmy siempre conseguía que volviera al buen camino. Luke Whistle siempre ha formado parte de la vida de mi hijo.

Continuaron hablando un rato más, Laura no podía evitar sentirse cómoda hablando con aquella mujer. Martha le contó algunas cosas sobre la tribu y le habló de las tradiciones que todavía perduraban y que el consejo tribal intentaba mantener vivas a toda costa.

Cuando se terminó el café, Laura se levantó para marcharse. Se despidió de la mujer y esta la sorprendió envolviéndola en un cálido abrazo. No era una mujer alta, pero de alguna forma sus brazos consiguieron cobijar el cuerpo de Laura y ella se sintió reconfortada.

Salió de la casa y se montó en el coche. Con rapidez sacó su cuaderno y un bolígrafo, anotó todo lo que le había contado la madre de Jimmy intentando no olvidar nada. Puso el coche en marcha rumbo a la gasolinera donde trabajaba Luke Whistle.

Tardó pocos minutos en llegar al establecimiento donde Luke trabajaba. Aparcó en un lateral de la gasolinera donde no pudiera molestar a los posibles clientes y entró. Como todas las estaciones de servicio, el interior se componía del mostrador donde pagar y una pequeña tienda donde se vendía un número limitado de artículos, siendo la mayoría snacks y dulces.

Laura miró alrededor, pero no vio a ningún chico de edad similar a la de Jimmy. En realidad, la tienda estaba desierta exceptuando a la chica que atendía el mostrador y que no podía tener más de dieciocho años. Fue hacia ella y le preguntó si Luke estaba trabajando.

—¿Es usted amiga de él? —cuestionó la muchacha.

—Sí, soy una amiga. ¿Está trabajando? —preguntó de nuevo Laura.

La chica se miró las uñas y Laura pensó que la estaba ignorando. Entonces la adolescente soltó un suspiro y le dijo que debía estar en la parte trasera fumando un cigarrillo o algo así. Le dio las gracias y salió. Rodeó el establecimiento y, tal y como le había indicado la chica, en la parte posterior del mismo se encontró con un joven sentado en el suelo. Sostenía un cigarrillo en una mano y con la otra toqueteaba un móvil. Tenía el pelo corto, castaño claro y de punta en algunas partes. A pesar del color del pelo, que no era natural, los rasgos del chico no dejaban lugar a dudas de su origen nativoamericano.

—No deberías fumar en una gasolinera —le recriminó ella.

El chico se levantó de un salto con una expresión asustada en los ojos. Tiró el cigarrillo al suelo y lo estrujó con el pie a conciencia asegurándose de que lo había apagado. La miró un momento y entonces su semblante se relajó.

—¿Nos conocemos? —preguntó él.

—No. Me llamo Laura Colter, soy periodista del Helena Chronicle y estoy investigando la muerte de Jimmy Lunak. Tengo entendido que era tu amigo —expuso ella.

El rostro de Luke cambió en cuestión de segundos ante aquellas palabras. Una enorme tristeza cubrió sus ojos y con actitud derrotada se dejó caer con lentitud en el suelo. Laura se acercó a él y se sentó a su lado.

—Siento mucho tu pérdida, Luke.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—He hablado con la madre de Jimmy, me comentó que eráis muy buenos amigos —explicó, y añadió—: Llámame Laura, por favor.

—Sí, lo éramos. Aunque en los últimos tiempos no nos veíamos mucho. Pero Jimmy sabía que siempre podía contar conmigo, igual que yo sabía que podía contar con él. —Los ojos del chico miraban al horizonte perdido en sus recuerdos—. No es justo lo que le ha pasado, Jimmy era una buena persona.

—¿Qué es lo que piensas que le ha pasado, Luke? Según el jefe de policía, ha sido un accidente.

—Eso son tonterías. Luke conocía estas montañas como la palma de su mano. Jamás se hubiera caído por un precipicio —aseguró Luke con gesto orgulloso.

—Luke, quiero que sepas que no mencionaré tu nombre en mi artículo —dijo mirándolo con severidad.

—¿Pero...?

—Eres un chico listo, Luke. Tengo algunas preguntas... Digamos, difíciles, que hacerte y me gustaría que fueras sincero conmigo. Solo quiero averiguar qué es lo que de verdad le ocurrió a Jimmy.

El chico sacó el paquete de tabaco del bolsillo trasero de sus vaqueros. Extrajo un cigarrillo y lo encendió con el mechero que tenía dentro del propio paquete. Le dio una calada, expulsó el aire con lentitud y se giró hacia ella.

—De acuerdo, dispara —accedió.

—Sé lo de la droga que Jimmy traía desde Canadá todas las semanas —expuso ella—. ¿Sabes para quién era?

Luke se removió inquieto en el suelo y miró para ambos lados como esperando que alguien apareciera de repente.

—¿Cómo sabes lo de la meta? —El joven seguía mirando hacia todos los lados y parecía estar muy asustado.

—Simplemente lo he averiguado. Sé que iba a Canadá a por la droga, supongo que necesitaba el dinero. Pero no sé para quién trabajaba.

—No era para él, Jimmy no consumía esas cosas. Él no era así, no como yo. Alguna vez me pasó algo, pero porque yo le insistía. Con la meta puedo olvidarme de la mierda de pueblo en el que vivo —se justificó Luke, mientras se pasaba la mano por el pelo con nerviosismo.

—No te juzgo, Luke. Lo que tomes o dejes de tomar es asunto tuyo. Solo quiero saber para quién era la meta —insistió Laura.

Luke se levantó y Laura lo imitó, quedaron casi a la misma altura ya que él no era muy alto y solo le sacaba unos cuantos centímetros.

—Mira, no quiero líos con nadie. Solo puedo decirte que todo ese asunto tenía que ver con la chica con la que salía.

—¿Jimmy salía con alguien?

—Sí, una chica Flathead. Su padre se enteró y al parecer no le gustó que saliera con Jimmy. Deberías hablar con ella, yo no puedo decirte más —dijo él y se alejó andando.

—¡Espera, Luke! —Laura aceleró el paso para ponerse a su altura—. ¿Quién era la chica?

—No sé su nombre, y la verdad es que aunque lo supiera no te lo diría. No quiero meterme en problemas. —Miró a Laura y con gesto cansado añadió—: Ella es alguien importante en la tribu de los Flathead, es lo único que sé. Ahora debo volver al trabajo.

—Muchas gracias, Luke —agradeció ella.

Pero el chico no la oyó, siguió andando y desapareció por la esquina del edificio. Cuando Laura llegó a su coche vio al joven llenando el depósito de un coche que había parado junto a un surtidor.

La miró y asintió con la cabeza. Laura se despidió de él con un gesto de la mano y montó en su coche.

Salió de la gasolinera y cogió la calle principal que cruzaba el pueblo. Supuso que los Flathead eran indios nativos y que su reserva debía quedar cerca de la de los Blackfeet. Era la explicación lógica, puesto que si Jimmy salía con una chica de esa tribu no podía estar muy lejos. «Aunque iba todas las semanas hasta Canadá, quizá la distancia no era un problema para él y la tribu en cuestión estuviera lejos», pensó Laura.

Sacudió la cabeza en un intento de poner orden en sus ideas. Necesitaba llegar al hotel y buscar información, parte del trabajo de un periodista radicaba en informarse sobre lo que iba a escribir y ella necesitaba saber más sobre los Flathead. Se había saltado el almuerzo, así que decidió que se quedaría en su habitación indagando en su portátil y más tarde cenaría en el propio hotel. Con

esos planes, dirigió su coche de vuelta al Glaciers Peak Hotel.

Jay había tardado casi tres horas en llegar a la reserva de los Kainai. En primer lugar había tenido que combatir con el clima, aunque en Browning no había vuelto a nevar, en cuanto llevaba una hora en la carretera la nieve había vuelto a hacer acto de presencia. No había necesitado ponerle las cadenas a su camioneta porque las quitanieves habían sido puestas a trabajar casi de inmediato, pero sin duda había tenido que reducir la velocidad.

Cuando llegó a la frontera con Canadá, la cola de coches en dirección a ese país era mucho más larga de lo que había esperado encontrar. ¿A dónde se dirigía toda esa gente? Había tenido que esperar pacientemente su turno, le habían pedido identificarse y había podido cruzar sin problemas. Pero había perdido una hora en poder pasar al país vecino. Desde que había empezado a nevar no había dejado de repetirse que si hubiera hecho el viaje con su otra naturaleza todo hubiera sido más rápido. Pero para lo que tenía que hacer necesitaba estar en su forma humana.

Aquello le hizo pensar en Laura. Sabía que tenía que hablar con ella y explicarle quién era de verdad. No solo era una cuestión personal, era necesario que ella supiera a qué se estaban enfrentando. Después de lo que Larry les había dicho se había dado cuenta de que las circunstancias de la muerte de Jimmy eran mucho más complicadas de lo que había pensado al principio.

No había querido darle la razón a Laura, pero la forma en la que se había hallado el cuerpo de su primo sí era importante. Sabía que había sido una lucha entre miembros de la misma naturaleza, pero la idea de que un Flathead estuviera involucrado no había cruzado su mente. Los clanes se llevaban bien, se apoyaban tanto a nivel de raza como a nivel tribal. Las relaciones con la reserva vecina de los Flathead eran cordiales. Al fin y al cabo, todas las tribus nativoamericanas tenían los mismos problemas en el país. Enfrentarse entre ellos no era algo que estuviera en los planes de ninguna de las tribus.

Llegó a la reserva al mediodía, cruzó a territorio indio y decidió que primero pararía a comer algo. Encontró un restaurante de comida rápida y degustó con lentitud una hamburguesa y unas patatas fritas mientras intentaba pensar cómo iba a exponerle el problema a John. Se dijo que no había forma fácil de contarle, iría al grano como siempre habían hecho entre ellos.

Subió a la camioneta y fue directo a la granja donde su amigo trabajaba. John y él se habían conocido a través de sus padres, los cuales eran amigos debido a la naturaleza que compartían. Se habían llevado bien desde el principio y la amistad se había afianzado con los años. Cuando Jay se convirtió en el responsable de su clan, no dudó en pedir consejo a John, el cual era unos años mayor que él. John era el hijo del jefe de su clan y por lo tanto, algún día lo sería él también y sabía bastante sobre cómo dirigir una familia como la suya.

Llegó a la granja, la cual descansaba muy cerca del embalse St. Mary. John había sabido trabajar aquel pedazo de tierra y sacarlo adelante. En un territorio tan llano como el que abarcaba su reserva, no había posibilidades de ningún tipo de industria, ni siquiera tenían la ventaja de la que disfrutaba la reserva de los Blackfeet con el turismo. La reserva Blood 148, donde los Kainai vivían, era un enorme pedazo de tierra completamente llano.

Se bajó del vehículo y a lo lejos vio un tractor arando la tierra. Hizo sonar el claxon, sabía que a pesar del ruido que hacía la maquinaria en la que iba montado, John lo oiría. Pocos segundos después, el tractor se detuvo, de él bajó un hombre que se encaminó hacia donde él estaba, delante

de la gran casa blanca que era el hogar de su amigo.

Cuando John llegó a su altura se detuvo, se quitó la gorra que llevaba puesta y lo miró de arriba abajo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo mientras asentía—. Quién hubiera pensado que hoy iba a ser el día en el que volvería a verte, Jay.

Se acercó a él y ambos se abrazaron, palmeándose la espalda al mismo tiempo.

—Desde luego sabes cómo sorprender a los amigos.

—Siento que haya pasado tanto tiempo, John —se disculpó él.

—No te preocupes, entiendo que los últimos años han sido difíciles y que tendrás muchas cosas de las que ocuparte. ¿Entramos para que pueda ofrecerte una cerveza?

—Por supuesto.

John y Jay se pusieron al día mientras disfrutaban de una cerveza fría. Su amigo le expuso algunos de los problemas que habían tenido en la reserva y cómo a su padre le costaba cada día más mantener el orden dentro de la familia.

—Tu familia es más extensa que la mía —afirmó Jay.

—Sí, y eso trae de cabeza a mi padre. Cada vez es más difícil controlar a esos cachorros descerebrados. No quieren estudiar, solo quieren ganar dinero rápido y pasar de una chica a otra. Esto es una reserva india, ¡por todos los santos!, aquí no pueden seguir el comportamiento de los jóvenes de otras partes del mundo. Para bien o para mal, somos diferentes. Y a todo eso se le une la característica especial de nuestra especie, Jay. No sé cuánto tiempo más pueda mi padre seguir en su cargo —confesó John con una mueca de disgusto.

—Siento mucho escuchar eso. Y siento todavía más traerte otra preocupación, aunque no te afecte directamente, sí puede ser que haya alguien de tu familia involucrado.

—Ya decía yo que tú no hacías visitas de cortesía, Jay —replicó su amigo.

Jay pasó a relatarle la muerte de Jimmy, los detalles de cómo había sido encontrado su cuerpo y de la indiferencia que la policía de Browning había demostrado por investigar el asunto. Le contó sobre Laura, y cómo estaba ayudándola a averiguar qué había detrás del accidente de su primo. Cuando llegó al descubrimiento de la droga en su cabaña, la expresión en el rostro de John mutó a una de ira y su cuerpo se puso en tensión.

—Metanfetamina —dijo su amigo en voz alta.

—John, estoy casi seguro que Jimmy no la consumía. La cantidad que encontré en la cabaña no era para una persona. Creo que la conseguía aquí, en Canadá, y la llevaba de vuelta a Montana a través de las montañas. Era imposible que nadie lo detectara si se movía con su otra apariencia. Tengo claro que la droga era para alguien de los Flathead, pero estoy casi seguro de que hay gente en Browning que también está metida en este asunto —explicó él.

—Como te conozco bien, supongo que crees que es alguien de mi familia quien le pasaba la droga a Jimmy —sugirió John.

—Mi sexto sentido me dice que esto es un negocio entre clanes como los nuestros. Tanto la parte que la suministra, como la que la paga tenían que conocer la verdadera naturaleza de Jimmy. Y ya sabes que nuestra raza no le cuenta a nadie que sea diferente a nosotros lo que somos —expuso él.

—¿Tu chica lo sabe?

—¿Mi chica?

—La que te está ayudando con todo esto.

—Laura no es mi chica, John —repuso Jay molesto.

—No sé, por la forma en la que hablas de ella... Me había parecido entender otra cosa.

Jay resopló y desvió la vista. Se levantó del taburete de la cocina donde había estado sentado y se asomó a una ventana. Se pasó una mano por el pelo y después se volvió hacia su amigo.

—Es complicado, John —se lamentó.

—Bueno, parece que has caído —manifestó John—. Sabes que tarde o temprano tenía que pasar, igual que me pasará a mí... y bueno, a todos los nuestros.

—Ella no es como nosotros, John. No sé qué hacer, lleva en Browning solo unos días y simplemente no puedo... —Dejó la frase a medias abrumado por lo que sentía.

—Jay, no te preocupes. Todo saldrá bien —le dijo mientras le daba una palmada en la espalda—. Ahora vamos a ver si podemos resolver el problema que te ha traído aquí. Vamos a visitar a un familiar. Creo que sé quién puede tener un pequeño laboratorio montado en su sótano.

Se encaminó hacia la puerta y Jay lo siguió. Se montó cada uno en su coche y se pusieron en camino. Jay esperaba que su amigo pudiera ayudarlo a arrojar alguna luz sobre la procedencia de la droga, aunque para él lo más importante era averiguar por qué Jimmy había acabado metido en eso.

La visita a John y la reserva de los Kainai había sido bastante fructífera y Jay había conseguido información suficiente para completar una parte del puzzle que era la muerte de Jimmy. Había dejado a su amigo con un enorme problema y lo sentía de verdad, pero, por otra parte, John lo había tranquilizado diciéndole que gracias a él habían descubierto a lo que se dedicaba el hijo de uno de sus primos. Algo que no estaba permitido ni en su familia ni en su tribu. De alguna manera aquello lo había reconfortado, después de tener como ejemplo la forma en la que había muerto Jimmy, no le deseaba a su amigo que ninguno de sus familiares tuviera que terminar de igual manera.

Después del descubrimiento en la casa del chico, John llamó a su padre y al resto de los mayores de la familia. Hubo una reunión improvisada y su amigo le pidió que les explicara a todos lo que había ocurrido con su primo y su descubrimiento. El chico había intentado escapar por una ventana, pero uno de sus tíos lo había traído de vuelta, a rastras, al salón. Cuando las preguntas cesaron para Jay, y después de que la familia de su amigo se lo agradeciera infinidad de veces, John lo sacó de allí y se lo llevó a un restaurante grill para compartir unas cervezas, aunque él solo se tomó una pues tenía que conducir.

Cuando Jay se puso en marcha de vuelta a casa eran ya las cinco de la tarde. Esperaba que el tráfico fuera más fluido en la frontera puesto que quería llegar a Browning antes de al anochecer, pero no tuvo suerte. Las mismas colas que había encontrado a la ida, las había ahora a la vuelta. Se preguntó de nuevo a dónde se dirigía toda esa gente que cruzaba en ambas direcciones. Una hora después consiguió pasar el control y entrar en territorio estadounidense.

A la altura de Babb comenzó a nevar, aunque con poca intensidad, pero había nieve acumulada en la tierra de la nevada de hacía dos días. La aparición de la nieve despertó sus sentidos y se sintió inquieto, pero no supo identificar el porqué. Supuso que era porque la temperatura había bajado mucho y en el momento que dejara de nevar helaría, con el consiguiente peligro de que el coche patinara en la carretera. Disminuyó la velocidad y siguió avanzando muy despacio.

Para cuando llegó a St. Mary tenía todos los pelos de punta, había entrado en estado de alerta y sabía que algo malo estaba pasando en Browning. La imagen de Laura se materializó en su mente y supo que algo andaba mal. No quiso pararse a pensar en cómo era posible que lo supiera, porque todavía no habían dado el paso definitivo, pero su otra naturaleza había sintonizado tanto con ella que no le cupo duda de que estaba en lo cierto. Aceleró un poco el coche, aunque para su frustración no pudo hacerlo demasiado porque, tal y como había predicho, las placas de hielo empezaban a formarse en la carretera.

Laura había cenado temprano en el restaurante del hotel. Se había decantado por enchiladas y le había sorprendido descubrir que las que servía el establecimiento le podían haber hecho la competencia a cualquier restaurante mejicano.

Después de cenar subió a la habitación y siguió con la investigación sobre los Flathead. Había también avanzado en la redacción del artículo, empezaba a tener forma aunque todavía faltaban muchos huecos por rellenar. A las seis un mensaje en el móvil la distrajo del trabajo. Desbloqueó el aparato y en la aplicación de mensajería instantánea que tenía instalada leyó el mensaje que le

había llegado de un número desconocido:

*«Tengo información sobre Jimmy, te espero detrás del Museo de los Indios de las Planicies en una hora. Lo de Jimmy no fue un accidente».*

Laura releyó el mensaje dos veces. No sabía quién se lo había enviado ni cómo alguien habría podido averiguar su número. Dejó el móvil en el escritorio e intentó decidir qué hacer. Era tentador dejarse llevar por la idea de que alguien pudiera darle información, pero, ¿y si no era así? Aunque nadie la conocía en ese pueblo, excepto las dos o tres personas con las que había hablado. No tenía sentido que alguien quisiera hacerle daño y lo más seguro era que hubiera alguien quisiera que la verdad sobre la muerte de Jimmy saliera a la luz.

Decidió ir, no tenía nada que perder y con un poco de suerte a esa hora no habría oscurecido del todo. Un buen periodista tenía que correr ciertos riesgos y ella quería llegar a lo más alto. Si la persona que le había enviado el mensaje tenía algún tipo de información sobre el caso, por muy ínfima que fuera, ella la necesitaba.

Así que siguió trabajando en sus notas y leyendo sobre la tribu vecina, hasta que la alarma del móvil la avisó de que faltaban diez minutos para las siete. Se asomó a la ventana y a través de las cortinas vio que el sol se había puesto y que quedaba poca claridad del día. Miró hacia el museo, que se hallaba justo en una rotonda frente al hotel. Había empezado a nevar débilmente, por lo que decidió que era un buen momento para estrenar su recién adquirido abrigo. Se lo puso, se metió la grabadora en un bolsillo y el móvil en otro.

Salió de su habitación, se metió la llave de la misma en el bolsillo trasero de sus vaqueros y se dirigió hacia el lugar en el que esa persona anónima la había emplazado.

Laura caminaba con decisión al lugar de encuentro que quien había contactado con ella le había indicado. Sentía la adrenalina correr por sus venas, nunca había hecho una verdadera labor periodística como aquella y la situación la entusiasmaba, a la vez que la asustaba un poco. Encontrarse con un desconocido y en un lugar apartado no era algo que le agradara demasiado, pero sabía que era de esta forma como muchos compañeros de profesión conseguían exclusivas.

Llegó al museo y caminó por un lateral hasta llegar a la parte posterior. No había luces de ningún tipo y la luz natural del día empezaba a desaparecer rápidamente. Estuvo tentada de encender la linterna del móvil, pero se abstuvo de hacerlo pensando que quizá su informante quisiera mantener el anonimato.

Paseó un poco, miró el móvil en repetidas ocasiones y cuando llevaba quince minutos decidió que quienquiera que le hubiera enviado el mensaje no iba a aparecer. Se dio la vuelta para volver al hotel y alguien la llamó desde atrás.

—¿Laura Colter? —preguntó una voz masculina grave.

—Sí, soy yo —confirmó ella, volviendo sobre sus pasos.

—Tengo algo que contarte sobre la muerte de Jimmy. Acércate, por favor, no quiero que alguien pueda vernos desde alguna ventana del hotel —pidió la voz.

Laura se acercó y cuando los separaban un par de metros se dio cuenta de que el hombre iba vestido completamente de negro. Llevaba un grueso anorak que le llegaba a medio muslo, botas y pantalones negros, pero lo más alarmante fue comprobar que también llevaba un pasamontañas del mismo color que el resto de su ropa y que le cubría por completo la cara. Aquello le causó un estremecimiento y un sentimiento de desconfianza se instauró en su estómago. Metió la mano en el bolsillo del abrigo donde llevaba la grabadora y la puso en marcha.

—No era necesario que te cubrieras la cara de esa forma. Un periodista nunca desvela quiénes son sus fuentes —explicó con fingida calma.

—Me lo imagino, pero en este caso nos interesa que no puedas identificarnos. Nunca se sabe si después de nuestro encuentro puedes intentar todavía contar lo que pase aquí.

—¿Cómo dices?

En ese momento sintió cómo otra persona la asía desde detrás por ambos brazos. La agarró con fuerza y la pegó a su cuerpo. Laura intentó volver la cabeza para ver de quién se trataba, pero solo pudo vislumbrar que la persona llevaba también un pasamontañas negro.

—¿Quién eres? ¿Qué estáis haciendo? —El pánico empezó a apoderarse de ella.

—Asegurarnos de que entiendes lo que tienes que hacer —dijo la voz del primer hombre, el cual se había acercado a ella hasta que solo había quedado un espacio de varios centímetros entre ellos.

Laura vio que tenía los ojos oscuros, pero no fue capaz de distinguir ninguna otra característica de sus rasgos.

—¿Qu-qué es lo que quiere? —preguntó asustada.

—Es muy sencillo: queremos que abandones Browning. Y cuanto antes, mejor. No tienes nada que hacer aquí, a los muertos es mejor dejarlos descansar —explicó el hombre mientras sacaba una navaja y la abría.

El hombre que la agarraba por detrás le apretó más los brazos hasta que sintió dolor en los

hombros. El que había hablado alzó la navaja y ella se encogió asustada. Le pasó la afilada hoja por la cara, como si de una caricia se tratara.

—Si no te marchas —continuó el hombre hablando—, tendremos que convencerte con otros métodos.

Laura sintió que la cuchilla se clavaba un poco en su rostro y cómo algo líquido resbalaba por su mejilla hasta la barbilla. Aquel indeseable le había hecho un corte, el miedo se desvaneció dando paso a la ira. ¿Quién se creía que era para amenazarla y hierirla? Sin poder evitarlo, le escupió a los ojos.

—¡Maldita zorra! —exclamó él mientras se pasaba el dorso de la mano por la cara.

La miró, el fuego de la rabia en su mirada, levantó un brazo y la abofeteó. Laura sintió el golpe, tan fuerte que le giró la cara e hizo que su visión se volviera borrosa. Intentó enfocar, saboreó su propia sangre en la boca y aquello la enfureció de nuevo. Se volvió hacia el hombre que sujetaba la navaja y le propinó una patada en el estómago con todas sus fuerzas.

El hombre dejó caer la navaja y se dobló por la mitad maldiciendo. El que la sujetaba la zarandeó y por primera vez habló.

—¿Estás bien?

Laura olió el alcohol en su aliento, pero no reconoció la voz.

—Cómo coño voy a estar bien, ¡esta puta me ha pateado! —dijo el otro entre dientes.

—Quizá debemos dejarle claro que vamos en serio —sugirió el que la sujetaba por los brazos.

Con trabajo el otro individuo se levantó del suelo. Se acariciaba con vehemencia el estómago. La mirada que le dirigió a Laura la dejó petrificada, los ojos del hombre destilaban puro odio.

—Ahora vas a saber de lo que somos capaces, furcia —amenazó él y se cernió sobre ella.

Jay volaba por la carretera. Había sobrepasado con creces la velocidad recomendada cuando nevaba o había hielo en la carretera, pero el instinto que lo empujaba a correr no le dejaba margen de maniobra para disminuir la velocidad.

El nombre de ella se repetía en su mente una y otra vez. «Laura, Laura, Laura», pensaba sin parar. Algo malo le pasaba, lo sabía con cada fibra de su ser. No tenía ni idea de qué podía suceder, pero sabía que tenía que llegar cuanto antes. Había intentado llamar por teléfono a Rebecca, pero había sido imposible concentrarse en la carretera y desbloquear el teléfono, por lo que tendría que hacerlo solo.

En la intersección de Kiowa el coche casi derrapó, redujo la velocidad a la que conducía para no perder el control del vehículo y una vez tomado el desvío en dirección a Browning volvió a acelerar. Adelantó a dos coches de manera suicida haciendo que estos le pitaran con insistencia, los ignoró y volvió a aumentar la velocidad.

El sudor le caía por la frente y sentía su interior cambiar por el miedo que sentía. Su otra naturaleza intentaba tomar el control, pero no podía dejarla salir hasta no saber en qué situación se encontraba Laura.

Cinco minutos le llevó llegar hasta el hotel donde ella se alojaba. Giró con brusquedad hacia la izquierda y se adentró en el aparcamiento de este. Se bajó de un salto y oteó a su alrededor. Intentó localizar la esencia de ella olisqueando el aire, pero no hizo falta cuando un grito no muy lejano llamó su atención. Era Laura, y el sonido provenía del museo que había frente al hotel. Corrió hacia allí, comprobó que estaba cerrado, volvió a usar su olfato y el aroma de ella lo golpeó con fuerza. Trotó con rapidez hasta la parte trasera y al girar la esquina fue testigo de cómo un hombre le propinaba un puñetazo a Laura en la cara.

El gruñido que salió de su garganta hizo que los dos hombres se volvieran hacia él.

—Soltadla inmediatamente —escupió las palabras muy despacio mientras apretaba los puños.

—Mierda, es él —balbuceó el hombre que sostenía a Laura. La soltó y esta se desplomó en el suelo incapaz de reaccionar a tiempo para evitar el golpe.

Al verla allí, tirada, Jay perdió el control. Se abalanzó sobre el individuo que la había estado sosteniendo y le propinó varios puñetazos que hicieron que este empezara a sangrar profusamente por la nariz y la boca. Lo agarró con una mano por el cuello y lo levantó un palmo del suelo. El hombre empezó a hacer aspavientos con los brazos, arañó y agarró la mano de Jay, pero no consiguió que lo soltara. Entonces el otro hombre reaccionó y se lanzó contra él, se subió a su espalda y le asestó un puñetazo en la oreja.

Jay lanzó al tipo que tenía agarrado por el cuello sobre unos contenedores de basura y le dio un cabezazo en la nariz al que tenía subido en la espalda. Este se soltó y empezó a gemir llevándose las manos a la cara.

Se volvió hacia él, su cuerpo irradiaba una ferocidad que estaba consiguiendo contener a duras penas. Le pegó un puñetazo a las costillas y el hombre cayó de rodillas entre alaridos de dolor. El odio nublabla la visión de Jay, quería acabar con ellos por el daño que le habían infligido a Laura. No saldrían de allí indemnes, su naturaleza pedía sangre. Iba a asestarle una patada en la cabeza cuando oyó la voz débil de ella.

—¿Jay?

Era apenas un susurro, pero él la oyó. La ira que sentía se disipó un poco y la preocupación lo invadió. Se acercó a ella con paso rápido, le acarició la cara y le habló.

—Laura, estoy aquí. Te vas a poner bien, no tienes porqué preocuparte —la consoló.

—Me duele la cabeza —dijo en voz muy baja y la cólera lo inundó de nuevo.

Escuchó un ruido y al volverse vio cómo el individuo al que había roto la nariz estaba ayudando al otro a levantarse. Hizo amago de ir a por ellos, pero la voz de ella acaparó su atención.

—Jay, no me encuentro bien —susurró.

—Voy a llevarte al hospital y allí te curarán. Te voy a levantar del suelo, por lo que a lo mejor el dolor aumenta, pero te prometo que será por poco tiempo.

Hizo caso omiso a los pasos de los dos hombres, que se alejaban todo lo rápido que sus heridas le permitían, y la cogió en peso. Ella gimió de dolor, pero no emitió palabra alguna. Con paso rápido la llevó hasta su camioneta, la cual había dejado aparcada de cualquier forma delante del hotel. La tumbó en los asientos traseros, se montó en el vehículo y aceleró todo lo que pudo rumbo al hospital de Browning.

Laura no perdió el conocimiento en ningún momento y llegó consciente al hospital. Jay entró pegando gritos y el personal acudió a él, quizá más para evitar que montara un escándalo que por otra cosa. Se la llevaron para que fuera reconocida por un médico y él se dedicó a esperar. La paciencia no era una de sus virtudes, así que decidió llamar a Rebecca.

—Hola Jay, qué mosca te ha picado para que me llames a esta hora. —Fue la respuesta de su prima.

—Becca, estoy en el hospital. Han atacado a Laura. Yo... —titubeó, pero su desesperación se impuso—. Yo necesito que vengas. Te necesito a mi lado.

—Tardo diez minutos.

Colgó y se sintió aliviado de saber que podía contar con ella. Se sentó en la sala de espera y al rato apareció Rebecca. En otras circunstancias, Jay se hubiera reído de la pinta que presentaba su prima. Llevaba el pantalón del pijama, se había puesto las botas de montaña y por el abrigo asomaba una sudadera descolorida. No cabía duda de que había salido corriendo tal y como iba vestida en su casa, y solo se había puesto el abrigo y las botas.

Se acercó a él y lo abrazó.

—¿Cómo está? —preguntó ella preocupada.

—Todavía no me han dicho nada. No sé si pueda tener algo interno, porque cuando llegué ellos ya le habían...

No pudo continuar, sentía un dolor que se le agolpaba en la garganta y le impedía respirar. Se puso en pie y empezó a pasearse por la sala de espera. Al rato Rebecca fue por un café para cada uno, remarcó el hecho de que era de máquina, pero se podía beber.

Media hora después, apareció un médico que fue directo a él.

—¿Son ustedes los familiares de la señorita Colter? —preguntó el doctor.

—Somos sus amigos, yo fui quien la trajo —lo informó Jay.

—Por fortuna la señorita Colter no tiene ninguna lesión de gravedad. Tiene un pequeño corte en la cara y una contusión facial por el golpe que ha recibido en la misma zona. Aunque no ha perdido el conocimiento en ningún momento hemos decidido hacerle un escáner para comprobar que no hay algún hematoma o derrame interno —explicó el médico de manera profesional—. Si los resultados son positivos, como espero que sean, podrá marcharse a casa en cuanto terminemos.

Jay se quedó mirando al doctor aliviado e incapaz de articular palabra. Rebecca habló por él.

—Muchas gracias, doctor. Nos ha quitado un peso de encima.

El médico se despidió y les dijo que volvería cuando tuviera los resultados de la prueba.

—Tengo que llamar a Weasel —dijo Jay.

—Ya lo he avisado yo antes de salir de casa. No le ha hecho mucha gracia que lo molestara —explicó ella divertida.

Diez minutos más tarde el jefe de policía entró por la puerta de urgencias y se dirigió hacia ellos. Su semblante mostraba el fastidio que le suponía tener que haber ido hasta allí, pero Jay pensó que no le importaba lo más mínimo lo que sintiera el agente.

—Bueno, ¿qué ha pasado que es tan urgente que no podía esperar hasta mañana? —preguntó con hastío.

—Han atacado a Laura Colter, detrás del museo. Dos hombres, iban encapuchados. Cuando yo llegué uno la sostenía por los brazos mientras el otro la agredía. También le han hecho un corte en

la cara —expuso Jay en pocas palabras.

—¿Laura Colter la periodista? ¿Todavía sigue por aquí? Le dejé claro que era mejor que volviera a su gran ciudad —manifestó Weasel mientras sacaba un pequeño bloc de notas y le pedía un bolígrafo al enfermero que atendía el mostrador de urgencia.

—Tiene todo el derecho a estar aquí. Está investigando lo que le pasó a Jimmy, algo que tú deberías estar haciendo —le espetó Jay elevando el tono de voz.

Rebecca se interpuso entre los dos.

—Jefe Weasel, el asunto importante aquí es que una mujer ha sido agredida. Creo que con la información que mi primo le facilite y lo que pueda contarle Laura, quizá pueda atrapar a esos indeseables —sugirió ella en un intento de calmar los ánimos.

Jay y el jefe de policía nunca se habían llevado bien. No sabía a ciencia cierta el motivo de aquello, pero desde el momento en que él había tomado las riendas de su familia, el responsable de las fuerzas del orden de Browning había empezado a menospreciarlo en público e ignorarlo en las reuniones del consejo tribal. Así mismo, nunca había atendido a las peticiones o sugerencias que Jay le había hecho en materia de seguridad.

—Está bien, Lunak. Cuéntame cómo eran físicamente los atacantes y cualquier otro dato que puedas darme —pidió Weasel.

—Tengo algo más que una descripción física, puedo decirte quién era uno de ellos: tu ayudante Leo Whitenose.

El jefe de policía levantó la cabeza de su cuaderno y lo miró sorprendido.

—¿Cómo estás tan seguro de que es él? Acabas de decirme que llevaban la cabeza cubierta.

—Lo reconocí por la voz. Era el que agarraba por los brazos a Laura mientras el otro le daba una paliza.

—Jay, chico, no puedes estar seguro si no le viste la cara —alegó el policía.

—Te digo que es él —insistió Jay.

—Bueno, pues siento decirte que eso no es posible. Leo está de vacaciones desde ayer, según me dijo iba a Dakota del Sur, a la reserva de los Sioux a visitar a una tía. Su madre era Sioux —explicó Weasel.

—Pues no se ha ido del pueblo, Charlie. Te aseguro que era él. Solo tienes que ir a su casa y comprobarlo por ti mismo —lo interpeló él.

—Te estás equivocando, Lunak. No necesito que nadie venga a decirme cómo hacer mi trabajo, y mucho menos un criador de caballos de tres al cuarto.

—Weasel, eres un...

Rebecca hizo amago de interrumpirlo, pero en ese momento el médico que había hablado antes con ellos se le adelantó y les informó del resultado de la prueba. Por suerte, no había ningún hematoma ni coágulo en ninguna parte del cráneo, por lo que iba a proceder a darle el alta a Laura. Aquella información consiguió que Jay se calmara un poco, aunque cuando volvió a mirar al jefe de policía sintió que la sangre le hervía de nuevo.

—Si me permite, doctor, necesito interrogar a la paciente antes de que se marche del hospital.

El médico le indicó que lo siguiera y ambos se perdieron por el pasillo hasta la habitación donde Laura estaba.

—Jay, tienes que tranquilizarte. Necesitas controlarte o vas a empeorar las cosas —le reprendió Rebecca.

—Es un inútil, Becca. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Lo sé, pero ya sabes que a nosotros, a nuestra familia, le interesa no tener problemas con la ley —le recordó ella.

—Era Leo Whitenose. Lo olí cuando lo sostuve por el cuello. Es él —repitió él.

—No tengo ninguna duda de que lo has reconocido, pero si Weasel dice que no está en el pueblo y no tienes otra forma de demostrarlo, me temo que no valdrá para mucho tu identificación.

—¡Mierda!

Bajo sugerencia de Rebecca, se sentaron en la sala de espera hasta que el jefe de policía salió de la zona de urgencias. Les informó que había tomado declaración a la señorita Colter y que le había vuelto a sugerir que quizá era mejor que abandonara su investigación y volviera a su casa. Aquello enfureció a Jay.

—Hasta donde yo sé, Charlie —pronunció el nombre del policía despacio y remarcando cada sílaba—, este es un país libre y si Laura Colter quiere quedarse en Browning más tiempo, puede hacerlo.

—Por supuesto, pero no puedo asegurar que esto no vuelva a pasar.

—¡Es tu maldito trabajo! ¿Cómo que no puedes salvaguardar la seguridad de una persona? —bramó Jay.

—Si vuelves a hablarme así vas a pasar un par de días en el calabozo por desacato a la autoridad —lo amenazó Weasel.

—Jefe Weasel, muchas gracias por haber acudido tan rápido al hospital. Espero que pueda usted averiguar algo y le deseo que pase una buena noche —intervino de nuevo Rebecca, en un intento de evitar que su primo dijera algo más que pudiera costarle la libertad.

Le puso la mano en la espalda y se giró hacia la entrada haciendo que el jefe de policía hiciera lo mismo. Caminó junto a él hasta que este abandonó el hospital y después volvió sobre sus pasos con gesto enfadado.

—Jay, espabila o vas a buscarnos un problema a todos.

Él la miró y la ira que le había provocado el policía se esfumó. Estaba agradecido por la presencia de Rebecca, seguramente habría perdido los papeles si ella no hubiera estado allí. Becca era como una hermana para él y sabía que siempre podía contar con ella.

Sobre Laura... No sabía cómo podía haber terminado el asunto si él no hubiera aparecido, pero estaba seguro que Laura hubiera acabado mucho peor. La agresión estaba relacionada con la muerte de Jimmy, el porqué era todavía un misterio aunque la metanfetamina que habían encontrado en la cabaña podía ser la clave. ¿Y si el dueño de la droga la estaba buscando y había querido asustar a Laura en un intento de saber si ella tenía conocimiento de aquello?

Quince minutos más tarde, Laura apareció por el pasillo andando despacio. Llevaba un pequeño apósito en la mejilla izquierda y ese lado de la cara se le estaba empezando a amoratar. El médico la acompañaba, le entregó un sobre con el informe de urgencias y una pequeña bolsa de plástico con lo que, según dijo, eran analgésicos. Los necesitaría para dormir, aclaró. Jay le dio las gracias al doctor mientras Rebecca abrazaba a Laura y esta derramaba algunas lágrimas.

Salieron al exterior, la prima de Jay se despidió y le dijo que la llamase si necesitaba cualquier cosa. Él le dijo que estarían en la cabaña. Se dirigieron al coche de Jay y se despidió de su prima mientras se aseguraba de que Laura se abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Vamos a tu cabaña? —preguntó Laura desconcertada.

—Sí, a partir de ahora y mientras estés en Browning estarás conmigo. Primero vamos a hacer una parada en el hotel, para que puedas recoger tus cosas y dejar la habitación —expuso él.

—Pero en el hotel estaré segura, hay cámaras y vigilancia —objetó ella.

—Te vienes conmigo, Laura —ordenó él.

—Ahora mismo no tengo fuerzas para discutir contigo, pero te aseguro que mañana estaré mejor y tendré algo que decir sobre esto —amenazó ella.

—Bien, porque mañana vas a contarme qué es lo que has estado haciendo hoy que ha desembocado en que recibieras una paliza por dos desconocidos —le recriminó Jay.

Laura guardó silencio, la vio morderse una uña mientras volvía la cabeza hacia la ventanilla del coche y aquello le confirmó a Jay que ella había seguido investigando por su cuenta durante el día, a pesar de que él le había advertido de que no lo hiciera.

Mañana tendrían una larga conversación. No solo Laura tendría que explicarle algunas cosas, él también tendría que contarle también otras sobre sí mismo. Desde que la había besado en el coche sabía que, tarde o temprano, ese momento llegaría.

Laura durmió toda la noche de un tirón, el incidente la había dejado agotada a todos los niveles. El relajante que el médico le había hecho tomarse en urgencias también había contribuido a ello. Jay no había dormido con ella, le había dicho que no quería que en el algún movimiento pudiera golpearle la cara y hacerle daño. No puedo evitar sentirse decepcionada, le hubiera gustado que él la abrazara como había hecho la otra noche.

Habían pasado por el hotel, tal y como Jay había dicho. Recogió sus cosas, pagó la factura de su habitación ante un recepcionista un tanto asombrado del estado de su cara y se fue a la cabaña con Jay. Tenía que admitir que aquel lugar la reconfortaba, y aunque no lo reconocería nunca ante él, se sentía segura estando allí.

Se despertó en la cama y al volverse hacia la ventana sintió una punzada de dolor en la cara, gimió y se llevó la mano a esa zona del rostro. Se había olvidado del tremendo puñetazo que había recibido la noche anterior. Se giró para ponerse boca arriba y en ese momento la puerta se abrió de golpe dando paso a un Jay que miraba para todos lados con expresión preocupada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—Buenos días a ti también, Jay —contestó ella sarcástica.

—Buenos días, ¿estás bien? Te he escuchado gritar.

—No he gritado, solo me he quejado porque me duele la cara.

—Levántate, te espero abajo con el desayuno. Necesitas un analgésico —dijo él en tono autoritario.

—Sí, claro. Ahora en un rato bajo —contestó ella desafiante.

Jay la miró, dio la impresión de ir a decir algo, pero en un último momento no lo hizo. Asintió y salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Laura se vistió y bajó a los diez minutos. Hubiera querido tardar más en hacerlo, pero su estómago empezó a rugir de hambre poco después de que Jay se hubiera ido, así que no le quedó más remedio que bajar a desayunar. No le hacían ninguna gracia las formas de ese hombre, parecía estar acostumbrado a mandar y la sutileza no era uno de sus puntos fuertes.

Cuando llegó a la planta de abajo vio que la mesa que había junto a la ventana estaba puesta y había diversos platos dispuestos en ella. Se sentó en una silla y se apartó un poco de huevos y bacon. Al momento apareció Jay desde la cocina con una taza de café que le tendió y se sentó en la silla de enfrente.

—Te he dejado en ese pequeño cuenco el analgésico que te dio el médico. No te lo tomes con el estómago vacío —indicó él.

—¿No sabes hablar si no es dando órdenes?

—¿Perdón?

—Lo único que haces es decirle a los demás lo que tienen que hacer. Entiendo que en tu familia las cosas parecen ser de esa manera, pero yo no soy uno de ellos y no me gusta que me estén dando órdenes todo el día —expuso ella con tranquilidad mientras untaba mantequilla en una tostada.

—Solo intento que estés lo mejor posible. El traerte a esta cabaña es por tu seguridad. Y hablando de eso, ¿qué hiciste ayer? ¿A dónde fuiste o con quién hablaste? —inquirió Jay con semblante serio.

—Tampoco tengo que darte explicaciones de cada paso que doy, Jay. Soy una buena periodista y sé hacer mi trabajo —repuso ella molesta.

—Tu trabajo casi acaba ayer contigo muerta.

—Creo que exageras. Admito que podía haber sido peor, pero no creo que hubiera pasado de una paliza.

—¿Y te parece insignificante que alguien quiera darte una paliza por andar haciendo preguntas? —preguntó él asombrado.

—Ese tipo de riesgos forman parte de mi trabajo.

—Y una mierda. No vas a correr más riesgos de esa manera nunca más —repuso él con lentitud.

Laura lo miró y se dio cuenta de que Jay estaba apretando los puños sobre la mesa. Mostraba una expresión de enfado contenido que, por unos instantes, le provocó miedo. Podía sentir la rabia que emanaba de él, pero no sabía si era por ella o por los que la habían atacado. Se dio cuenta, por segunda vez desde que lo había conocido, que había un parte de él que Jay no le había enseñado. Algo salvaje y, quizá, peligroso.

—No puedes mantenerme encerrada en esta cabaña. Soy una persona libre y tengo un trabajo que hacer —contestó ella a sabiendas de que aquello iba a enfadarlo incluso más.

—Lo que tengas que hacer lo harás conmigo. No vas a ir a ningún sitio sola hasta que no descubramos quién está detrás de lo que te pasó ayer —expuso él y Laura entendió al instante que aquello no era negociable. Tendría que buscar la manera de salir de allí y volver al hotel, aunque por el momento se quedaría en la cabaña. Aunque le costara reconocerlo se sentía mucho más segura teniendo a Jay cerca.

Le dio un sorbo al café y comió con avidez. Tenía que reconocer que Jay hacía unos huevos revueltos deliciosos, o quizá era que ella estaba hambrienta. Se mantuvieron en silencio mientras ella comía, cuando casi había terminado Jay habló de nuevo.

—Laura, cuéntame qué hiciste ayer —pidió él en tono suave, y añadió—: Por favor.

Aquello la sorprendió, en unos minutos su estado anímico había parecido cambiar. Quizá Jay había comprendido que no podía imponer su voluntad sobre ella.

—Está bien —asintió ella.

Pasó a relatarle la visita que le había hecho a Martha, aquello no gustó a Jay, el cual soltó un pequeño gruñido al escuchar que Laura había ido a hablar con su tía de nuevo. Ella lo ignoró y continuó narrando los eventos del día anterior. Le explicó que había ido a hablar con el amigo de Jimmy y lo que este le había contado.

—Eso confirma que tu primo no consumía la droga, pero la traía para alguien.

—Es la segunda persona que menciona a los Flathead —dijo él pensativo.

—Estuve investigando sobre ellos, son una tribu nativoamericana muy cercana a la vuestra. Su reserva está cruzando las montañas, ¿verdad?

—Sí, y las relaciones entre ambas tribus son cordiales. En realidad, todas las tribus intentan mantener un trato amistoso, básicamente porque no tenemos mucho apoyo del gobierno. Si podemos ayudarnos entre nosotros, es algo que nos beneficia a todos —explicó Jay.

—La verdad es que antes de venir aquí no tenía mucha idea de la situación en la que se encontraban las reservas indias. Todo parece tan...

—¿Desolado? —sugirió él con una mueca.

—Sí, y triste —contestó ella con gesto de disculpa—. No es solo que el bajo nivel económico del pueblo sea patente en cada esquina. El lugar irradia una sensación de pobreza emocional. Es como si la gente en vez de vivir estuviera sobreviviendo. No sé si tiene algún sentido lo que digo.

—Lo has descrito a la perfección, Laura —confirmó él con tristeza.

Laura no pudo evitar sentir la aflicción que emanaba de las palabras de él. Miró hacia fuera a través de la ventana, el paisaje era fascinante: un tupido bosque cubierto de nieve por completo, donde las ramas de los árboles se movían con el viento y entre la alfombra blanca que cubría la tierra asomaban plantas verdes aquí y allá. Nunca se había sentido tan parte de la naturaleza como en aquellas montañas. Para ser honesta consigo misma, nunca se había sentido parte de algo como le sucedía estando en aquella cabaña, y eso la hacía sentir bien.

—Sé quién le facilitaba la droga a Jimmy.

La voz de Jay la devolvió a la realidad.

—¿Cómo?

—Fui al norte ayer, crucé la frontera hasta la reserva de los Kainai y estuve hablando con un amigo —explicó Jay.

—¿Fuiste sin mí? Pensé que estábamos ayudándonos mutuamente —dijo ella molesta.

—Y así es, pero tratar con ciertas familias de las tribus es complicado. No les gusta que vengan extraños haciendo preguntas, y si hubieras venido conmigo, con total seguridad no habría conseguido la información que necesitábamos —explicó él.

—¿Y qué fue lo que averiguaste? —preguntó ella, aun molesta.

Jay le contó que gracias a su amigo habían conseguido localizar al chico que fabricaba la metanfetamina. Lo del pequeño laboratorio en el sótano de su casa le hizo gracia a Laura, ese chico, sin duda, tenía espíritu emprendedor y se lo expresó así a Jay. A él no le hizo la misma gracia, y continuó con su explicación ignorando el comentario de ella.

—Así que, por lo que cuentas, la situación es que ni existe mula que lleve la droga, Jimmy, ni hay ya droga que transportar, puesto que quien la fabricaba ya ha dejado de hacerlo —expuso ella.

—Sí, así es.

—¿No has pensado que pueda haber alguien a quien esta nueva situación pueda no gustarle?

Jay la miró sin parpadear, soltó la taza que sostenía en una mano y se pasó ambas manos por el pelo.

—Mierda, no había pensado en ello. Con todo lo que pasó ayer...

—No es que tenga mucha experiencia en temas de drogas. En realidad, no tengo ninguna. Pero se me ocurre que quien estuviera recibiendo la droga que Jimmy traía desde Canadá pueda, digamos, molestarle que alguien le haya fastidiado el negocio.

—Tienes razón. Quien le compraba la metanfetamina a Jimmy debía estar ganando mucho dinero. Según mi tía, y que luego ha confirmado el chico de los Kainai, subía a Canadá todas las semanas y traía de vuelta, más o menos, la cantidad que encontramos en el hueco de la pared. Eso es mucho dinero, Laura —afirmó él con preocupación.

El silencio se hizo entre ambos. El peso de las palabras de Jay cayó sobre Laura y por primera vez sintió miedo de verdad. Había venido a Browning para escribir un artículo sobre una muerte accidental que no parecía que lo fuera, pero ahora el juego había cambiado. No le quedaba ya ninguna duda sobre que lo que le había pasado a Jimmy no había sido un accidente y ahora el peligro se cernía sobre ellos.

Miró a Jay y se alegró de estar allí con él. Sabía que él la protegería, aquello la tranquilizó. Nunca se había sentido de esa manera con nadie y el pánico la inundó. Siempre había estado sola, incluso cuando vivía con su tío sabía que solo podía depender de ella misma. Depender de alguien no estaba en sus planes, pero en esos momentos tener a Jay allí a su lado era reconfortante. Lo necesitaba, y eso daba más miedo que cualquier peligro que pudiera surgir de su investigación.

Después de desayunar, una vez recogida la mesa, Laura instaló su portátil en esta y sacó su cuaderno de notas. Le pidió la clave de la conexión inalámbrica a internet y recibió una negativa por parte de Jay.

—De eso no tengo todavía aquí arriba, lo siento.

—Vaya, pensé que la cabaña estaba bien equipada. Si hasta tienes vitrocerámica en la cocina.

—Aunque te parezca increíble, la electricidad llega a las montañas —aclaró él divertido—. Y para cuando algún cable eléctrico cae por culpa de la nieve, tengo placas solares instaladas en el techo. Las cuales, por cierto, necesitan ser limpiadas.

Durante el resto de la mañana Laura se dedicó a pasar a ordenador sus notas y los sucesos del día anterior. Aunque no tuviera acceso a internet en el portátil podía guardar en un documento todo lo que tenía hasta ese momento. Tenía el cuerpo un poco dolorido, pero usar un ordenador no suponía demasiado esfuerzo para ella.

Escuchó a Jay trastear en un lateral de la cabaña para luego oírlo en el tejado. Cuando volvió al interior de la vivienda le comunicó a Laura que iba a bajar al pueblo.

—De acuerdo, iré contigo —manifestó ella apagando su ordenador.

—Es mejor que te quedes aquí. No quiero que nadie te vea de momento. Además, tienes que recuperarte de tus lesiones —sentenció él.

—¿Voy a tener que quedarme aquí durante días?

—No, Laura. Solo hoy mientras arreglo unos asuntos en el pueblo.

—¿Y qué asuntos son? —preguntó ella con suspicacia.

—No es nada que tenga que ver con lo de Jimmy. Por si no te acuerdas, tengo un negocio de caballos, y los animales necesitan ser atendidos. Voy a hablar con Rebecca para que se haga cargo mientras estoy aquí arriba. Su hijo Timmy me ayuda algunas veces, así que entre los dos podrán ocuparse de ello —explicó él mientras la miraba a los ojos.

—¿Tardarás mucho? —La pregunta salió de sus labios sin siquiera pensarlo.

Jay se acercó a ella, le sujetó los brazos con delicadeza y la miró a los ojos. Laura pudo ver que los de él tenían un tono verdoso ese día.

—No tardaré mucho. Solo tengo que arreglar el asunto de mi negocio y aprovecharé para comprar comida para unos días. Nos quedaremos aquí hasta que consigamos averiguar quién está detrás de la muerte de Jimmy y tu agresión. Si tenemos que ir a algún sitio, lo haremos desde aquí.

—De acuerdo, quizá pueda salir a dar un paseo alrededor de la cabaña para estirar las piernas y...

—Preferiría que no lo hicieras, Laura —dijo él.

Ella estuvo a punto de protestar, pero vio la preocupación en los ojos de él. Suspiró y resignada asintió.

—Pero si necesitas salir, me gustaría que llevaras algo para protegerte.

—¿Algo como qué?

—En ese armario —dijo mientras señalaba a uno de los dos que había a la entrada de la vivienda—, hay armas.

Se acercó hasta el que había indicado, lo abrió y Laura reconoció dos escopetas y un rifle con mira telescópica. También había una pequeña caja metálica cerrada con llave.

—No sé si has usado alguna vez un arma.

—La verdad es que sé disparar —confirmó ella.

Jay la miró con gesto interrogante.

—Mi tío era bombero y había aprendido a disparar cuando niño. Se crió en una granja —aclaró ella—. Decidió que yo debía aprender también, así que los años que viví con él me llevaba una vez al mes a un campo de tiro a las afueras de Helena. Me enseñó a disparar y usar varias armas. Soy bastante buena con las de cañón largo, sin embargo nunca llegué a tener buena puntería con las pistolas —explicó con un encogimiento de hombros.

—Vaya, Laura, eres una caja de sorpresas —comentó él con una sonrisa.

Laura no pudo evitar sentir que el estómago se le encogía. Cuando Jay sonreía, algo que no hacía a menudo, su expresión ceñuda desaparecía y su rostro rejuvenecía. Si ya de por sí era un hombre atractivo cuando estaba serio, cuando se permitía sonreír su rostro se tornaba cautivador. Se quedó mirándolo embelesada y algo cambió entre ellos. Los ojos de Jay se aclararon, y a ella le pareció que se volvían grises. Él dio un paso hacia ella y la volvió a sostener por los brazos, por un momento Laura pensó que iba a besarla de nuevo y no pudo evitar acercarse a él. Entonces la expresión de él cambió y se retiró. Laura sintió la garganta seca, se la aclaró con una leve tosecilla.

—Esta escopeta —dijo él volviendo la mirada hacia el interior del armario—, es más antigua, por lo tanto el gatillo no está tan duro como en la otra. En esta pequeña estantería a la derecha están las balas para las escopetas, las hay de dos calibres distintos. Si sabes de armas sabrás que no hay mucha diferencia entre ambos. Puedes usar cualquiera de ellos.

—De acuerdo. ¿Qué hay en la caja? —preguntó ella con curiosidad.

—Es una Glock. No la he usado nunca, ni siquiera sé por qué la compré. La tengo bajo llave porque para mí una pistola de ese tipo es mucho más peligrosa que una escopeta o un rifle. Si alguien se lleva la Glock podría hacer más daño que un arma de caza.

Laura entendió sin problema a lo que se refería Jay. Una pistola como aquella podía ser usada para robar, atracar tiendas o amenazar a alguien. Con ese tamaño una persona la podía llevar encima sin que nadie lo supiera.

—Si necesitas salir, para lo que sea, coge la escopeta y llévala contigo.

—No creo que sea necesario si solo voy a dar un par de vueltas alrededor de la casa, Jay.

—Llévatela si sales —insistió él—. En este bosque hay animales salvajes. Los osos Grizzlies son muy peligrosos, y también hay pumas.

—Y no olvidemos a los lobos —recordó ella.

—Y también lobos —concedió él poniendo los ojos en blanco.

Jay se preparó para salir, le dejó un juego de llaves a Laura y se marchó. Durante un rato no supo que hacer, volvió a encender su portátil y estuvo trabajando en el artículo y en sus notas hasta que él volvió del pueblo cargado de bolsas. Lo ayudó a descargarlas del coche y llevarlas a la cocina.

—Jay, ¿cuánto tiempo se supone que vamos a estar aquí? Has comprado comida para un mes, por lo menos —comentó ella mientras observaba la cantidad de bolsas que había en la cocina ocupándola casi por completo.

—Me gusta estar preparado —contestó él.

Lo ayudó a colocar la compra, aunque él no le dejó hacer mucho aludiendo a sus estado de salud. Jay había traído un buen suministro de comida en lata, terminaron de acomodarla y él la sorprendió cuando le informó que iba a cocinar comida mejicana. Le dijo que volviera al salón porque él se encargaría de todo. Así que Laura volvió sobre sus pasos y se sentó en el sofá sin

nada que hacer. Nunca había sido mucho de ver televisión, pero en ese momento la echó de menos. Jay estaba en la cocina ocupado y ella ya no tenía nada más que hacer. Había actualizado el documento donde estaba redactando su artículo y también había repasado sus notas, así que no pudo hacer mucho más excepto esperar que Jay sirviera la comida.

Jay estaba contento. Hacía tiempo que no se sentía así y sabía que el motivo estaba sentado frente a él disfrutando de los burritos que había preparado. Siempre se le había dado bien cocinar, cuando fue a estudiar a Seattle buscó un trabajo a media jornada para ayudar con sus gastos y encontró uno como ayudante de cocina en un restaurante mejicano. La beca cubría la matrícula, alojamiento y cualquier cosa que la universidad requiriera para sus estudios, pero para gastos personales necesitaba ingresos extra. Allí aprendió a cocinar platos típicos de Méjico al mismo tiempo que desarrollaba una fuerte amistad con Julián, el cocinero principal del restaurante.

Julián era pocos años mayor que él, pero su familia no podía permitirse enviarlo a cursar estudios superiores. Sus padres eran inmigrantes ilegales y aunque él no lo era por haber nacido en el país, la situación familiar era precaria. La familia no podía disponer de seguro médico puesto que no podían trabajar de manera legal. Con él Jay aprendió lo que era la verdadera amistad al tiempo que perfeccionaba las enchiladas que su amigo cocinaba.

Estaba perdido en sus pensamientos observando a Laura comer cuando el sonido de su móvil los interrumpió. Se sacó el aparato del bolsillo trasero del pantalón y comprobó el número que llamaba: era el jefe de policía.

—Buenas tardes, jefe Weasel —saludó él.

—Hola, Jay. He pensado que te gustaría saber qué hemos averiguado sobre el ataque que sufrió la señorita Colter anoche —le informó el agente.

—Soy todo oídos —contestó él con sarcasmo.

Vio cómo Laura levantaba la vista de su burrito y lo miraba interrogante. Él se encogió de hombros por toda respuesta.

—Quería que supieras que hemos encontrado dos pasamontañas y dos pares de guantes negros en un contenedor de basura al lado de la gasolinera de Lauren. Como coincidían con la descripción que ambos nos distéis de la ropa que llevaban los asaltantes los hemos recogido siguiendo el protocolo policial establecido y los hemos enviado al laboratorio forense que hay en Missoula —explicó el jefe de policía en tono profesional.

—¿Vais a buscar ADN en las prendas? —preguntó él.

—Esa es la idea, muchacho. Si hay algo cotejaremos los resultados con nuestra base de datos —confirmó Weasel.

Jay sopesó las palabras del hombre al otro lado de la línea. Si el ADN no coincidía con el de ningún criminal que estuviera ya fichado por la policía no hallarían nada.

—También quería comentarte que he llamado a Leo —dijo el agente e hizo una pausa para a continuación decir—: Me ha confirmado que está en Dakota del Sur tal y como nos dijo. Incluso me ha pasado a su tía al teléfono. Una señora muy agradable, por cierto. Leo me ha dicho que pasará su semana de vacaciones allí. Creo que podemos afirmar que has cometido una equivocación al identificar a mi ayudante como uno de los atacantes de la señorita Colter.

Jay no pudo evitar apretar los dientes. Él sabía que Leo Whitenose era el individuo que había estado agarrando a Laura desde atrás, lo había identificado por su olor, pero no podía explicarle al jefe Weasel cómo estaba tan seguro de que era él. No había podido reconocer, sin embargo, al

otro atacante, por lo que había deducido que no sería del pueblo. Para bien o para mal, Jay conocía a todos los habitantes de Browning. Era parte de su naturaleza.

—Si tú lo dices Weasel, supongo que será así. Aunque yo podría apostar todo lo que tengo a que era él —reiteró Jay.

—Bueno chico, todos nos equivocamos —dijo socarrón el jefe de policía—. En fin, solo quería que supieras que estamos investigando la agresión a la señorita Colter. En este pueblo las fuerzas del orden se toman muy en serio este tipo de cosas. Este es un lugar tranquilo donde la gente vive en paz, hay buena convivencia entre los vecinos. No podemos dejar que algo así quede impune. Te avisaré si hay algún avance en la investigación.

—Te lo agradezco, Charlie —dijo él—. Y hablando de investigaciones, ¿cómo va la relacionada con la muerte de mi primo?

Se hizo un silencio de unos segundos en la línea. Jay pensó que se habría cortado la llamada, miró la pantalla y comprobó que la misma seguía en curso.

—Vaya, Jay, siento tener que terminar la conversación aquí, pero acaban de avisarme que tengo una llamada importante por la línea de la comisaría. Hablaremos pronto.

Tras decir eso colgó dejando a Jay con la palabra en la boca y sin opción a despedirse. Bloqueó el teléfono y lo dejó encima de la mesa.

—¿Era el jefe de policía? —preguntó Laura.

Jay le hizo un resumen de lo que el agente le había contado, aunque tenía la cabeza en otro sitio. Era obvio que Weasel lo había despachado con el pretexto de otra llamada para así evitar tratar el tema de la muerte de Jimmy. Bien, tendría que seguir por su cuenta, porque no podía dejar aquello como un mero accidente. Tenía la responsabilidad de ofrecer una explicación a su familia, era su obligación.

Se levantó con rapidez haciendo que los vasos y platos vibraran en la mesa. Vio cómo Laura pegaba un respingo en la silla.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpó él.

—¿Vas a algún sitio con tanta prisa? —preguntó ella jocosa.

—Pues sí, voy a ir a la reserva de los Flathead. El jefe Weasel me acaba de dar largas cuando le he preguntado sobre el caso de Jimmy y estoy ya hasta las narices de él y su ineptitud.

—Iré contigo —afirmó Laura al mismo tiempo que se levantaba de la mesa.

—Laura, tengo que ir solo.

Ella hizo amago de protestar, pero él se acercó a ella y le depositó un dedo en los labios para acallar sus quejas.

—¿Recuerdas lo que te expliqué de por qué había ido solo a Canadá? —preguntó él y ella asintió—. Pues por el mismo motivo necesito ir solo a visitar a los Flathead y espero que lo entiendas. Te lo contaré todo a mi vuelta.

—Está bien —contestó ella resignada—. Se ve que hay muchas cosas de las tribus nativas que no entiendo.

Se dejó caer en la silla con expresión desdichada y Jay no pudo evitar sentir una opresión en el pecho al verla así. No quería que ella se sintiera mal por la situación. Algo le impulsaba en su interior a asegurar su bienestar, tanto físico como emocional.

—No tardaré, Laura. Si quieres salir, recuerda llevar el arma contigo y no te alejes mucho de la cabaña. Si oscureciera, vuelve inmediatamente aquí. No debes andar sola por el bosque de noche —le advirtió.

—Sí, Jay. Ya me enteré cuando me lo explicaste esta mañana. No soy una niña pequeña a la que hay que repetirle las cosas varias veces —se quejó ella haciendo un mohín.

—Créeme, sé de sobra que no eres una niña pequeña —dijo mirándola de arriba abajo.

Jay no quería adentrarse en aquello todavía. No hasta que tuviera ocasión de hablar con Laura y explicarle lo que él era en realidad. Pero cada vez le estaba siendo más difícil no hacer lo que su instinto le pedía y tenerla en su cabaña con él no estaba ayudando.

—Y tienes que recuperarte de lo de ayer. Fueron un pal de golpes, pero dieron en tu cuerpo y estoy seguro de que te duele. No debes forzarlo demasiado durante unos días.

—Sí, doctor Lunak —contestó ella poniendo los ojos en blanco.

Asintió, se encaminó hacia la puerta y se puso el abrigo. Se volvió una última vez hacia donde ella estaba sentada y con un gesto de despedida con la cabeza salió de la cabaña.

Llevaba sola dos horas y estaba aburrida. Jay se había marchado de manera tan precipitada que había dejado la comida a la mitad. Terminó de comer en soledad, degustando los maravillosos burritos que él había cocinado. Al terminar había recogido y limpiado la mesa, había fregado los platos y una vez secos los había colocado en su lugar correspondiente en la cocina. Durante un rato había vagabundado por la casa, recorriendo todas las habitaciones e incluso había subido al desván para ver qué es lo que allí había. No pensaba que a Jay fuera a molestarle que ella paseara por la cabaña y rebuscara entre la gran cantidad de objetos que se acumulaban en aquella estancia situada en la parte superior de la vivienda.

Descubrió un viejo baúl que guardaba centenares de fotos familiares. Algunas databan de principios del siglo XX y le sorprendió que hubiera tantas. Aunque en realidad no eran más de diez o doce, le pareció que eran bastantes para una época en la que hacer una foto era un lujo que pocos se podían permitir, además de un milagro conseguir que la foto saliera nítida.

En otras cajas encontró prendas de vestir típicas de los nativoamericanos, algunas de ellas también tenían aspecto de tener muchas décadas en su haber. En un armario, que había conocido tiempos mejores, halló trajes de chaqueta masculinos que parecían ser de los años treinta o cuarenta del siglo anterior y en los cajones de una cómoda descubrió joyas que eran auténticas obras de arte. Algunas estaban hechas de cuentas de colores y recordó el lobo que Martha estaba haciendo en memoria de su hijo. Pero gran parte de las joyas eran trabajos hechos en plata y oro. Este tenía un aspecto envejecido, pero no por el tiempo, quedaba patente que la forma en que el material precioso había sido tratado antes de ser usado para formar una pieza de joyería era muy distinta al tratamiento que se le daba en la actualidad.

Sacó algunas piezas de los cajones y las admiró asombrada. Eran preciosas, sencillas pero talladas y engarzadas con una delicadeza que se podía apreciar a simple vista. La mayoría eran pulseras y collares, aunque había varias que parecían haber sido hechas para decorar el pelo. Después de admirarlas durante un buen rato volvió a dejarlas en el lugar en donde las había encontrado y salió del desván.

De eso hacía una hora y ahora no tenía nada más que hacer. Había comprobado su móvil, podía realizar llamadas, pero la cobertura de internet no llegaba hasta allí. Supuso que el hecho de que hubiera línea telefónica ya podía considerarse un milagro. Se tumbó un rato en el sofá y se perdió en sus pensamientos mientras contemplaba el exterior. Había clareado y el sol asomaba entre las nubes. Se dijo que estaba harta de estar allí encerrada, saldría a dar un paseo. No tenía porque esforzarse demasiado y su cuerpo lo agradecería. Podría respirar aire puro y estirar las piernas, y si tenía que llevarse un arma con ella, pues lo haría.

Jay tardó dos horas en llegar a Pablo, el pueblo donde residían la mayoría de indios Flathead y donde vivía la persona a la que iba a ver. No lo había avisado y aunque sabía que debería haberlo llamado antes, no había querido perder tiempo haciendo una llamada que podría haber terminado en una negativa por parte del otro hombre.

La carretera que unía Browning y Pablo era de montaña, había sido limpiada por las

quitanieves, pero era un camino peligroso si no lo conocías bien. No era el caso de Jay que había recorrido esos caminos en innumerables ocasiones desde edad temprana. Así que había acelerado su camioneta sobrepasando, una vez más, el límite de velocidad establecido. Quería estar de vuelta cuanto antes, la necesidad imperiosa de estar con Laura se acrecentaba a cada kilómetro que se alejaba de ella y empezaba a ser insoportable.

Llegó a Pablo y se dirigió sin demora a la dirección que tenía memorizada desde que había dado el Gran Cambio y su tío lo había llevado a conocer al líder de la manada de los Flathead.

Aparcó a la entrada de la casa y con paso firme anduvo hasta la puerta, llamó con los nudillos y a los pocos segundos una chica joven y en avanzado estado de gestación le abrió la puerta. Le llamó la atención su juventud, pero sabía que era uno de los muchos problemas que asolaban las reservas. Las madres adolescentes estaban a la orden del día y en la mayoría de los casos los supuestos padres se desentendían de la responsabilidad.

—Hola, quería hablar con Wes, ¿está en casa? Soy Jay Lunak —se presentó.

—¿Lunak? ¿Eres familia de Jimmy? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí, Jimmy era mi primo y quería hablar con Wes si fuera posible...

El color abandonó el rostro de la chica, la cual intentó aferrarse a la puerta sin mucho éxito. Jay comprobó alarmado que la chica iba a desmayarse, avanzó hacia ella sin pensarlo y la sostuvo en brazos justo a tiempo de evitar que cayera al suelo. Maldijo entre dientes, miró hacia el exterior, pero no había un alma en la calle. Como pudo la cogió en brazos y se adentró en la casa, no le gustaba entrar en las casas ajenas sin una invitación expresa, pero la situación era una emergencia.

Llevó a la muchacha hasta el enorme sofá que ocupaba la mayor parte del salón y la tumbó con cuidado. Se agachó junto a ella y le dio pequeños golpecitos en las mejillas en un intento de hacerla recuperar el conocimiento. Aquello pareció funcionar y la chica abrió los ojos, lo miró y parpadeó varias veces.

—¿Me he desmayado? —preguntó cohibida.

—Me temo que sí, ¿cómo te encuentras?

—Bien, ha sido la impresión de saber... —se interrumpió a sí misma.

—No te preocupes ahora por eso. ¿Crees que puedes incorporarte un poco?

—Sí, creo que sí.

—Te traeré un vaso de agua fresca.

Jay fue hasta la cocina, abrió un par de puertas hasta que encontró el armario donde se encontraban los vasos. Abrió el grifo y lo llenó hasta arriba, volvió al salón y se lo ofreció a la chica. Ella se lo bebió entero de un trago.

—Lo siento mucho, no era mi intención haber reaccionado de esa forma. Yo... Yo no tenía ninguna esperanza de llegar a conocer a algún familiar de Jimmy —explicó ella con timidez.

—¿Eres familia de Wes? —preguntó él con curiosidad.

—Sí, soy su hija. Vaya, tampoco me he presentado. Lo siento mucho —se disculpó de nuevo ella—. Soy Nora Blackeagle.

—Encantado de conocerte, Nora. No sé por qué, pero mi sexto sentido me dice que tu desmayo ha tenido algo que ver con que sea familiar de Jimmy, ¿me equivoco?

—No te equivocas. Como he dicho, no pensé que tuviera la ocasión de tener contacto con ningún miembro de la familia de Jimmy. Ha sido la impresión de tenerte delante y...

Nora se echó a llorar. Jay la miró pasmado sin saber qué hacer, no se le daba bien tratar con las personas cuando estas lloraban. Era uno de los motivos por el que no había ido a visitar a menudo a su tía. Entendía la pena que ella sentía, había perdido a su único hijo, pero Jay nunca

sabía qué hacer cuando alguien lloraba. Para él esa opción nunca había existido, él tenía que ser fuerte y presentarse ante su familia con aspecto imperturbable porque era el sostén de ellos en todos los ámbitos.

Buscó el baño y cuando dio con él cogió papel higiénico y se lo llevó de vuelta a la chica. Ella lo agradeció con un gesto, se limpió la nariz y las lágrimas y lo miró desolada.

—Estoy avergonzada, no me conoces de nada y no paro de incomodarte con mi actitud. Lo siento de verdad —se disculpó ella de nuevo.

—Nora, mírame —le pidió a la muchacha, quien obedeció al instante.

—No tienes porqué disculparte. ¿Conocías a Jimmy?

—Sí, salíamos juntos y... Bueno, íbamos a casarnos —musitó ella, y añadió en un tono todavía más bajo—: El hijo que espero es de Jimmy.

Dejar a Jay sin habla era algo difícil de conseguir, principalmente porque solía ser el que siempre tenía la última palabra en los asuntos de su familia. Nora lo había dejado mudo con solo una frase.

—Jimmy y tú... —Se pasó la mano por el pelo y lo intentó de nuevo—: ¿Salíais juntos?

—Sí, desde hacía un año. Lo ocultamos porque a mi padre no le gusta que nadie de la familia se relacione con otros clanes. Tiene la absurda idea de que eso debilita nuestra sangre —dijo ella con un encogimiento de hombros.

Jay se levantó del sillón donde estaba y empezó a pasear por la estancia sin saber muy bien qué decir. La chica estaba embarazada de Jimmy, y según las normas de los clanes ella era ahora responsable de la familia Lunak. Él tenía que hacerse cargo de ella. Sopesó la posibilidad de sacarla de allí en aquel mismo momento aprovechando que su padre no estaba, pero no le pareció correcto hacerlo de aquella manera. Hablaría con Wes y le haría entender que tenía que llevársela a Browning con él. Si alguien conocía bien las normas de los clanes de su clase ese era sin duda Wesley Blackeagle, siempre se había erigido como un experto en tradiciones y costumbres en asuntos de todos los que compartían su naturaleza. Sin embargo, para otros temas era un tanto extremista, como por ejemplo lo que le acababa de contar Nora de que no quisiera permitir que su hija formara una familia con alguien de otro clan.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó él.

—Ha salido, pero no me ha dicho a dónde iba.

—¡Joder! —Exclamó en voz alta—. Necesitaba hablar con él con urgencia.

—¿Está relacionado con Jimmy? —preguntó ella en voz baja.

—Sí, es sobre Jimmy. Podríamos decir que mi primo estaba involucrado en un asunto un poco... —hizo una pausa intentando buscar una palabra adecuada que no asustara a Nora—: Peliaguado.

—¿Era por el trabajo que hacía para mi padre?

Jay la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Jimmy trabajaba para tu padre?

—Sí, empezó a trabajar para él hace seis meses. Fue a raíz de enterarse de lo nuestro —dijo ella cabizbaja.

—¿Y sabes qué es lo que hacía para él?

—No lo sé, ni mi padre ni Jimmy me dijeron nunca de qué se trataba. Solo sé que mi padre dijo que si quería casarse conmigo tenía que demostrar que me merecía.

—¿Jimmy estuvo de acuerdo?

—Sí. Yo... —Las lágrimas brotaron de los ojos de Nora de nuevo—. Le dije que no lo hiciera, pero él me dijo que me quería y que iba a hacer lo que hiciera falta para que estuviéramos juntos. Pero ahora él ha muerto y yo lo echo muchísimo de menos. Estoy sola, me siento completamente sola.

La chica rompió a llorar con fuerza. Jay la miró y no pudo evitar sentir el dolor. En su raza cuando se enamoraban era para siempre y Nora había perdido al amor de su vida. Tendría que seguir adelante sola y con un hijo fruto de esa relación, la vida sería muy dura para ella.

Se acercó a la joven y se sentó a su lado.

—Escúchame, Nora —le dijo mientras le levantaba la barbilla con un dedo para que lo mirara

a los ojos—. Ahora eres una Lunak, no vas a estar sola. Mi familia y yo te ayudaremos. En cuanto hable con tu padre te llevaré a Browning conmigo y allí criarás a tu hijo. Saldrás adelante, te lo prometo.

Ella asintió y lo abrazó. Aquello sorprendió a Jay, que le devolvió el abrazo y se juró a sí mismo que la chica tendría todo el apoyo que necesitara. Los Lunak conocían la importancia de la familia, y ella era ahora un miembro más de la misma.

Laura se había cansado de no hacer nada y de estar encerrada en aquella casa. Por mucho que le gustara la cabaña, necesitaba respirar un poco de aire fresco así que decidió salir a dar un paseo por los alrededores.

Se calzó las botas y se puso un segundo jersey, y al hacerlo sintió un leve dolor en los hombros. Recordó cómo la había agarrado aquel desgraciado mientras el segundo hombre la amanzaba y la rabia le recorrió el cuerpo. Cogió el abrigo que había comprado en la tienda de Melissa y se metió las llaves en el bolsillo del pantalón. Abrió la puerta para salir y recordó en ese momento el asunto del arma.

Por un lado no creía que fuera a necesitarlo. Por lo que había visto en documentales los animales salvajes solían asustarse de los seres humanos, si escuchaban ruido o voces salían corriendo espantados. Pero por otro lado, ella era una chica de ciudad que no sabía mucho sobre aquellas montañas. ¿Y si se cruzaba con un oso hambriento? O incluso peor, ¿y si el lobo negro volvía a aparecer? Aquello la hizo decidirse, cerró la puerta y abrió el armario donde estaban las armas guardadas.

Sacó la escopeta que le había indicado Jay que usara. La abrió y comprobó que los cañones estaban limpios. Abrió una de las cajas de balas, se metió cuatro en uno de los bolsillos del abrigo y metió dos en el arma. La cerró con un golpe seco y sosteniéndola bajo el brazo abrió la puerta para salir.

El aire del bosque le acarició el rostro, inspiró con fuerza y dejó que sus pulmones se llenaran de oxígeno. Miró a su alrededor y puso atención a los sonidos que se oían a través de la vegetación. Se escuchaba a los pájaros cantar, las ramas de los pinos moviéndose y el agua gotear del tejado de la cabaña. El sol asomaba a ratos entre las nubes y cuando estas lo cubrían la temperatura bajaba. El paisaje que la rodeaba era hermoso.

Caminó alrededor de la casa hasta llegar a la parte trasera de la misma. En aquel lado, el bosque era más frondoso, era la vista de la que había disfrutado a través de la ventana del salón y de la habitación en la que dormía. Había algo cautivador en cómo resaltaba la verde vegetación sobre la capa blanca que la cubría. Se sintió atraída por la espesura y se dirigió en esa dirección alejándose, poco a poco, de la casa. Aunque había nevado bastante el día de la tormenta, el grosor de la nieve no era mucha por lo que sus botas solo se hundían en ella en algunas partes. Siguió caminando mientras disfrutaba del olor de los pinos y los ruidos de ardillas y otros pequeños animales que corrían asustados a su paso.

No sabía el tiempo que llevaba caminando por el bosque cuando un profundo aullido la sacó de su ensimismamiento. Se detuvo de repente, inmóvil y atenta a lo que acababa de escuchar. «Quizá ha sido el viento ululando entre los árboles», pensó. Intentó contener la respiración para centrarse en los sonidos que la rodeaban, después de unos segundos sin escuchar nada, dio dos pasos al frente y otro largo aullido rompió el silencio del bosque. Se quedó quieta de nuevo, miró a ambos lados, pero no fue capaz de discernir nada. Algo se movió a su izquierda y se giró hacia ese lado.

No vio nada. Otro ruido a su derecha llamó su atención, al volverse creyó ver una sombra oscura que se movía entre la maleza. Entonces una serie de aullidos surgieron de lo profundo del bosque, uno tras otro, haciendo que se le erizara la piel. Los agudos lamentos salvajes provenían de todas partes, empezó a dar vueltas sobre sí misma intentando localizar a las bestias. Recordó que llevaba la escopeta bajo el brazo, la alzó y quitó el seguro del arma. Apuntó a través de ella sin conseguir localizar ningún animal.

Empezó a retroceder lentamente sin bajar el arma, apuntando a todas partes, pero no veía nada. El sol escogió ese momento para esconderse entre las nubes, dirigió la mirada hacia el cielo y confirmó que un manto de nubes grises lo había cubierto por completo. Lo último que necesitaba en esos momentos era que se pusiera a nevar.

Miró hacia atrás en la dirección desde la que había venido y no fue capaz de distinguir la cabaña entre los árboles. ¿Tanto se había alejado? Un aullido resonó justo delante de ella, tan intenso y profundo que sintió cómo el corazón se le paraba en el pecho. Tenía que salir de allí. Los únicos animales que emitían aquellos sonidos eran los lobos, y si algo sabía ella sobre estos era que siempre iban en manadas. Una nueva sucesión de aullidos lo confirmó y sin pararse a pensar en nada más, Laura echó a correr por el bosque hacia la que esperaba que fuera la dirección en la que se encontraba la cabaña.

Jay había conseguido tranquilizar a Nora lo suficiente después de asegurarle que volvería por ella en cuanto arreglara el asunto que tenía pendiente con su padre. Como sabía que Wes olería que Jay había estado en su casa le dijo a la chica que simplemente le comentara a su padre que había ido a verlo porque necesitaba hablar con él.

Había empezado a nevar cuando Jay llevaba una hora de camino, pero no le terminaban de gustar las nubes que podía ver entre los árboles que había en los laterales de la carretera. Todo indicaba que se aproximaba una gran nevada y quería estar de vuelta en la cabaña antes de que aquello ocurriera. Media hora más tarde la nieve caía ya de manera más copiosa, sabía que la tormenta tardaría un poco en llegar a Rising Wolf Mountain puesto que todas las borrascas entraban en esa parte de Montana por el oeste. Decidió aumentar la velocidad un poco para así poder llegar cuanto antes a su casa.

Jay siempre conducía con la ventanilla del coche bajada. Como le había explicado aquel día a Laura, su temperatura corporal era más elevada que la media en las personas. Si nevaba como ocurría en ese momento la subía un poco para que no se colara por ella la nieve. Por eso no tuvo ningún problema en escuchar el primer aullido. Se quedó petrificado, desconectó del lugar en el que estaba y durante unos segundos perdió el control del vehículo. La camioneta invadió el carril contrario y en un gesto rápido Jay recuperó el dominio del coche agarrando con fuerza el volante y devolviéndolo al carril correcto. Abrió más la ventanilla con una mano, mientras con la otra sujetaba el volante con fuerza y pisaba el acelerador a fondo. Los limpiaparabrisas empezaron a moverse más rápido sobre la luna delantera intentando apartar la nieve que se acumulaba en ella con más rapidez debido a la velocidad del vehículo.

Se escucharon más aullidos que hicieron que el miedo invadiera el cuerpo de Jay. No era su manada y se estaban coordinando para atacar. Necesitaba llegar cuanto antes a la cabaña, porque aunque Laura estuviera dentro de ella, una puerta no iba a detener a una manada de lobos furiosos.

Laura llevaba varios minutos corriendo, no sabía si se había perdido puesto que no conseguía localizar la cabaña. Había empezado a nevar y aunque el frío no era demasiado intenso los dientes le castañeaban por el miedo que sentía. Además, su cuerpo empezaba a acusar las secuelas del asalto que había sufrido el día anterior.

Oía a los lobos correr a ambos lados de ella, pero no conseguía ver a ninguno. Los aullidos no cesaban, algunos se escuchaban en la distancia, pero otros resonaban demasiado cerca. El viento había empezado a soplar con fuerza y numerosas ramas de pino caían en el suelo a su alrededor. Intentó correr más rápido, pero las fuerzas empezaban a fallarle y ya había resbalado en la nieve un par de veces. ¿Cómo se había atrevido Jay a decirle que allí no había lobos? Había estado preocupada por los osos cuando lo que ese bosque ocultaba era una manada de lobos salvajes dispuestos a atacar a cualquier ser humano con el que se cruzara.

Siguió corriendo hacia delante, pero algo saltó a su espalda. Giró la cabeza para ver qué era y eso impidió que viera la rama que tenía justo delante de ella en el suelo. Tropezó y cayó de bruces, la escopeta se le escapó de las manos mientras intentaba detener la caída con los brazos.

Consiguió caer de costado y evitar un nuevo golpe en la cara, pero el impacto en las costillas la dejó sin respiración. Se quedó allí tendida, intentando recuperar el aliento. Un nuevo aullido largo y agudo la sacó del estupor que le había provocado el choque contra el suelo. Se puso a cuatro patas y andando de esta manera se acercó a donde yacía la escopeta tirada. La cogió y se puso en pie, alzó el arma y apuntando dio una vuelta sobre sí misma. El movimiento a su alrededor había cesado, solo podía escuchar la nieve caer y las ramas de los árboles meciéndose al compás del viento. Le retiró la nieve a la escopeta y se pasó la mano por la cara para quitarse la que se le había pegado al caer al suelo. Un gruñido llamó su atención, miró hacia delante y vio cómo un enorme lobo marrón la observaba con las orejas levantadas. Gruñía de manera continua mientras enseñaba los dientes, no era tan grande como el lobo negro que había visto en su primer día en la reserva, pero su tamaño tampoco era nada desdeñable.

Apuntó hacia el lobo y disparó. La bala impactó en el suelo delante del animal, pero este no pareció inmutarse.

—¿Es que no tienes miedo, bestia salvaje? —murmuró ella.

Escuchó movimiento a su alrededor y supo con certeza que el resto de la manada estaba allí. No podía quedarse quieta e intentar acabar con ellos porque el arma solo tenía dos balas. No sabía mucho sobre aquellos animales, pero dudaba que le fueran a dejar tiempo para recargar la escopeta.

Apuntó al lobo de nuevo, este gruñó de nuevo de manera feroz pero no se movió ni un centímetro. Laura disparó y sin detenerse a comprobar si le había dado al animal, echó a correr en dirección contraria todo lo rápido que sus piernas le permitieron.

La camioneta se desplazaba al doble de la velocidad permitida por la carretera. Jay apenas veía por la luna delantera, la tormenta había arreciado y la nieve se acumulaba en el coche con rapidez. Conocía la carretera como la palma de la mano y sabía que estaba a unos cinco minutos de la cabaña. Los aullidos habían cesado, lo que no era un buen indicio, puesto que esto podía significar dos cosas: que los lobos se hubieran retirado sin haber conseguido lo que perseguían o que hubieran atrapado a su presa. Jay se negaba a aceptar que fuera la segunda opción.

Cruzó el lago Two Medicine como una exhalación, continuó conduciendo hasta el desvío a su cabaña y se adentró por el camino a la misma velocidad. Había bastante nieve acumulada, pero la camioneta aguantó y siguió hasta que llegó a la casa. Se bajó de un salto del vehículo sin quitar las llaves, intentó abrir la puerta y comprobó que estaba cerrada.

—¡Laura! ¿Estás ahí dentro? —gritó a través de la puerta.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar las llaves de la vivienda, cuando una nueva serie de aullidos llamó su atención. Provenían de alguna parte del bosque en el lado posterior de la casa, le dio la vuelta a la casa corriendo y se adentró en la espesa vegetación.

Laura corría lo más rápido que le permitían las piernas. La nieve caía ahora con mucha más fuerza y casi no veía más allá de un par de metros por delante de ella. Los aullidos habían comenzado de nuevo después de que un lamento, que había sonado muy humano, hubiera roto el silencio del bosque. Oía de nuevo a los animales correr tras ella, los escuchaba pisar ramas y mover arbustos a su alrededor. El corazón le iba a mil por hora y la escopeta le pesaba como si

hubiera estado hecha de plomo. Entonces, apareciendo de la nada, un lobo gris se detuvo a pocos metros de ella. Laura intentó frenar haciendo que sus botas resbalaran en la nieve y cayó sobre su trasero. Esta vez consiguió mantener sujeta el arma y que esta no saliera disparada, pero el nuevo golpe la había dejado otra vez casi sin respiración.

Apuntó el lobo y este se acercó a ella un par de pasos. Elevó el hocico hacia el cielo y emitió un largo aullido que fue respondido de inmediato por el resto de animales. Las plantas empezaron a moverse a su alrededor, giró la cabeza hacia el lugar de donde provenían los sonidos y vio horrorizada cómo varios lobos emergían de entre la vegetación. Contó cuatro además del que tenía delante de ella, estaba segura que eran más, pero no quiso hacer ningún movimiento brusco para asegurarse.

El lobo gris la miraba fijamente. Tenía los ojos de un color amarillo intenso, el pelo del lomo era de un gris oscuro que se aclaraba conforme descendía por las patas. La cara y la parte frontal del animal eran también del mismo color gris claro que las patas. Laura calculó que el tamaño debía ser similar al del lobo negro con el que se había cruzado aquel fatídico día. Sabía que estaba en desventaja al estar en el suelo por lo que intentó incorporarse con lentitud, pero un profundo gruñido del lobo la detuvo en el acto. El animal dio otros dos pasos hacia ella y esta vez le enseñó los colmillos. Laura vio aquellos enormes dientes y tuvo claro que ella sería la cena de los lobos. Aquello, por algún motivo, la enfureció. Levantó el arma y apuntó al lobo gris.

—La cena no está lista todavía, lobo —dijo desafiante.

El lobo torció la cabeza hacia la derecha y Laura podría haber jurado que la bestia había entendido sus palabras. El animal volvió a gruñir, estiró las patas delanteras y con las traseras se preparó para impulsarse hacia ella. Laura deslizó el dedo en el gatillo y en el momento en el que iba a disparar escuchó una voz familiar.

—Apártate de ella ahora mismo.

El lobo se enderezó y se dio la vuelta, Laura aprovechó para incorporarse un poco y apoyar una rodilla en el suelo. Seguía apuntando al lobo aunque se había retirado el arma de la cara. Un inmenso alivio la inundó cuando vio a Jay detrás del lobo.

—Jay —susurró.

El lobo se alejó y fue hacia Jay. Laura se levantó del suelo completamente y vio de reojo cómo los otros lobos se acercaban un poco a ella.

—Habéis entrado en mis tierras sin permiso. Os quiero fuera de aquí.

La voz de Jay sonaba diferente, mucho más profunda de lo habitual. Laura podía ver la tensión en él y el poder que irradiaba su postura. Le estaba hablando al lobo y lo más extraño de la situación era que el animal parecía estar entendiendo cada una de las palabras.

—Laura, ven hacia mí, pero no corras. Y baja el arma.

No se lo pensó dos veces, dejó de apuntar y con paso firme anduvo los metros que la separaban del hombre. Cuando llegó hasta él, se pegó a su cuerpo y Jay le echó un brazo por los hombros. La besó en la sien y le preguntó en voz baja:

—¿Estás bien?

Ella asintió sin emitir sonido alguno, temía hablar y que su voz despertara la furia del animal que tenían frente a ellos, el cual continuaba observándolos.

—Marchaos. Te estaré esperando para que podamos hablar de todo esto.

Se dio la vuelta con ella todavía pegada a él y puso rumbo a la cabaña. Laura divisó la vivienda no muy lejos de donde se encontraban, si hubiera seguido corriendo un poco más sin caerse podría haber llegado sin problemas. Escuchó un audillo a su espalda y no pudo evitar girar la cabeza. Tuvo tiempo de ver cómo el resto de lobos rodeaban al de pelo gris y un segundo

después la manada entera desaparecía entre la vegetación del bosque.

Al llegar a la puerta de la cabaña, Jay se separó un poco de Laura para poder sacar las llaves del bolsillo del pantalón. Sintió cómo ella se aferraba a su chaqueta para mantenerse pegada a él y aquello despertó de nuevo su furia.

Entraron en la casa, encendió la calefacción y caminó a su lado hasta el salón. Se detuvo delante de la chimenea y la miró. Laura temblaba, no sabía si por el frío, por lo que había pasado o por ambas cosas.

—Voy a encender la chimenea. La calefacción va a tardar un rato en calentar la casa.

Ella asintió. Jay colocó varios troncos en la chimenea, prendió un papel y lo depositó encima de estos. Sopló un poco y el fuego pasó del papel a la madera. Se volvió hacia Laura y con lentitud le quitó el abrigo.

—Vamos a sentarnos aquí en la alfombra delante de la chimenea. Así entrarás en calor con mayor rapidez —le informó.

Se sentaron muy juntos, volvió a abrazarla y estuvieron así varios minutos. En algún momento dejó de temblar. Necesitaba hablar con ella, pero entendía que en esos momentos Laura estuviera en estado de shock. Las cosas se habían complicado de repente y lo que acababa de ocurrir había interferido en sus planes. Quería haber hablado con ella con tranquilidad, haberle podido explicar la naturaleza de su familia y haber atendido a sus preguntas. Ahora tendría que hacerlo de otra forma y todo por culpa de aquella manada. ¡Maldito Wes! La conversación con ese desgraciado iba a ser muy desagradable, se había saltado varias normas no escritas que regían la vida de los clanes y había osado amenazar a su mujer. Además, no estaba seguro de que no la hubieran atacado si él no hubiera llegado a tiempo, y aquello despertaba a la bestia que habitaba en él. Nadie tocaba a su mujer. Sí, Wes iba a pagar por lo que había hecho.

—Has hablado con los lobos.

La voz de Laura lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió a la realidad de un plumazo.

—Sí, eso parece —contestó, sin dejar de abrazarla.

—Y ellos te han entendido.

—Espero que sí.

El silencio se hizo entre ellos. Laura empezó a temblar de nuevo y Jay la apretó más contra su cuerpo. Unas gotas le cayeron sobre las manos y se dio cuenta de que lloraba.

—Laura, no llores, por favor. Todo va a ir bien.

—No comprendo qué está pasando, Jay —dijo entre lágrimas.

—Lo sé, es complicado. Pero cuando te encuentres mejor te lo explicaré todo.

Laura se separó un poco de él y alzando la cabeza lo miró. Sus ojos oscuros brillaban por el reflejo del fuego y mostraban el miedo que sentía. La necesidad de protegerla afloró en él y sin pensarlo dos veces le acunó el rostro con ambas manos y la besó con mucha delicadeza, con miedo de hacerle daño en la cara.

Fue un beso tierno, solo un leve roce de labios. Al separarse la expresión de Laura había cambiado, había un ligero rubor en sus mejillas y lo miraba con hambre. Aquello desató algo en el interior de Jay, algo que había estado contenido casi desde el momento en que la había visto por primera vez. La apretó contra él y la besó dando rienda suelta a la pasión que sentía. Laura lejos de asustarse se aferró a él con fuerza, deslizó las manos por sus brazos hasta llegar a su nuca y ahí

hundió los dedos en el cabello. Jay soltó un gruñido que se perdió dentro de sus bocas, entrelazó su lengua con la de ella y la saboreó. El sabor de ella era justo como lo recordaba: dulce, pero con un toque picante. Era embriagador y todo con lo que Jay había soñado siempre. Laura era su compañera y no se separaría de ella jamás.

Laura era consciente de lo que estaba pasando, pero no quería parar. Aquello estaba bien, lo sentía en su interior. La sangre le hervía en las venas y la ropa empezaba a sobrarle. Se quitó el jersey que llevaba, sintió un tirón en el hombro derecho, pero lo ignoró. Se dio entonces cuenta de que se había puesto dos prendas para salir a pasear. Tiró del segundo jersey y se lo sacó por la cabeza quedando solo con la camiseta de manga corta que llevaba bajo esas dos prendas. Miró a Jay y pensó que él todavía llevaba demasiada ropa, le apartó la chaqueta de los hombros y la deslizó a tirones hacia abajo haciendo que él soltara una carcajada. A continuación le desabotonó la camisa y se la quitó. Jay no llevaba nada debajo y recordó lo que le había comentado de su temperatura corporal. Debía ser cierto si para salir en plena nevada no necesitaba nada más que una camisa y una cazadora vaquera.

Se recreó en la visión que suponía el pectoral de Jay. Ese hombre era músculo y fibra, no tenía vello y el color de su piel era un poco más claro que el de su rostro. Trabajar al aire libre con caballos le sentaba de maravilla. Puso las manos sobre su pecho y las deslizó por toda su extensión, deleitándose en la suavidad de la piel. Escuchó un gruñido proveniente de Jay.

—¿Has gruñido?

—Sí, a veces lo hago.

Se fijó en que los ojos de él mostraban un gris muy claro. Era hipnotizante observarlos, nunca había conocido a nadie cuyos ojos tuvieran la capacidad de cambiar de esa manera.

Jay volvió a gruñir y se abalanzó hacia ella, la besó con fiereza y la tumbó sobre la alfombra. Abandonó sus labios para besarla en el cuello y descender por su hombro, se incorporó un poco y le sacó la camiseta a tirones, para después bajar las manos hacia el pantalón y desabrocharlo. Con una mano le levantó las piernas en peso y con la otra tiró de la prenda hasta sacársela por los pies. Laura se quedó frente a él en ropa interior mientras él la observaba. La mirada de Jay le abrasaba la piel, parecía comérsela con los ojos y aquello encendió su deseo hasta alcanzar cotas insoportables.

Jay se puso de pie y con rapidez se desnudó completamente. Laura jadeó al ver a aquel hombre delante de ella tal y como había venido al mundo. Jay tenía un cuerpo perfecto con músculos bien desarrollados, pero sin ser exagerado. Era fuerte y viril, y su miembro no dejaba lugar a dudas de que la deseaba. Se puso de rodillas entre las piernas de ella.

—Necesito saborearte, Laura —dijo mientras le acariciaba el abdomen con veneración—. Sé mía, y déjame que sea tuyo.

Ella asintió ante sus palabras, alzó el trasero y Jay le arrancó las bragas de un tirón. Laura se desabrochó el sujetador y lo lanzó lejos. Se sentía expuesta, pero al mismo tiempo deseaba que él siguiera mirándola de aquella manera. Jay se inclinó sobre ella y la besó, le mordisqueó el labio inferior y de ahí descendió por su barbilla a su cuello. Siguió bajando hasta sus pechos, los succionó y los lamió, le dio pequeños mordiscos y continuó su camino hasta su ombligo donde introdujo la lengua. Nadie la había besado de aquella manera, Jay parecía estar en todas partes. Sus manos no dejaban de acariciarla en los brazos, los pechos, el abdomen. Parecían seguir el recorrido de sus labios.

La lengua de Jay bajó desde su ombligo hasta la unión de sus muslos. Laura aguantó la respiración y soltó un profundo gemido cuando sintió cómo la lengua de él la lamía de arriba hacia abajo, para después hacerlo a la inversa. Sus manos se aferraban con fuerza a sus muslos y Laura alzó las caderas para que fueran al encuentro de él. Jay se centró en la pequeña protuberancia que era el centro del deseo de ella. Besó y chupó haciendo que el placer empezara a acumularse en ese punto, para después extenderse por todo su cuerpo. Gimió cuando las manos de él subieron hasta sus pechos y jugaron con sus pezones, mientras seguía lamiendo sin descanso sus húmedos pliegues.

El deseo se acumuló entre sus piernas, enredó los dedos en el pelo de Jay y gritó extasiada cuando el placer explotó en el vértice de sus muslos y se dispersó por cada célula de su ser. Los espasmos parecían interminables, y antes de que tuviera tiempo de recuperarse sintió cómo Jay se colocaba entre sus piernas y de una sola embestida se introducía en su interior. Parpadeó varias veces intentando enfocar la mirada, no quería perderse el espectáculo de ver a Jay moviéndose sobre su cuerpo. Él bajó la cabeza y la volvió a besar con una intensidad que casi le provocó a Laura otro orgasmo. Jay se movía despacio, pero ella quería más. Necesitaba sentirlo con más intensidad, le rodeó la cintura con las piernas y aquello hizo que él profundizara sus embestidas y aumentara el ritmo.

—Laura —susurró en su oído.

Ella no pudo articular palabra alguna, solo gimió por respuesta y él volvió a susurrarle de nuevo.

—Necesito saborearte, Laura.

Sintió cómo Jay le lamía y chupaba el cuello, notó cómo él le mordisqueaba la zona levemente primero, para después hacerlo con más fuerza. Un dolor sutil dio paso a un intenso placer que pareció surgir de ese punto y expandirse por el resto de anatomía hasta concentrarse entre sus muslos donde ambos estaban unidos. Jay levantó la cabeza y comenzó a emitir gruñidos que hicieron que ella se excitara más. Con furia la besó, arrasó con su boca y le habló sobre los labios:

—Soy tuyo, Laura. Ahora y siempre. ¿Serás mía? Dímelo, necesito escucharlo.

El ritmo aumentó, las acometidas se volvieron más profundas y Laura sintió que iba a estallar de nuevo.

—Sí, Jay. Soy tuya —dijo entre gemidos.

Sus palabras resonaron en la estancia como una especie de letanía que hizo que sus miradas conectaran la una con la otra. Jay se pegó a su cuerpo, el sonido del choque de ambos acompañaba a sus agitadas respiraciones. Laura sintió que el placer la devoraba desde dentro, mantuvo la mirada fija en los ojos de él quien tampoco apartó la suya ni un segundo. El orgasmo la alcanzó como una explosión devastadora, gritó con todas sus fuerzas al tiempo que él soltaba un gruñido que se convirtió en una especie de aullido.

Jay se desplomó sobre ella casi aplastándola y aquello le hizo sonreír. Sus fuerzas también habían desaparecido a la par que el placer estaballa en su interior. No recordaba haber tenido jamás un orgasmo como aquel. La intensidad de la mirada de Jay había sido suficiente para encender una pasión que no sabía que formaba parte de ella.

Todavía respirando con dificultad Jay se incorporó y se apoyó en los codos. Con una delicadeza inesperada le retiró varios mechones de pelo que se le habían quedado pegados a su frente sudorosa. Aquel gesto le pareció a Laura más íntimo que todo lo que habían hecho minutos antes.

—Vaya —dijo él en voz baja.

—Sí. Vaya —repitió ella intentando no reír ante el semblante serio que él presentaba.

—No era así como quería que hubiera sido, pero no voy a decir que me arrepiento porque sería mentira, Laura —se sinceró él y añadió—: Espero no haberte hecho daño.

Le pasó un dedo por el hematoma del rostro, ella lo sintió como la caricia de una pluma en su piel y aquello hizo que sintiera ganas de llorar.

—No he sentido ningún dolor, Jay —aseguró ella—. Y sobre lo otro... Bueno, yo lo he comenzado y no me arrepiento de nada —constató ella.

—Sí, ya veo. Enseguida vuelvo.

Jay se retiró de ella y se puso en pie. Laura lo vio dirigirse a la cocina, escuchó el agua cayendo del grifo y a los pocos segundos él estaba de vuelta con un trapo húmedo. Se sentó a su lado y comenzó a limpiarle la zona entre los muslos. Laura se quedó quieta observando lo que él hacía y preguntándose cómo ese hombre podía albergar en él tantas facetas distintas.

—Quizá quieras darte una ducha. Es la primera vez que me arrepiento de no haber instalado un baño en la planta baja. Tendré que añadirlo a la lista de cosas que esta cabaña necesita —dijo él.

—Por mí no te preocupes, puedo usar el de arriba. Además, yo solo estoy de visita —explicó ella mientras se levantaba del suelo.

Jay se puso en pie también, le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Eso está por verse —murmuró.

—¿Cómo dices?

—Date esa ducha y yo prepararé algo de cenar. Debes estar hambrienta —aventuró él.

—La verdad es que sí —confirmó ella.

Él asintió, pero no se movió de donde estaba. Seguía desnudo y para Laura era difícil no mirar ese maravilloso cuerpo que tenía delante. Jay parecía sentirse muy cómodo sin ropa, no es que ella tuviera problemas con el suyo. Era consciente de que le sobraban unos cuantos kilos, pero hacía mucho tiempo que lo había aceptado. Sin embargo no sentía la seguridad en sí misma que él parecía desplegar en aquel momento.

Se agachó para recoger la ropa y con todas las prendas en las manos subió hacia la habitación principal. Todo el tiempo, hasta que desapareció escaleras arriba, sintió la mirada de Jay clavada en ella.

Cuando Laura volvió a la planta de abajo, después de haberse duchado, vio que Jay había puesto la mesa. Se acercó titubeante y cuando él salió de la cocina con dos platos en las manos ambos se miraron sin decir nada.

—He preparado unos sándwiches, siento no haber hecho nada más elaborado, pero tengo que salir a inspeccionar la zona —explicó él.

—No te preocupes, estoy segura que estarán deliciosos. Cocinar se te da mejor que a mí.

Se sentaron, Jay le ofreció una cerveza, pero prefirió agua. Comieron en silencio, Laura no se atrevía a mirarlo, se sentía cohibida por lo que había pasado. Siempre se había tenido por una mujer independiente y decidida, no había dudado cuando había tenido que dar el primer paso con un chico, pero lo que había sucedido con Jay no tenía nada que ver con cualquier relación que hubiera tenido con anterioridad con otro hombre.

No era solo el hecho de que había sido la mejor experiencia sexual que había tenido en su vida. Había algo más que se había desatado en su interior cuando Jay le había hecho el amor. Había sentido que habían conectado de una manera que no podía explicar con palabras, y aquello la aterrizzaba. Conocía a Jay desde hacía solo una semana y aunque su percepción inicial sobre el hombre había cambiado conforme había ido aprendiendo cosas sobre él, no podía decirse que lo conociera a fondo. Sin embargo, la sensación de que lo que había pasado entre ambos era especial no se le borraba de la mente.

—Necesito contarte varias cosas, Laura, pero creo que debería empezar por mi visita a la reserva de los Flatehead.

La voz de Jay hizo que levantara la mirada del plato, casi había terminado su comida, pero había estado jugando un poco con lo que quedaba, puesto que no sabía cómo iba a poder mantener una conversación natural con él.

—¿Has averiguado algo? —preguntó sin mirarlo a los ojos.

—He encontrado a la chica con la que Jimmy salía y está embarazada —soltó él.

Aquella información hizo que Laura se olvidara por un momento de su incomodidad y la situación en la que se encontraba. Su faceta periodística tomó el mando e hizo que lo mirara y le preguntara:

—¿En la reserva? Es lo que me dijo Luke, el amigo de Jimmy. Aunque creo que sabía más cosas sobre el tema de la droga, pero parece que nadie quiere hablar sobre ello —expuso ella.

—Eso lo puedo entender. Browning es un pueblo pequeño y vendiendo droga se obtiene mucho dinero. Si hay gente que se encarga de distribuirla y venderla aquí, nadie que sepa algo sobre el tema hablará. Y si la consumen, tampoco abrirán la boca.

—Háblame de la chica —pidió ella.

Durante un rato Jay le explicó sobre su visita a Wesley Blackeagle. Le contó que había ido directamente a hablar con él porque se conocían desde hacía mucho tiempo. Cuando le preguntó por qué no había ido a ver al consejo de la tribu, Jay le dijo que la familia de Wes era igual que la suya y por lo tanto era el único que podía estar enterado de los viajes que Jimmy hacía a Canadá.

—No lo entiendo. ¿Igual que tu familia? —Laura no tenía claro a qué se refería Jay.

—Eso es parte del otro tema sobre el que tengo que hablar contigo, pero primero quiero explicarte lo de Nora.

Jay continuó con su narración y le relató la historia de Jimmy y Nora. La confusión de Laura fue en aumento porque no entendía qué podía tener el padre de la chica en contra de que esta saliera con Jimmy. Al fin y al cabo, el primo de Jay tenía un buen trabajo en el hotel que había en el East Glacier Park Village, el pueblo que había al pie de las montañas, y tenía su propia casa. Era un hombre que podía mantener una familia. Estaba el tema de la droga, pero el sexto sentido de Laura le decía que este asunto no era en realidad el motivo principal de que el padre de Nora se opusiera a la relación.

—Jimmy estaba trabajando para Wes, pero Nora no sabe qué hacía exactamente —dijo Jay.

—¿Así se conocieron Nora y Jimmy?

—No, ellos ya estaban juntos. Wes lo descubrió y obligó a Jimmy a que trabajara para él si quería seguir saliendo con su hija.

—Pero ambos eran mayores de edad, ¿cómo pudo ese hombre imponer una cosa así a tu primo? —cuestionó ella.

—Es complicado de entender, lo sé, pero Wes no está a favor de que miembros de su familia se mezclen con los de otras. Tiene que ver con nuestra naturaleza.

Laura se daba cuenta de que Jay estaba siendo sincero con ella, podía verlo en sus ojos, pero también sabía que no se lo estaba contando todo. La historia de Jimmy y el padre de Nora no tenía pies ni cabeza, pero había más cosas que Jay todavía no le había contado. El rompecabezas se completaría cuando él lo hiciera.

El teléfono de Jay sonó, lo sacó del bolsillo del pantalón y miró la pantalla.

—Lo siento, tengo que cogerlo. Es Becca, quizá ha habido algún problema con los caballos —se excusó él mientras se levantaba de la mesa.

Ella hizo lo mismo, cogió los platos y los llevó al fregadero. Volvió al salón para recoger el resto de utensilios usados en la cena y observó cómo Jay hablaba por el móvil fuera de la casa. Tenía una expresión de enfado y gesticulaba sin cesar. Se encogió de hombros y siguió recogiendo los restos de la cena, fregó y lo dejó todo en el escurrerplatos de la cocina.

Se sentó en el sofá a esperar a Jay para continuar con su conversación y entonces su teléfono sonó. Lo cogió de la mesa auxiliar que había junto al sofá y comprobó que era su jefe quien la llamaba. Soltó un suspiro y con resignación contestó.

—¡Hola David! ¿Qué tal? —preguntó intentando sonar animada.

—Laura, ¿cómo te va allá arriba? Te fuiste hace una semana y no he sabido nada de ti. Esperaba que a estas alturas me hubieras enviado ya algo que pudiéramos publicar —la reprendió el hombre.

—¿Publicarlo ya? No he terminado mi investigación. Tengo bastante información y he descubierto un par de cosas interesantes, pero todavía me quedan unas cuantas personas a las que entrevistar. Tengo un esquema de cómo va a ser el artículo, pero no está completo y...

—No queremos publicar solo un artículo, Laura. Me hiciste creer que era una historia de la que podías sacar mucho jugo, así que hemos pensado que podríamos ir publicándola en artículos semanales y así atraer lectores. Querrán saber qué es lo siguiente que descubres —expuso el editor jefe.

—Pero David, mi historia es un artículo de investigación. Lo que me estás contando suena como una novela de misterio por capítulos —repuso ella anodada.

—Ya te digo que hemos cambiado de opinión al respecto. No hay mucho movimiento ahora mismo a nivel periodístico y desde arriba nos han dicho que tenemos que aumentar las ventas. Así que los editores se han reunido conmigo y entre todos hemos decidido que publicaremos tu historia de esta manera.

—David, no estoy de acuerdo con este cambio —manifestó ella enfadada. Aquello no era lo que el editor jefe y ella habían acordado antes de salir hacia Browning.

—Bueno, está decidido. Así que espero que puedas enviarme hoy sin falta el primero. Queremos sacarlo en portada el lunes y antes tiene que ser revisado.

—No voy a enviarte nada hoy, David. Para empezar, no tengo un artículo preparado sobre esta historia —dijo mientras intentaba contener la rabia que empezaba a sentir—. Y para terminar, no pienso publicarlo de esta forma. No es lo que hablamos. Es mi noticia y se publicará de una sola vez en un extenso artículo a dos páginas, que fue lo que pactamos.

—¿Cómo que no vas a enviarme nada? —gritó el hombre.

Laura se retiró el teléfono de la oreja abrumada. Nunca había escuchado a David alzar la voz en la oficina, ¿qué estaba pasando? No entendía el cambio de opinión respecto a la publicación de su noticia. Pero no estaba dispuesta a hacer lo que él le estaba pidiendo. Necesitaba que la historia se publicara de una sola vez y en un solo artículo para que el impacto fuera mayor. Aquello tenía que causar sensación, era la única forma en que podría usarlo para conseguir impresionar a la prensa de renombre.

—Escucha, David, no voy a hacer lo que me estás pidiendo. Acordamos hacerlo de una determinada manera, lo que me estás planteando no va a causar el impacto suficiente en la gente para que vuelva a comprar el periódico otro día. —Habla con calma y despacio, intentando no dejarse llevar por el enfado ya que tenía que negociar con él—. Una noticia exclusiva hará que el prestigio del periódico crezca y despertará el interés de la gente por leerlo.

—Laura, creo que no estás entendiendo la situación que te planteo —dijo él con condescendencia—. El periódico no va bien, las ventas han bajado mucho. Si quieres seguir siendo parte de la plantilla tendrás que escribir esta noticia de la manera que te estoy diciendo.

—¿Me estás amenazando, David? —balbuceó ella.

—No, Laura. Solo te estoy exponiendo la situación en la que se halla el periódico y lo que la empresa quiere de ti.

—¿Y si me opongo? ¿Y si decido no enviarte mi artículo en entregas como me has pedido?

—Pues entonces tendremos que dejarte marchar. Tenemos otros periodistas que estarán encantados de trabajar bajo las directrices que la empresa les marque —sentenció él.

—Pe-pero... ¿Y qué pasa con la noticia que estoy cubriendo? ¿Los gastos de mi viaje y alojamiento?

—Si no nos remites el artículo tal y como te he planteado, no podemos hacernos cargo de tus gastos —confirmó él, y añadió—: Y estarás despedida.

Laura se quedó sin habla por la sorpresa. Durante unos segundos no supo qué decir. Su jefe la despedía si no cumplía con lo requerido, pero ella no quería publicar el artículo en aquel formato. Si no cedía se quedaría en la calle y además la empresa no le reembolsaría los gastos que ya había pagado ella de su bolsillo.

Se dio cuenta de que si cedía en esto jamás lograría su sueño. No tendría un buen currículum que presentar a otros medios de comunicación y jamás conseguiría triunfar como periodista.

—David, no voy a enviarte nada hasta que no haya terminado el artículo completamente. Si eso significa que estoy despedida, tendré que publicar mi noticia con otro medio —desafió ella en un último intento de conseguir que su jefe cambiara de idea.

Durante un instante Laura pensó que lo había conseguido. Pero entonces la voz se escuchó al otro lado de la línea:

—Ha sido un placer trabajar contigo, Laura —afirmó él, para después rematar—: Estás despedida.



Jay entró en la cabaña y se encontró a Laura sentada en el sofá sujetándose la cabeza con ambas manos. Se asustó al verla así y sin quitarse la chaqueta se acercó a ella con rapidez.

—¿Qué pasa, Laura? ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

Retiró las manos de su rostro y lo miró con ojos brillantes. Varias lágrimas silenciosas resbalaron por sus mejillas.

—Yo...

—¿Qué ha pasado? ¿Te duele el golpe de la cara?

—Acabo de perder mi trabajo.

Laura rompió a llorar ante su propia afirmación. Jay se quedó confundido, ¿la habían despedido? Se sentó a su lado y la abrazó, ella se aferró con ambas manos a su chaqueta y siguió llorando durante un rato. Cuando el llanto empezó a remitir, la separó de su cuerpo y le limpió con los dedos las lágrimas que quedaban en su rostro.

—Cuéntame qué es lo que ha pasado —pidió él.

Laura suspiró, se retiró el pelo de la cara y se dejó caer en el sofá. Él hizo lo mismo después de quitarse la chaqueta. La miró y con un gesto la alentó para que hablara.

—Me ha llamado mi jefe, ha decidido de manera unilateral cambiar la forma en que mi artículo iba a ser publicado y yo me he negado —resumió Laura.

—¿Qué es lo que quiere que hagas?

—Quiere publicar mi noticia por partes, en artículos de una página por semana, como si fuera una novela por capítulos de las que se publicaban en el siglo XIX y se vendían en quioscos. Lo sacaría en portada, pero no sería la noticia completa.

Jay no sabía mucho sobre periodismo, así que no entendía la diferencia entre que fuera publicado de una manera o de otra, pero lo que sí podía ver es que Laura no estaba de acuerdo con ello.

—Eso no es lo que hablamos y pactamos —continuó ella—. Iba a ser un gran artículo, a doble página justo después del editorial, además de ser anunciado en portada, por supuesto. Y ahora ha cambiado de opinión.

—¿Por qué quiere publicarlo ahora así?

—Porque el periódico va mal, necesita aumentar las ventas y conseguir más lectores. Quiere crear una especie de... ¡No sé! Ya te lo he dicho, como si fuera una novela de misterio que enganche a la gente semana tras semana y así sigan comprándolo —dijo exasperada—. ¿Qué clase de periódico hace eso?

Se puso en pie y empezó a pasearse por delante de la chimenea con nerviosismo.

—Un periódico serio no publica de esa forma las noticias importantes —afirmó de manera rotunda—, y yo me he negado. Así que él me ha despedido y todo se ha ido a la mierda.

Al decir la última frase Laura se echó a llorar de nuevo. Jay se levantó y fue hacia ella, la abrazó y apoyó la cabeza en su pecho. Estuvieron así unos minutos hasta que se calmó un poco.

—No te preocupes, todo va a salir bien —afirmó Jay.

—Eso dice siempre la gente en situaciones que no tienen solución —repuso—. ¿Qué voy a hacer ahora? Puedo seguir en Browning y terminar mi artículo, ofrecerlo a algún otro periódico. Pero si a nadie le interesa estaré perdiendo el tiempo investigando, además de gastar un dinero

que no tengo. David me dijo que me iban a cubrir todos los gastos, pero ahora la empresa no lo hará y solo con lo que he tenido que pagar de la factura del hotel ya tengo mi tarjeta de crédito al límite.

Se acercó al ventanal del salón y apoyó la frente en el cristal. Suspiró y aquel sonido le llegó a Jay a lo más hondo de su ser, no podía soportar que sufriera. Se acercó a por detrás y la abrazó, ella no lo rechazó y siguió con la cabeza apoyada en la ventana.

—No tienes que preocuparte por los gastos mientras estés en Browning, Laura. Te quedas aquí conmigo, tienes todo lo que puedas necesitar —la tranquilizó—. Si me das tú número de cuenta bancaria te haré llegar el dinero de la factura del hotel, así liberaremos tu tarjeta de crédito de ese cargo.

—¿Cómo has dicho?

Laura se giró de manera repentina y quedó frente a él. Su expresión era una mezcla de sorpresa y enfado.

—No puedes hacerte cargo de mis gastos, Jay. No es tu responsabilidad.

—Claro que puedo. A partir de ahora me ocuparé de ti, Laura.

—¿De qué estás hablando? Yo no soy parte de tu familia. No soy nada tuyo y no necesito que vengas a solucionarme los problemas —dijo enfurecida—. Al parecer es lo que haces con todos a tu alrededor, pero yo puedo apañármelas por mí misma. No hay nada que nos una y te obligue a hacerte responsable de mí.

Furiosa se alejó a grandes zancadas hasta llegar al otro extremo de la habitación. Jay se pasó la mano por el pelo, ofuscado. Las cosas iban a ser más complicadas de lo que había pensado, pero no tenía ninguna duda de lo que sentía por él. Lo había percibido cuando habían hecho el amor, estaban unidos por un lazo más fuerte que el de la familia y tendría que entenderlo en algún momento, aunque sabía que no se lo pondría fácil.

La miró y lentamente se acercó a ella.

—Laura, no puedes decirme que no has sentido lo mismo que yo cuando hemos hecho el amor. Ahora somos uno, nos pertenecemos y no voy a dejar que te pase nada. Cuidaré de ti y me haré cargo de tus problemas.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —manifestó ella—. No voy a negar que lo de antes ha sido... —vaciló un segundo—, increíble, y por supuesto que lo he disfrutado. Pero solo nos hemos acostado una vez, no tenemos una relación ni nada por el estilo.

—Ha sido mucho más que solo sexo. Nos hemos entregado el uno al otro y eso en mi raza significa forjar un lazo eterno —explicó mientras intentaba mantener la calma.

Jay entendía que aquello podía sonar extraño y estaba intentando explicarlo poco a poco. No creía conveniente soltar toda la información de golpe porque no quería asustarla.

—Esto es una locura. ¿Tú raza? ¿De qué demonios hablas? —Laura se masajeó las sienes—. Voy a ir a acostarme, creo que he tenido suficientes situaciones insólitas por un día. Buenas noches.

Se dio la vuelta y subió las escaleras. Jay la escuchó trastear en la habitación, se dejó caer en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo del mismo. Las cosas no habían ido como esperaba, pero sabía que sería difícil para Laura asimilar el resto de la verdad sobre él. Decidió no salir a explorar aquella noche, lo haría a la mañana siguiente. Apagó las luces, comprobó que puertas y ventanas estaban cerradas y subió a la planta de arriba. En silencio entró en la habitación principal y confirmó que ella ya estaba metida en la cama. Estuvo a punto de darse la vuelta y buscar otra habitación en la que dormir, pero no pudo. Su naturaleza no le permitía estar lejos de ella, era algo superior a sus fuerzas y además no quería luchar contra aquello.

Laura le pertenecía ahora, tendría que contarle el resto de cosas que había estado ocultándole y le daría el tiempo que necesitara para entenderlo.

Se acercó a la cama con sigilo, esperando que en algún momento ella se girara y le pidiera que se marchara. Pero no hubo ningún movimiento, así que se desnudó completamente para meterse en la cama. Justo antes de hacerlo recordó que el pantalón del pijama que había llevado la noche anterior estaba en el baúl que había a los pies de la cama, así que decidió ponérselo para que Laura se sintiera más cómoda. Quería ir despacio, pero se temía que las cosas se habían precipitado y ahora ya no le quedaba otra opción excepto contárselo todo de una sola vez y esperar que fuera capaz de asimilarlo.

Levantó el edredón y las mantas, y con lentitud se metió en la cama. Pegó su cuerpo al de Laura y una infinita paz se apoderó de él cuando su esencia inundó sus fosas nasales. Estaba en casa. Ella era su casa e iba a hacer todo lo posible para que Laura lo comprendiera y aceptara que se sentía igual que él. Con estos pensamientos en la cabeza se quedó dormido poco tiempo después.

La claridad de la mañana despertó a Laura de su plácido sueño. Había dormido toda la noche de un tirón, hasta pensaba que ni se había movido de la posición en la que se había acostado la noche anterior.

Había escuchado a Jay entrar en la habitación y poco después había sentido el colchón hundirse con sul peso al meterse en la cama. No había intentado siquiera decir algo, aunque estaba segura de que si ella se lo hubiera pedido, Jay habría dejado la cama para irse a otra habitación. Pero la realidad era que quería dormir con él, sentir su fuerte brazo encima de ella la reconfortaba como nunca nada ni nadie lo había hecho antes. No podía negarse a sí misma que Jay tenía razón: lo que había pasado entre ellos mientras habían hecho el amor era mucho más que un simple revolcón. Pero aquello no la libraba de sentir miedo.

Todas las palabras que él le había dicho la noche pasada habían sonado a primeras como una auténtica locura. ¿Qué era aquello de que ahora se pertenecían el uno al otro? ¡Solo se habían acostado una vez! Pero en la oscuridad de la noche y con Jay pegado a su espalda, lo que le había dicho se había tornado en algo real. Ya no le habían parecido barbaridades dichas por un hombre que, obviamente, no había tenido muchas relaciones en su vida. El calor que emanaba el cuerpo de él había hecho que reconsiderara sus palabras y no podía negar que había parte de verdad en ellas.

Jay no estaba en la cama, pero no le sorprendió. Se había dado cuenta que era un hombre que madrugaba, seguramente su trabajo con los caballos lo requería.

Se despertó en la cama y se levantó de un salto de esta. Fue al baño para asearse y una vez vestida se sintió lista para enfrentarse a Jay y a lo que esperaba que fuera un desayuno succulento. Al bajar por las escaleras le llegó un delicioso olor a tortitas y sonrió al confirmar así su idea de que el desayuno sería delicioso. Se encontró la mesa puesta una vez más y fue hacia la cocina.

—Buenos días —dijo ella en tono alegre.

Jay se volvió, llevaba un plato en una mano donde reposaban una buena cantidad de tortitas y una espumadera en la otra. La miró de arriba abajo y ella no pudo evitar sentir un estremecimiento al sentir cómo la recorría con la mirada.

—¿Tenemos tortitas para desayunar? —preguntó un tanto nerviosa ante el escrutinio de él.

—¿Has dormido bien?

—Sí, la verdad es que no me he despertado ni una sola vez.

—Bien —contestó él y se volvió hacia la cocina para girar otro par de tortitas.

«Al parecer, volvemos al Jay hosco del principio al que hay que sacarle las palabras con tenazas», pensó Laura. Se encogió de hombros y se sentó a la mesa a esperar que él sirviera el desayuno. Su taza ya había sido llenada, por lo que la cogió y sorbió de su café. Miró a través de la ventana que daba al porche delantero de la cabaña, había amanecido una mañana clara y no parecía que hubiera nubes en el cielo por lo que podía ver entre los altos pinos. La nieve se había derretido un poco, aunque no lo suficiente para que la vegetación volviera a asomar a nivel del suelo. Los inviernos allí arriba debían de ser bastante duros, aunque muy bonitos con tanta cantidad de nieve.

Al rato Jay salió de la cocina y se sentó a la mesa con ella. Le sirvió tortitas y le rellenó la taza con más café de la jarra de la cafetera eléctrica.

—Hay sirope de arce y de chocolate. He puesto los dos porque no sé cuál prefieres para las tortitas —indicó él señalando los dos botes que había en la mesa.

—Me apasiona el chocolate, pero para las tortitas prefiero el sirope de arce —explicó ella sonriente.

Jay la miró fijamente y poco a poco se dibujó una sonrisa en su rostro.

—Pensé que eras una chica solo de chocolate, pero veo que me equivocaba —dijo y se metió media tortita en la boca.

—Todo en su justa medida, Lunak —alegó ella mientras le guiñaba un ojo, lo cual hizo que él soltara una carcajada.

Laura sonrió. Parecía haber conseguido que él se relajara. Se imaginaba que el motivo por el que Jay hubiera amanecido tan tenso tenía que ver con lo que le había dicho la noche anterior, y por alguna razón ella no quería que se sintiera mal. Es verdad que la situación era... diferente, podría decirse, pero la culpa no era solo de Jay. Ella también había dado pie y permitido lo que había pasado entre ambos. De todas formas necesitaba pensar qué iba a hacer ahora con su vida, tenía un apartamento en Helena cuyo alquiler necesitaba seguir pagando y debía decidir si continuaba con aquel artículo o lo dejaba. Tanto si lo terminaba como si no una de sus prioridades era encontrar un trabajo nuevo.

—Voy a salir a inspeccionar la zona en cuanto termine de desayunar. Quiero asegurarme de que esos lobos no andan ya por aquí —expuso él.

—Ah, sí... Los lobos —musitó ella.

—Cuando vuelva, hablaremos Laura. Te prometo que una vez que te explique algunas cosas todo tendrá sentido para ti —le aseguró él.

Lo miró a los ojos y volvió a ver la sinceridad que Jay siempre desprendía al hablar. Por muy extraña que fuera la situación era innegable que para él no existían las mentiras. Podía confiar en que siempre le diría la verdad, tenía la absoluta certeza de que Jay siempre sería honesto con ella.

—De acuerdo, te esperaré aquí mirando ofertas de trabajo —dijo ella con una mueca.

—También hablaremos de eso, Laura.

Terminaron el desayuno y ella insistió en que él se fuera a inspeccionar la zona al estilo de los famosos exploradores Lewis y Clark porque ella se encargaría de recoger las cosas del desayuno. La mención a los míticos exploradores hizo reír a Jay, el cual accedió a que ella se hiciera cargo de recoger y fregar. Se despidió de ella con un beso en la mejilla y salió al exterior.

Laura se quedó allí plantada, junto a la mesa con sendos platos en las manos y sintiendo un cosquilleo en el lugar en el que la había besado antes de irse.

El ruido de un coche la sacó de la lectura en la que había estado inmersa en la última hora. Jay no había vuelto todavía y ella había encontrado un libro sobre la historia de los Blackfeet en uno de los cajones del armario de su habitación. Había decidido dejar la búsqueda de trabajo por el momento, no se sentía con ánimos para meterse en aquello. Todavía tenía que asimilar el hecho de que su jefe la había despedido después de tantos años por un cambio en la forma de publicación de su artículo, algo que además no tenía pies ni cabeza.

Se levantó del sofá y se asomó por la ventana que había junto a la mesa del salón. Vio que una camioneta roja se había detenido junto a la de Jay. Un hombre al que ella le calculó unos cincuenta años, se bajó del vehículo. Tenía el pelo gris en los laterales, lo llevaba corto y más largo por arriba. Era un individuo bastante alto, llevaba unos pantalones verdes con múltiples bolsillos y

tenía rasgos nativos. Se quedó mirándolo mientras este se quitaba las gafas de sol y observaba su entorno. Había algo en el porte de aquel hombre que no le gustaba. No sabía si era la forma en que inclinaba la barbilla hacia arriba como si estuviera acostumbrado a tener siempre la autoridad, o el estado de alerta en el que parecía estar.

Laura no se lo pensó. No sabía quién era, y tampoco podía estar segura de que fuera amigo de Jay. Fue a la entrada, abrió el armario de las armas y sacó la escopeta con la que había salido el día anterior. Metió dos cartuchos en la misma y le quitó el seguro. La dejó un momento apoyada en la puerta mientras iba a por un cárdigan que ponerse encima de la ropa que llevaba. Volvió a la entrada, cogió el arma y abrió la puerta. Dejando esta abierta de par en par salió al porche y apuntó al hombre, el cual seguía parado junto a su camioneta.

—¿Quién es usted? —gritó Laura.

El hombre se giró hacia la casa y miró en su dirección. Su rostro mostró sorpresa al ver que ella portaba un arma. Con una sonrisa torcida levantó las manos lentamente y las sostuvo en alto.

—Soy amigo de Jay, preciosa. No sabía que tenía una gata salvaje en su casa.

A Laura no le gustaron ni una pizca sus palabras ni el tono en que él las pronunció. Bajó las escaleras del porche y anduvo unos pasos para quedar más cerca de él.

—No le he dado permiso para que me llame “preciosa”. Repetiré mi pregunta: ¿Quién es usted?

El hombre la observó visiblemente impresionado. Bajó las manos y se las metió en los bolsillos del pantalón.

—Vaya, vaya... Sí que eres una pequeña fiera —alabó él mientras la recorría con la mirada con evidente apreciación—. Como te he dicho, soy amigo de Jay. Me llamo Wesley Blackeagle.

Durante un segundo Laura se quedó petrificada al escuchar el nombre que le había dado. Bajó la escopeta y contempló al hombre que tenía a pocos metros de ella. Era el padre de Nora, la chica que llevaba en su seno al hijo de Jimmy. Volvió a apuntarlo con la escopeta y dijo:

—Jay no está, así que será mejor que vuelva en otro momento.

—Puedes tutearme, preciosa. Me gustaría saber más de quién ha decidido apuntarme con un arma sin conocerme de nada, ¿qué tal si me dices cómo te llamas? Veo que tu bonita cara ha tenido algún mal encuentro contra el puño de alguien, ¿me equivoco?

—Laura Colter y el estado de mi cara no es asunto suyo. Ahora que ya ha saciado su curiosidad, puede marcharse —le espetó ella.

El hombre hizo caso omiso a sus palabras y dio varios pasos en dirección hacia ella.

—¿Qué hace? Quédese donde está, no se acerque. La escopeta está cargada —le advirtió Laura.

—Solo quiero verte más de cerca, me intrigas desde el otro día. Tienes agallas y eso es difícil de encontrar fuera de nuestra raza —apuntó él con un encogimiento de hombros.

—No sé de qué habla, pero le pido por última vez que se marche.

Sin apenas darse cuenta de lo que estaba pasando, el hombre se acercó a ella con rapidez y en un hábil movimiento le quitó la escopeta y Laura se encontró con el arma que había estado sosteniendo segundos antes apuntándole a la cara. El miedo la invadió, no conocía a aquel hombre de nada y por las pocas referencias que tenía de él en el asunto de Jimmy, no confiaba en que no fuera a hacerle daño. Había algo en Wesley Blackeagle que era malo, podía sentirlo en su interior.

—¿Qu-qué está haciendo? —tartamudeó ella.

—Defendiéndome, por supuesto —declaró él—. E intentar hacerte entender que un arma no supone una amenaza contra mí.

—¿Qué es lo que quiere?

—Como te he dicho, buscaba a Jay, pero como no está, me gustaría que nos conociéramos mejor. Podemos empezar porque tú me tutees y yo suelto el arma, ¿qué te parece?

Laura no pudo hacer nada excepto asentir. Sentía miedo, quería retirarse de aquel hombre que estaba demasiado cerca y le ponía la piel de gallina. Pero temía que si salía corriendo no conseguiría cerrar la puerta a tiempo antes de que él la alcanzara.

El hombre asintió también y, tal y como había dicho, tiró el arma a varios metros de donde se encontraban ellos. La escopeta cayó sobre la nieve blanda que había a los lados del camino de entrada a la cabaña. Laura sopesó ir a por ella pero él pareció leerle el pensamiento.

—Yo que tú no lo intentarías. Puedo asegurarte que soy mucho más rápido que tú —la avisó y añadió—: Ahora, ¿por dónde íbamos?

Levantó una mano y cogió un mechón de pelo de Laura, lo acarició entre los dedos y se lo llevó a la nariz inhalando con fuerza.

—Bueno, por lo que veo he llegado tarde. Jay me ha tomado la delantera y ya te ha reclamado —afirmó el hombre.

Laura iba a replicar, pero no tuvo tiempo. Algo enorme y oscuro se cruzó entre ambos haciendo que ella cayera al suelo. Se golpeó el codo izquierdo con el suelo y un calambre le recorrió el brazo. Se incorporó y vio que tenía justo delante, dándole la espalda a ella, un enorme lobo negro.

Wesley se levantaba en ese momento con rapidez y se posicionaba frente al lobo en actitud de ataque con los puños cerrados. El animal le gruñía y por lo que Laura pudo ver le enseñaba los colmillos al hombre.

—Pensé que no iba a poder hablar contigo hoy, pero, sin duda, has hecho una entrada triunfal, Jay.

Laura miró al hombre para después mirar al animal salvaje que tenía a un par de metros de sus piernas. Retrocedió arrastrándose por el suelo con la ayuda de las manos, aterrada ante la visión de aquel enorme lobo que estaba tan cerca de ella. El animal gruñó con más fuerza y dio un paso hacia Wesley, el hombre abandonó la postura de pelea que había adoptado y levantó las manos en alto.

—Está bien, no es el momento de hablar, lo entiendo. Me voy, pero tenemos una conversación pendiente así que llámame cuando te sientas más... tú mismo.

Wesley se dio la vuelta, llegó a su camioneta y arrancó dejando una estela de polvo tras él. El lobo dejó de gruñir y pareció perder parte de la tensión que emanaba de él. Se volvió hacia Laura, y el animal se acercó a ella, olisqueó el aire y la miró a la cara. Laura se encontró perdida en una profunda mirada gris que le resultaba muy familiar.

Un segundo estaba observando los ojos de un animal salvaje, y al siguiente tenía delante de ella a Jay, completamente desnudo y que la miraba con los mismos ojos del lobo.

Jay se acercó a ella despacio. La mirada aterrorizada que Laura le dirigía era suficiente para hacer que un enorme dolor le atravesara el corazón. Nada estaba saliendo como él había planeado, pero ahora tenía que adaptarse a la situación.

—Laura, mírame. Soy yo, Jay.

Ella retrocedió en el suelo, donde todavía se encontraba sentada. Miró a ambos lados como para asegurarse de que el peligro había pasado.

—El lobo esta-estaba justo aquí y... —Se interrumpió a sí misma y tragó saliva—. ¿Por qué estas desnudo?

Se agachó justo delante de ella y le acarició el rostro. Le apartó varios mechones de pelo que tenía en la cara y la obligó a mirarlo a él.

—Laura, yo soy el lobo —confirmó Jay.

—Tú-tú...

Le rehuía la mirada, estaba pálida y temblaba como una hoja. Se puso en pie y cogiéndola de las manos, la instó a incorporarse, cuando la tuvo completamente erguida le pasó un brazo por detrás de las rodillas y la cogió en peso. Cargó con ella hacia la cabaña, entró y cerró la puerta tras ellos.

Laura no estaba segura de qué era lo que ocurría. Jay la depositó en el sofá, le dijo que volvería en un momento y lo vio subir a la planta de arriba. Un minuto después apareció de nuevo por las escaleras completamente vestido. Ella seguía temblando, intentando entender qué era lo que había pasado delante de sus ojos.

Jay se sentó junto a ella en el sofá y comenzó a hablar.

—Sé que debería haberte explicado esto hace tiempo, desde la primera vez que te besé, porque entonces ya sabía lo que estaba pasando entre nosotros. —Hizo una pausa, se pasó la mano por el pelo y después continuó—: La verdad es que tenía miedo de que salieras corriendo de Browning y ni siquiera el querer triunfar con tu artículo periodístico te hiciera quedarte, así que lo demoré y al final se ha torcido todo —admitió él con expresión triste.

»Soy un licántropo, lo que muchos llamarían un hombre lobo. Es algo que se traspasa de padres a hijos a nivel genético y afecta tanto a hombres como a mujeres. Tenemos la habilidad de convertirnos en lobos en cualquier momento, y a nivel físico tenemos algunas capacidades mejoradas. Quizá recordarás lo que te comenté una vez sobre mi temperatura corporal, por ejemplo. También tenemos el sentido del olfato muy desarrollado.

Hizo una pausa y miró a Laura, pero ella no supo qué decir. ¿Licántropos? ¿Lobos? Empezó a sentir que un pequeño dolor de cabeza se instalaba poco a poco en ella. Se llevó una mano a la frente en un intento de asimilar las palabras de él.

—¿Me estás diciendo que te conviertes en lobo cuando quieres? ¿Cómo en las películas?

—Sé que suena a ciencia ficción, pero es así. Los licántropos han existido desde el principio de los tiempos, desde que los primeros humanos empezaron a poblar la Tierra. Podría mostrártelo ahora mismo, pero creo que has tenido suficiente sobresaltos por hoy —sugirió él.

—Yo... Es que no sé qué decir, Jay. Todo suena demasiado fantástico.

—En mi familia son todos como yo. Casi todas las reservas nativoamericanas tienen una familia de licántropos, al parecer, según cuentan las leyendas, los primeros pobladores de este continente tenían un enemigo ancestral, una bestia enorme que caminaba a dos patas. ¿Te suena el bigfoot? —Laura asintió anodada y Jay continuó su relato—: Nuestras historias narran cómo estas bestias masacraban a nuestro pueblo a lo largo del continente y en algún momento, el Chamán de una tribu conjuró a los lobos para que nos ayudaran —explicó él y Laura no pudo evitar meterse en la historia e ir imaginando cada parte que él narraba.

»El lobo siempre ha sido amigo de los indios nativos, había un acuerdo tácito entre ambas especies de respetarse y no hacerse daño, por lo tanto cuando los indios necesitaron ayuda recurrieron a estos animales. Mediante un hechizo del Chamán de una tribu Cheyenne, el lobo y el hombre se convirtieron en uno solo y surgieron los licántropos. Desde ese momento los nativos tuvieron un arma muy poderosa puesto que, el hombre al transformarse en lobo, aumentaba su tamaño y su fuerza. Así se convertía en una especie superior, con la inteligencia del hombre y la fuerza física del lobo. Superaba en todos los aspectos a los lobos comunes y así podía enfrentarse a esas bestias sedientas de sangre.

—Es fascinante. Cuéntame más —pidió Laura.

—Aunque no es seguro, las leyendas indican que fue una tribu Cheyenne la que realizó el hechizo por primera vez, y luego fue transmitido al resto de tribus nativoamericanas que habitaban el continente. Se elegía a un hombre en cada tribu, el más fuerte y que había demostrado una mayor destreza en la lucha. Pero también se tenían en cuenta su linaje, su facilidad de adaptación y aprendizaje, así como su inteligencia. Se efectuaba el rito y a partir de ese momento pasaba a ser un hombre lobo. Transmitiría a su descendencia esa capacidad, para que siempre hubiera en todas las tribus una familia, una manada de licántropos, que pudiera defender al resto del ataque de las bestias.

—La familia a la que fuiste a visitar en Canadá, ¿son... como tú? —preguntó ella.

—Sí, y también la de Wesley Blackeagle —reveló Jay—. Los de nuestra especie conocemos a todas las familias que son como nosotros que existen en América. Es cuestión de supervivencia. Si algo le pasa a uno de los nuestros, los demás tienen que saberlo.

Laura se quedó pensativa durante unos minutos y agradeció que Jay respetara su silencio. Aquella historia era asombrosa, imaginaba que las leyendas indias llevaban siglos pasando de padres a hijos, pero jamás hubiera imaginado que algo así existía.

Observó a Jay desde otra perspectiva. Era difícil imaginar que el lobo negro que había tenido hacía un rato delante de sus ojos fuera él.

—¡Eras tú! —gritó mientras lo señalaba con el dedo.

Él pareció entenderlo, porque asintió.

—Eras el lobo que vi en el bosque en mi primer día aquí —susurró Laura, en parte asustada.

—Sí, no quería asustarte, pero te olí y ya no pude abandonar tu rastro. Quería saber quién era el portador de una esencia tan embriagadora —contestó él con un encogimiento de hombros.

—¿Mi esencia?

—Sí, cada persona tiene una. Supongo que habrás estado alguna vez con alguien que olía muy bien.

—Bueno, si te refieres a citas y esas cosas... —Se sintió cohibida—. La verdad es que no he salido con muchos hombres y con la mayoría de ellos no pasé de la primera cita.

Aquello pareció gustarle a Jay que asintió con una sonrisa satisfecha.

—Es la esencia personal de cada uno, así conseguimos identificar a las personas, tanto cuando

tenemos forma humana como cuando somos lobos. La tuya es deliciosa, y ahora entiendo por qué me atrae tanto. Estábamos predestinados.

—¿Cómo? Creo que ahora sí que me he perdido.

Se levantó de un salto del sofá y se acercó a la ventana. El paisaje, como siempre, la dejó sin habla. Ahora entendía por qué le habían parecido aquellos parajes tan mágicos desde el principio. Era porque allí había criaturas que no eran de este mundo, el bosque guardaba muchos secretos y uno de ellos estaba sentado en el sofá de aquella cabaña. Se giró y confirmó que él la miraba con fijeza.

—La verdad es que no sé qué decir. Todo suena demasiado... irreal —expuso ella—. Ni siquiera tengo claro que te estés burlando de mí, pero lo que he visto fuera no me lo he imaginado. Es simplemente que estas cosas salen en las películas y en la literatura paranormal. Es fantasía, no es parte de la vida real.

—Lo entiendo y se me ocurre algo para ayudarte con todo esto.

—¿El qué?

—Te llevaré con Rebecca. Quizá ella pueda explicarte algunas cosas de manera más clara. Ya sabes que lo mío no es la conversación y soy un tanto antisocial.

Aquella admisión por parte de Jay le arrancó una carcajada. Sí, quizá estaba loco, porque, ¿qué persona en su sano juicio creería todo aquello? Pero de una cosa podía estar segura, Jay siempre era sincero y ese rasgo de él le atraía más de lo que le gustaba admitir.

Fueron directamente hasta la casa de Jay, puesto que Rebecca le confirmó por teléfono que estaba allí con los caballos. Al bajarse de la camioneta, Laura vio que estaba cepillando uno de los animales que se encontraba dentro de la cerca. Era un precioso ejemplar masculino, negro como la noche, y no pudo evitar que otro animal de pelaje también negro se le viniera a la mente.

Se acercaron hasta la valla de madera que hacía de cercado para los caballos. La chica la miró y frunció el ceño.

—Por la cara que trae Laura, deduzco que algo grave ha pasado —manifestó Rebecca.

—Se lo he contado y... —Jay titubeó un instante antes de añadir—: Y me ha visto transformarme.

Rebecca dejó de cepillar al animal y con la boca abierta pasó la mirada de uno a otro.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, lo sé, Becca. No soy un chiquillo que acaba de sufrir el Gran Cambio —replicó molesto—. Es Laura quien necesita un poco de ayuda para asimilarlo todo.

Rebecca dejó el cepillo en el suelo, le dio una suave palmada en el cuarto trasero al caballo y este se alejó trotando. Salió del cercado y fue hacia ellos, pero no se dirigió a Jay cuando habló.

—¿Cómo te encuentras, Laura? —preguntó con preocupación.

—Pues bien, supongo —contestó ella.

La otra chica la miró con gesto inquisitivo y ella soltó el aire que no sabía que había estado reteniendo.

—En realidad estoy esperando que en algún momento Jay o tú me digáis que todo esto es una broma, y que todo el tema de ser un lobo se lo haya inventado él para burlarse de mí.

Había un leve tono de súplica en su voz, pero le dio igual. Lo que Jay le había contado no podía ser real, con seguridad se había imaginado la presencia de aquel lobo cuando Wesley Blackeagle había ido a visitarlos a la cabaña. Pero entonces, ¿cómo se explicaba que Jay hubiera aparecido delante de ella completamente desnudo? Sentía ganas de huir, el mundo se estaba derrumbando delante de sus ojos y no podía hacer nada por evitarlo.

Se había quedado sin trabajo, por lo que el fin para el que había ido hasta Browning ya no existía. Debía volver a Helena y buscar un empleo, necesitaba el dinero antes de que su casero la echara del apartamento en el que vivía. Sin embargo, la opción de marcharse no parecía asentarse en su interior por completo. Había algo que la impulsaba a quedarse allí y mucho se temía que Jay era lo que la estaba atando a aquel lugar. Pero lo que le había desvelado hacía un rato en su cabaña no tenía pies ni cabeza. Estaba asustada y se sentía confusa.

—Siento decirte esto, Laura, pero Jay no se ha inventado nada.

—Oh, Dios... ¿Todo lo que me ha contado sobre esas leyendas es cierto? Pero eso es imposible... Porque él era... Y después se convirtió en...

No conseguía que le salieran las palabras, se sentía sobrepasada por todo aquello. Sintió cómo unos brazos la rodeaban y la abrazaban con fuerza.

—Laura, es comprensible que te parezca todo extraño e irreal —dijo ella en voz baja—. Si te parece bien vamos a ir a tomarnos un café y hablaremos con tranquilidad. Solas, tú y yo, ¿de acuerdo?

Ella no pudo más que asentir y dejarse guiar por Rebecca hasta el coche de esta. Se sentó en el

asiento del acompañante y dejó que la prima de Jay la llevara a donde quisiera. A Laura en esos momentos le daba igual el lugar, solo necesitaba alejarse de Jay durante un rato. O quizá para siempre. En esos momentos cualquier opción le parecía buena. «Ojalá todo lo que ha pasado esta mañana fuera un sueño», pensó. Sin embargo, en su interior sentía que lo vivido había sido tan real como las casas que veía a través de la ventanilla del coche o como la nieve que se acumulaba en los laterales de la carretera.

Rebecca condujo su ranchera en silencio hasta que llegaron a un café que, según pudo ver Laura, quedaba justo al lado del hotel donde se había estado alojando. Se había mantenido en silencio durante el tiempo que había durado el trayecto, apenas unos minutos.

Se bajaron del coche y la otra chica le indicó que la siguiera.

—Acabo de darme cuenta de la hora que es, ¿has almorzado?

Por respuesta, Laura negó con la cabeza.

—Bien, en este sitio ponen unos sándwiches estupendos. Te recomiendo el Club, es delicioso. ¿Tienes hambre?

—Sí, creo que podría comer algo.

—Estupendo, entremos —dijo Rebecca con una sonrisa.

Laura sabía que la prima de Jay estaba intentando mostrarse amable y cercana, y ella se lo agradecía inmensamente.

Entraron en la cafetería y se sentaron en una mesa junto a la ventana. Un camarero vino y les tomó nota después de saludar a Rebecca y preguntarle por sus hijos. En aquel pueblo parecía conocerse todo el mundo, pero Laura supuso que era algo lógico en un sitio tan pequeño. Le costaba, a veces, deshacerse de su mentalidad de chica de ciudad y eso teniendo en cuenta que ella era de Helena, una ciudad que no llegaba a los cuarenta mil habitantes. Intentó imaginarse lo que sería vivir en ciudades como Nueva York, Los Ángeles, Seattle o Chicago. No sabía si le encantaría o no conseguiría hacerse a ello, pero ahora que había perdido el trabajo y la oportunidad de triunfar con un brillante artículo se había desvanecido dudaba mucho que alguna vez llegara a vivir en alguna de esas increíbles metrópolis.

Las dos se mantuvieron en silencio los minutos que el camarero tardó en traer sus platos. El olor de la comida despertó su estómago y Laura se lanzó a por su bocadillo. Rebecca tenía razón, era magnífico y absolutamente delicioso.

—Imagino que tendrás muchas preguntas, así que dispara —soltó la otra chica de repente. Laura desvió la mirada de su comida a Rebecca.

—Todavía estoy intentando asimilar que todo lo que he visto y me ha contado Jay es cierto, así que no sé ni por dónde empezar —confesó ella.

—Sí, supongo que para alguien de fuera todo esto pueda parecer inverosímil —meditó Rebecca—. Quizá debería contarte cómo funcionan las relaciones dentro de nuestra manada.

—Manada —repitió ella con lentitud separando las sílabas.

—Sí, eso somos. Supongo que ya habrás adivinado que Jay es nuestro Alfa.

—¿Vuestro qué? —preguntó extrañada.

—En las manadas de lobos siempre hay un Alfa, el jefe de la misma, y es a quien todos los demás obedecen. Entre los animales suele ser el más fuerte y grande de tamaño, se asume que será capaz de proteger al resto. Entre nosotros es algo hereditario que se retrotrae hasta los orígenes que Jay te habrá mencionado de nuestras leyendas. El Alfa suele ser siempre el mayor entre los

hermanos y siempre es un hombre —explicó Rebecca con una mueca de disgusto—. Si el Alfa muere, el siguiente en edad se convierte en el nuevo líder de la manada. Jay lo es porque nuestros padres, que eran cinco hermanos incluyendo a Martha, murieron. Bueno, el tío Roy vive, pero está en silla de ruedas por un problema de salud y era obvio para nuestro clan que no podía tomar el mando de la manada. Entre nosotros, los primos, Jay es el mayor, así que el puesto recayó en él.

—Suenan un poco como los linajes aristocráticos europeos —comentó ella.

—Supongo que es algo parecido.

—Ahora entiendo cosas que le he escuchado a Jay. Y también ese tono autoritario que usa constantemente como esperando que todo el mundo obedezca sus órdenes sin rechistar —reflexionó Laura.

—Es que, dentro de nuestra familia, todos debemos hacer lo que él diga. Es la ley no escrita de los licántropos, nos ayuda a sobrevivir y a que las manadas no acaben rotas y dispersas. Imagino que sabrás que los lobos siempre actúan en grupo, en nuestro caso es igual. Incluso yo, que soy su Beta, tengo que acatar todo lo que Jay disponga, me guste o no.

—¿Su qué?

—Beta. Soy la Beta de la manada, la segunda al mando.

Laura dio otro bocado a su sándwich y meditó las palabras de Rebecca. Aunque pareciera inconcebible que los hombres lobo existieran, todo parecía indicar que eran reales. Ella misma lo había comprobado esa mañana cuando había visto cómo un enorme lobo negro se transformaba, en cuestión de segundos, en Jay. Era difícil no creer lo que Rebecca le estaba contando cuando había sido testigo de ello.

Terminaron de comer y la otra chica pagó la cuenta. Laura hizo el intento de dejar dinero en la mesa, pero Rebecca se lo impidió diciendo que ahora eran familia y tenían que ayudarse mutuamente.

—¿Cómo es eso de que somos familia? —preguntó Laura cuando salían de la cafetería.

—Bueno, Jay y tú estáis juntos. Ahora eres su hembra Alfa.

—Yo... Yo no soy como vosotros —alegó ella.

—Lo sé, pero eres la compañera de mi primo y eso te posiciona a la cabeza de la manada.

—A ver... Creo que no te estoy entendiendo, Rebecca. Jay y yo no somos pareja.

La otra chica se detuvo y se volvió para mirarla de frente. La seriedad en su semblante asustó a Laura.

—Te ha reclamado, Laura. Ahora sois compañeros para el resto de vuestras vidas. Cualquiera de nuestra especie puede oler en ti que le perteneces, igual que podemos saber que él te pertenece a ti.

—Creo que no entiendo lo que me estás diciendo.

—Os habéis entregado el uno al otro. Habéis declarado pertenecer al otro, y casi apostarí que él te ha mordido, aunque de forma leve. Estáis emparejados, Laura —explicó Rebecca.

—Emparejados —repitió ella de forma mecánica.

—Sí, y aunque intentes negarlo o alejarte de él, no lo conseguirás. La unión que habéis forjado Jay y tú es más fuerte que cualquier otro sentimiento —continuó explicando Rebecca—. Aunque no seas como nosotros, ese lazo que habéis formado los dos te afecta e influye igual que a él. Es como funciona desde siempre. Según lo que cuentan nuestras leyendas, se hizo de esta forma en el conjuro original porque había que asegurar que la especie continuaría, y eso no hubiera sido posible si los licántropos no podían aparearse con humanos corrientes. Así que cuando la unión se formaliza, tanto el lobo como el humano están atados de por vida.

—Suenan como una obligación, una imposición —se quejó ella.

—No es así. Porque tú lo sentirás igual que él y no querrás estar en ningún otro sitio, excepto a su lado.

Con esa última frase, que a Laura le sonó más a una sentencia, se montaron en el coche de Rebecca, la cual puso rumbo de vuelta a la casa de Jay. ¿En qué se había metido? Solo había venido a Browning a cubrir una noticia y escribir un buen artículo que la catapultara a la fama y diera un empujón a su carrera.

No solo había sido atacada por unos desconocidos, sino que había descubierto que unos seres sobrenaturales, que solo habían existido en la literatura y el género de fantasía hasta ese momento, eran reales y tan auténticos como el sol que iluminaba la Tierra cada día. Y al parecer, lo más desconcertante de todo era que se había unido a uno de esos seres de una forma que no lograba comprender con exactitud, pero que según le había explicado Rebecca, guiaría su vida a partir de ahora.

Se frotó las sienes con ambas manos, algo que solía hacer cuando las ideas y los pensamientos se le acumulaban en la mente y la confusión la embargaba. Necesitaba pensar qué iba a hacer con su vida, quedarse en aquel pueblo no había entrado nunca en sus planes.

Daba igual lo que hubiera pasado entre Jay y ella, o lo que Rebecca hubiera dicho. Su lugar no estaba allí. Se marcharía y volvería a Helena.

Jay las recibió en la puerta de la casa. Había terminado de limpiar los establos, según dijo, por lo que Rebecca tendría menos trabajo que hacer. Miró a Laura y detectó de inmediato la confusión en ella. Quizá hablar con su prima le hubiera aclarado algunas cosas, pero sin duda llevaría un tiempo hasta que comprendiera la situación en la que se encontraba y el cambio que había dado su vida.

Le dio las gracias a su prima y llevó a Laura hasta su coche. Arrancó y condujo de vuelta a la cabaña. Ella no habló en el tiempo que duró el trayecto, y para cuando llegaron a la montaña, Jay estaba bastante preocupado. Sentía que había algo que Laura quería decirle, pero que, por algún motivo, no se atrevía a expresar en voz alta.

Su vida había cambiado al conocerla, y después de que se hubieran entregado y emparejado, Jay no podría de ningún modo vivir lejos de Laura. Era algo que se había instaurado dentro de él y su naturaleza nunca le permitiría llevar vidas separadas. El anhelo que sentía por aquella mujer le aceleraba el corazón, y la simple visión de su rostro le cortaba la respiración. Jamás se había sentido así antes, aterrado y, al mismo tiempo, más vivo que nunca.

Llegaron a la cabaña y al bajarse del coche ella le dijo que iba a dar un paseo por el bosque.

—No quiero que vayas sola, te acompañaré —anunció él.

—Jay, no necesito que vengas conmigo. Necesito estar sola.

—Es peligroso, Laura. Los lobos no son los únicos animales salvajes que poblan estas montañas.

—Lo sé, y entiendo tu preocupación —dijo ella depositando una mano en el pecho de él—. No me alejaré mucho de la casa, te lo prometo. Pero necesito pensar y si estoy contigo no puedo hacerlo.

Jay miró la mano que descansaba en su pecho, puso la suya encima y la apretó con suavidad.

—De acuerdo —concedió a regañadientes—, pero si ves u oyes algo, llámame.

Ella asintió y se giró para marcharse, pero antes de hacerlo se volvió hacia él y lo besó en la mejilla. A continuación, se alejó y desapareció por el lateral de la casa.

La nieve se había derretido bastante en los últimos dos días. Laura pensó que, quizá, aquella tormenta había sido una rareza para la época en la que estaban, incluso allí arriba. Anduvo un poco, admirando la belleza de los árboles, escuchando los sonidos que la rodeaban y disfrutando los olores salvajes que llegaban hasta ella. El paisaje era hermoso y perfecto en su imperfección, porque no todos los árboles tenían la misma altura ni los arbustos el mismo color. La naturaleza sabía conferirse a sí misma una diversidad que la embellecía. «Los humanos también somos imperfectos», se dijo. No pudo evitar que sus pensamientos se desviaran hacia Jay, podría considerarlo también como perfecto imperfecto, si es que su capacidad para transformarse en lobo se podía describir como imperfección.

Las palabras de Rebecca habían calado en ella más de lo que le había dejado ver. En cuanto la chica había descrito lo que supuestamente se había formado entre Jay y ella, Laura no había tenido ninguna duda de que era eso lo que sentía. Desde que habían hecho el amor no había podido

desprenderse de un sentimiento de necesidad que surgía de su interior. Todos sus sentidos la empujaban a acercarse, tocarlo y unir su cuerpo al de él. Aquello la había trastornado profundamente, aunque no había tenido ni tiempo para analizarlo por todo lo que había ocurrido. Pero la explicación de Rebecca había hecho que todo lo que experimentaba encajara, piezas dispersas de un puzzle que al ser colocadas en su lugar correcto habían convertido la imagen en algo con sentido.

Escuchó un ruido y supo al instante que era Jay. Se volvió hacia atrás, pero no lo vio. Ese chico sabía camuflarse bien.

—Jay, sé que estás ahí. Así que sal y deja de asustarme —le reprendió en voz alta.

Unos segundos después vio su silueta emerger a su derecha. Tenía una expresión culpable y llevaba las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—Lo siento, no quería asustarte. Solo estaba preocupado porque estuvieras sola en el bosque —se excusó él.

—¿Qué voy a hacer contigo? Jay, soy una mujer independiente. He pasado la mayor parte de mi vida sola y no estoy acostumbrada a tener a alguien pegado a mis talones. Tienes que respetar mi espacio.

—Y lo respeto. Solo vigilo que no te pase nada, no iba a interrumpir tu paseo ni nada por el estilo —se defendió él.

—Ya veo —repuso ella poniendo los ojos en blanco.

—Me alejaré de nuevo para que puedas seguir.

Jay comenzó a retirarse de ella.

—Rebecca me ha explicado algunas cosas sobre nuestra supuesta relación —dijo ella y él se giró rápidamente para mirarla a la cara.

»Más o menos he entendido todo lo que me ha contado, pero se equivoca con lo que hay entre nosotros. Jay, no voy a quedarme en Browning. Tengo una vida en Helena, tengo que volver y buscar un trabajo. En mis planes no entraba mudarme a un diminuto pueblo dentro de una reserva india. No voy a mentir y decir que no hay nada entre nosotros, pero esa unión especial de la que me ha hablado tu prima no existe. Me siento atraída por ti, pero no somos... —titubeó antes de seguir—: No somos una pareja como las de tu... Tu raza. ¿Lo entiendes, verdad?

Jay sacó las manos de los bolsillos y lentamente se acercó a ella. Laura contuvo la respiración, solo los separaban unos centímetros y podía ver cómo los ojos de él se habían vuelto muy grises. Él levantó los brazos y acunó su cara entre sus manos, con mucha delicadeza la besó. Fue un beso suave, fugaz, un simple roce de labios, pero la descarga eléctrica que ella sintió y que le recorrió todo el cuerpo no dejaba lugar a dudas de lo equivocadas que estaban las palabras que acababa de decirle.

—Lo has sentido, ¿verdad? —preguntó él cuando despegó sus labios de los de ella.

Laura asintió sin desviar la vista. La mirada de él la mantenía encadenada a sus ojos y sentía cómo su piel vibraba en el lugar de su rostro donde los dedos de Jay la tocaban.

—No puedes huir de esto, Laura. Nos guste o no, lo que ha surgido entre nosotros va a estar aquí siempre y para mí ya no es una opción estar separados.

Pegó sus labios a los de Laura y esta vez la besó con avidez, presionando y abriéndose camino en la boca de ella con su lengua. Laura gimió y le echó los brazos al cuello, sintió que las piernas se le debilitaban cuando él profundizó el beso. Sus lenguas se tocaron, empujaron y acariciaron con frenesí. Jay la alzó en brazos y respirando con dificultad dijo:

—Es hora de que estrenemos esa enorme cama.

Caminó con ella en brazos hasta la cabaña, Laura no podía apartar los ojos de él. Su rostro era

viril, y cuando se relajaba, su atractivo se intensificaba hasta la estratosfera. Llegaron a la habitación principal sin que ella apenas se diera cuenta, solo fue consciente de dónde se encontraban cuando él la depositó con mucho cuidado en la cama.

—Eres preciosa, Laura, pero me gustas más sin ropa.

Vio cómo Jay se quitaba lo sudadera que llevaba puesta. No llevaba nada debajo de la misma y la visión de su torso desnudo la dejó sin habla. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida, aquello que había estado intentando contener desde el momento en que habían hecho el amor ahora se desataba ante la mirada de deseo que él le dedicaba.

Se tumbó en la cama y poco a poco fue desnudándola. Le quitó la ropa con enorme ternura y con la misma suavidad la besó por todo el cuerpo, con lentitud y recreándose en ella. Laura sintió cada uno de los besos que él depositó por su piel, y con cada pasada de la lengua de Jay el deseo se acrecentó hasta un punto en el que temió que se consumiría si no liberaba toda la energía que se había acumulado entre sus piernas. Sentía la necesidad de tocarlo, echó mano a los pantalones que llevaba y con toda la rapidez de la que fue capaz, se los desabrochó. Se incorporó un poco y de un empujón lo tumbó en la cama, tiró de los pantalones y se los sacó por las piernas junto con los calcetines, después hizo lo mismo con la ropa interior y Jay quedó expuesto ante ella como si de un dios griego se tratara.

Su corazón pareció detenerse durante unos segundos, jamás se había sentido así con nadie. Lo besó como nunca había besado a un hombre antes, la mezcla de pasión y devoción que emanaba de él hacía casi imposible que Laura no sintiera nacer en su interior un sentimiento mucho más potente que el simple afecto.

Jay la agarró por las caderas y la colocó sobre su miembro, despacio se fue introduciendo en ella hasta que ambos estuvieron unidos completamente.

—Es hora de que cabalgues a tu lobo —dijo él.

Sonó como una mezcla entre orden y petición, y aquello hizo sonreír a Laura. Con las manos en el pecho de él comenzó a hacer lo que él le había pedido, sintiéndose plena y al mismo tiempo poderosa, porque el hombre bajo ella la miraba como si no existiera nada más en el mundo. Siguió moviéndose hasta que sintió que el éxtasis se acercaba y sus movimientos se volvieron erráticos, sentía que perdía fuerzas, pero él la aferró con más firmeza y la mantuvo piel con piel al mismo tiempo que él también embestía hacia arriba.

—Jay —susurró.

El orgasmo explotó en su interior y se extendió por todo su cuerpo, no hubo un resquicio a dónde no llegaran los destellos del mismo. Jay se movió durante unos segundos más y ella sintió cómo él se derramaba en su interior y gemía. Fue un sonido muy parecido al de la otra vez, ahora Laura sabía con certeza de que se trataba de un aullido y sonrió. Se desplomó sobre el cuerpo de él y con la sonrisa en los labios se quedó dormida.

Durante los siguientes días, Jay y Laura no abandonaron las montañas. Él le mostró los alrededores, le habló de la vegetación y la fauna que habitaba allí, y también le mostró el funcionamiento eléctrico de la cabaña ya que ella seguía dudando de que la electricidad llegara allí arriba.

Jay también le explicó que el agua provenía de acuíferos subterráneos, los cuales abundaban en gran cantidad en aquella cadena montañosa. El agua era limpia y fresca, pero él había decidido, hacía años, instalar un sistema propio de filtración para asegurarse de que podía ser ingerida. Todo aquello sorprendió bastante a Laura, la cual siempre se había imaginado que vivir en las montañas era un poco como aquellos programas que había en el canal Discovery y que mostraban a familias que habitaban Alaska totalmente aislados de la civilización, sin luz, agua ni ninguna comodidad del siglo XXI.

En varias ocasiones Laura intentó sacar el tema de su estancia en Browning y su necesidad de volver a la ciudad. En cada una de ellas Jay acabó haciéndole el amor de tal forma que conseguía borrar cualquier pensamiento coherente que pudiera tener durante horas. Sabía lo que él intentaba hacer y de alguna forma empezaba a entender que lo que había entre ellos era mucho más que simple sexo. No sabía si, cuando llegara el momento, iba a poder dejarlo atrás, pero la parte de su mente que todavía conservaba la cordura y maneja la ambición no dejaba de repetirle que ella aspiraba a mucho más que a vivir en un pueblo perdido de una reserva india.

Rebecca, la cual le insistió a Laura que la llamara Becca, pasó por allí un par de veces para ver cómo estaba. Le conmovía la preocupación que la prima de Jay mostraba por ella. La segunda vez que subió a verla, se sentaron en el porche delantero a tomar un café y aprovechando que se habían quedado solas, puesto que Jay había bajado al pueblo para comprobar cómo seguían sus caballos, Laura decidió sacar el tema de su marcha.

—Creo que es momento de que vuelva a mi vida, Becca. El motivo por el que vine a Browning ya no existe. No tengo trabajo ni dinero, tengo que hacer algo con mi vida —confesó ella.

Rebecca se volvió hacia ella con semblante serio.

—No puedes irte, Laura. Le destrozarás el corazón a Jay y a ti misma.

—Es que me siento perdida. Es como si hubiera retrocedido a mi niñez y a lo que sentí cuando mis padres murieron. Me quedé sola y no sabía qué iba a ser de mí —explicó compungida—. Ahora me siento igual, me he quedado sin mi trabajo, al cual dedicaba mi vida y no tengo ni idea de qué paso dar a continuación.

Expresar aquello en voz alta hizo que, de alguna manera, se sintiera mejor. Miró a la chica que tenía sentada a su lado y la reconfortó encontrar comprensión en su mirada.

—Laura, no estás sola. Ahora eres parte de nuestra familia. Tú lugar está aquí con Jay, entiendo que todavía no hayas acabado de procesar lo que somos y con seguridad te sentirás desbordada, pero si le das un poco más de tiempo todo empezará a encajar y lo verás de otra forma.

—Pero si me quedo en Browning, ¿qué es lo que voy a hacer? Llevo trabajando toda mi vida para conseguir lo que quería, no puedo estar mano sobre mano ni ser la esposa florero de nadie —expuso ella.

—Bueno, las cosas son bastante difíciles en una reserva india. Quizá, cuando estés preparada, yo podría ayudarte a encontrar tu lugar aquí —le sugirió Rebecca.

—No creo que mi lugar esté aquí. Esto no es con lo que he soñado toda mi vida. Yo... Siempre he querido más, la vida me ha quitado muchas cosas a lo largo de los años. Necesito llegar a ser alguien, es lo que me ha ayudado a seguir adelante. Tener planes y una meta en la vida me dio la fuerza suficiente para no hundirme.

—Los planes pueden cambiarse en cualquier momento, Laura —señaló Rebecca—. No permitas que el pasado te impida formar un futuro.

Varios días después de haber tenido la conversación con Rebecca, cuando se cumplían dos semanas desde que Laura había llegado a Browning, decidió que tenía que hablar con Jay. Independientemente de lo que decidiera hacer en relación con ellos dos, necesitaba volver a Helena y poner en orden sus asuntos. Además tenía que poner distancia entre ellos para poder analizar lo que le pasaba y decidir sobre su futuro. Sus sentimientos hacia Jay no dejaban de crecer y no podía evitar sentir miedo. Se conocían desde hacía muy poco tiempo, necesitaba espacio y pensar un poco en todo aquello. Ni siquiera había seguido trabajando en su artículo porque no sabía si a alguien le podría interesar. Por un lado pensaba que podría presentarlo como muestra de su talento y que decidieran publicarlo. Pero otra parte dudaba de que aquello fuera a ocurrir, se había instalado en ella una inseguridad que era totalmente nueva y necesitaba recuperar su fuerza interior para tomar decisiones.

—Jay, necesito hablar contigo —le soltó en cuanto este entró en la casa.

El hombre había estado fuera cortando leña y llevaba una camiseta de manga corta que se le pegaba al cuerpo por el sudor. Laura intentó ignorar la visión de Jay en aquel estado. La verdad era que daba igual cómo se presentara, siempre conseguía acelerarle el pulso con solo mirarlo.

—¿Es urgente? —preguntó él—. Porque ahora mismo me gustaría ducharme. Quizá puedas acompañarme en la ducha —sugirió él levantando una ceja en actitud provocativa.

Laura intentó ignorar la punzada de deseo que la traspasó y se asentó en su vientre. Necesitaba hablar con él y no podía permitir que la distrajera una vez más.

—Es importante, Jay —aseguró ella y decidió soltarlo antes de que alguna de las maniobras de él los llevara por otros derroteros—: Tengo que volver a Helena. No puedo demorarlo más. He pagado el mes de octubre de alquiler, pero si no encuentro un trabajo no podré hacerme cargo del mes siguiente y mi casero me echará a la calle.

La expresión pícaro de Jay desapareció al instante y se acercó a ella en dos zancadas.

—¿Quieres irte? —preguntó inquisitivamente.

—Yo.. —titubeó—. Mi vida está en la ciudad, Jay. No puedo quedarme aquí. Mi plan no fue nunca mudarme a este pueblo.

—No puedes ignorar lo que pasa entre nosotros.

—Lo sé, lo he intentado, pero es imposible. Pero a pesar de ello, tengo que volver a mi vida.

Jay la observó con atención durante lo que parecieron unos segundos eternos. Laura iba a hablar de nuevo, pero él se le adelantó.

—Si es lo que quieres, no puedo retenerte contra tu voluntad.

—Me alegra que lo entiendas.

—Pero me gustaría pedirte algo antes de que te vayas.

—¿Qu-qué es lo que quieres? —tartamudeó ella.

—Necesito averiguar quién mató a Jimmy y quiero que me ayudes. No confío en nadie más en este pueblo —admitió él—, excepto quizá en Becca. Pero todavía no le he comentado nada sobre

todo esto.

Lo miró y sintió que aquello era importante para él. No podía negarse, si él la necesitaba, lo ayudaría.

—De acuerdo. Al fin y al cabo, ese es el motivo que me trajo a Browning. Yo también quiero saber qué le pasó a tu primo.

—Así tendrás tu gran noticia y si te decides a volver a Helena, podrás publicarla dónde y cómo quieras.

Se dio la vuelta y subió las escaleras. Laura escuchó la puerta del baño principal cerrarse y se dejó caer en el sofá. Las últimas palabras de Jay desprendían un dolor innegable, pero no podía hacer nada sobre eso. Lo ayudaría a descubrir quién estaba detrás de la muerte de Jimmy Lunak y después volvería a Helena e intentaría rehacer su vida.

Al día siguiente, Jay le comunicó a Laura que irían a hablar con Wesley Blackeagle. Tenían una conversación pendiente y era el siguiente paso a seguir, según le explicó. Por el camino Jay le contó que su intención era volver con Nora puesto que ella era ahora parte de la familia de los Lunak.

—Pero Jimmy y ella no se llegaron a casar, ¿verdad?

—Eso da igual. Entre nuestra raza nos emparentamos de otra forma —expuso él mirándola con fijeza.

Laura apartó la mirada y observó el exterior a través de la ventanilla. Aunque no había vuelto a nevar, las temperaturas habían continuado en descenso progresivo. Los últimos tres días Jay había encendido la chimenea al caer la tarde y ambos se habían acurrucado ante ella después de cenar. La sensación de hogar la había invadido cada vez y se había alojado en su interior de manera permanente. No sabía cómo sacar de su corazón lo que sentía estando en esa casa con Jay.

—Nora está de acuerdo en venir a Browning. Es Wesley el que, casi con total seguridad, pondrá pegos y creará el conflicto. Por eso era importante que vinieras. —La voz de él devolvió al presente y procesó sus últimas palabras.

—¿Yo soy necesaria en el tema de Nora?

—Sí. A todos los efectos eres la hembra Alfa de mi manada, tienes casi el mismo poder que yo dentro de nuestra especie. Se supone que todos tienen que respetarte, aunque pertenezcan a manadas diferentes.

—Soy una hembra Alfa —repitió ella anodada.

—Sí, aunque sea de manera temporal, lo eres. Y vamos a usarlo en nuestro beneficio —afirmó él.

—¿Tengo que comportarme de manera especial? —preguntó Laura.

Jay la miró y sonrió con una mueca divertida.

—Con que te comportes como tú misma servirá. Créeme, hay mucho de Alfa en ti. Lo había incluso antes de que nosotros... Antes de que uniéramos nuestros caminos.

La explicación de Jay no fue demasiado clara y Laura se pasó el resto del camino dándole vueltas a lo que había dicho. ¿Cómo se comportaba una hembra Alfa de un clan de hombres lobo? La pregunta en sí era surrealista y sonaba a película de terror de serie B. Por enésima vez, desde que había descubierto la verdad sobre Jay y su familia, se preguntó cómo había terminado involucrada con una manada de licántropos.

Tal y como Jay esperaba, la recepción por parte de Wes fue de todo menos acogedora. Llamó a la puerta, el hombre estaba en casa como le había asegurado por teléfono. Abrió y les dijo que pasaran, pero no los invitó a sentarse. Jay pensó que el Alfa seguramente había pensado que aquella sería una visita corta y se equivocaba.

—Me alegro de que, al fin, podamos vernos en forma humana —saludó el hombre.

—Recuerdas a Laura, ¿verdad? —preguntó Jay ignorando el sarcasmo en la voz del otro hombre.

—Por supuesto, tiene garras tu hembra. Es una pena que la haya conocido tarde. Hubiera sido una buena incorporación a mi manada.

Un leve gruñido escapó de la garganta de Jay y se puso delante de Laura cubriéndola parcialmente. Ella era suya, ni ese viejo lobo ni ningún otro hombre iba a arrebatársela. Durante unos segundos la sorpresa lo invadió por ese sentimiento tan irracional que había nacido de su interior, pero comprendió que así eran las cosas para él en relación con Laura, así que lo dejó fluir hacia Wes, el cual pareció entenderlo y dio un paso atrás.

—Tranquilo, no pienso meterme con tu hembra —dijo el hombre con las manos en alto.

—Yo no soy de nadie y puedo defenderme sola —dijo Laura, la cual apartó a Jay con un leve empujón y se puso a su altura—. Le agradecería que dejara de hacer comentarios como si yo no estuviera presente —le espetó a Wes y añadió volviéndose hacia Jay—: ¿Podemos centrarnos en lo que hemos venido a hacer?

Una amplia sonrisa se dibujó en la cara de él y sintió cómo su pecho se llenaba del orgullo que la actitud de Laura le provocaba. Sí, aquella era su compañera, una Alfa de los pies a la cabeza.

—¿Está Nora? —preguntó él.

—Sí, está en su habitación. No nos molestará —contestó el otro hombre.

—Dile que salga, se viene con nosotros.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, Wes. Nora es ahora una Lunak, sabes lo que nuestras reglas dicen al respecto. Lleva el hijo de Jimmy en su seno, es parte de nuestra familia.

—De eso nada, Jay. Te has equivocado si piensas que puedes venir aquí y llevarte a mi hija. ¡Ella no es nada vuestro! —gritó el viejo lobo, pero sus palabras no causaron ningún efecto en Jay.

—Laura, busca en qué habitación está Nora y ayúdala a hacer la maleta —le indicó.

—Por supuesto.

Jay volvió a sentir el mismo orgullo de antes. Laura lo había obedecido sin rechistar y no había titubeado ni un segundo sobre la tarea que él le había encomendado. La chica desapareció dentro de una habitación después de llamar a la puerta.

—No pienso permitirte que te lleves a mi hija —amenazó el hombre.

—Si no estás de acuerdo con ello, llamaremos al resto de tu manada y expondremos la situación. Tienen que saber que su Alfa no es capaz de respetar nuestras leyes ancestrales y, supongo, actuar en consecuencia —expuso Jay.

El hombre pareció venirse abajo y con los hombros hundidos se sentó en un sillón.

—Si te la llevas, me quedaré solo.

—Es ley de vida, Wes —alegó él—. Quizá ahora te arrepientas de haber matado a mi primo.

El hombre se levantó del sillón como un resorte y le apuntó con el dedo.

—¡Yo no he matado a nadie!

—El cuerpo de Jimmy estaba desnudo y tenía heridas de garras. Se enfrentó a otro lobo y este lo mató. Sé que trabajaba para ti, mi suposición es que no quiso continuar con tu trapicheo de drogas y que lo silenciaste para siempre. Así no podría contarle a nadie que traficas con metanfetamina ni se llevaría a Nora a vivir con él —apuntó Jay.

Se escuchó un sollozo del pasillo, ambos hombres se volvieron al mismo tiempo para ver cómo Laura sujetaba a Nora con un brazo y arrastraba una maleta de ruedas con el otro. Gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de la muchacha.

—¿T-tú lo mataste? —balbuceó la joven.

—¡Por supuesto que no! —gritó Wes.

—¡Oh, Dios! Cómo has podido...

—Te digo que yo no lo maté, Nora. Solo quise darle un escarmiento —murmuró el hombre.

—Cuéntame qué pasó, Wes. Es lo justo, se lo debes a tu hija —le recriminó Jay.

El hombre se dejó caer de nuevo en el sillón y se cubrió los ojos con un brazo. Durante un minuto nadie habló, Laura llevó a Nora hasta el sofá y la depositó con cuidado en él, sentándose a su lado. Jay se lo agradeció con la mirada.

—Jimmy era mi mula. Me traía la droga desde Canadá, a través de las montañas, en forma de lobo. Podía cruzar la frontera sin ser detectado, incluso aunque llevara puesto un arnés con alforjas, nadie se hubiera fijado en un lobo corriendo entre la vegetación del bosque —explicó el hombre—. Llevaba seis meses haciéndolo, pero lo obligué a trabajar para mí si quería seguir viendo a Nora. Yo ya estoy mayor, después de cada viaje necesitaba un par de días para recuperarme.

—Siento decirte que el negocio se te ha fastidiado. Hablé con los Kainai hace una semana y y tu laboratorio de metanfetamina ha sido desmantelado —le comunicó Jay.

El hombre se llevó las manos a la cara, cuando habló de nuevo sonó derrotado.

—Me metí en ello porque había perdido mi trabajo y necesitaba mantener mi estatus dentro de la manada. No podía vivir del auxilio social de la reserva, aquello me hubiera dejado en muy mala posición ante el resto de lobos. Pero yo no maté a Jimmy, solo quise dejarle claro que renunciar a trabajar para mí no era una opción. Cuando se fue de mi casa, a los pocos minutos decidí seguirlo. Cogí mi coche, lo alcancé y conseguí que parara en un lateral de la carretera. No estábamos lejos del monte Two Medicine, aunque en aquel momento yo no sabía exactamente dónde nos encontrábamos —hizo una pausa, perdido en sus pensamientos.

»Cuando se bajó del coche lo insulté, y lo provoqué. Conseguí que nos adentráramos en el bosque porque quería enfrentarme a él como lobo. Peleamos, empujamos y rodamos hasta que llegamos junto al risco. Le di una paliza, aunque yo también me llevé mi parte. Ese lobo tenía agallas, se enfrentó a mí como si yo no fuera un Alfa —dijo con admiración.

Jay asintió en silencio. Sabía que el hombre todavía no había terminado de contar su historia.

—Yo no lo maté. No hubiera supuesto ningún beneficio para mí haberlo hecho, lo necesitaba para que siguiera transportando la droga. Lo dejé herido en aquella montaña y lo siguiente que supe de él fue que había muerto.

Nora sollozaba en silencio abrazada por Laura, la cual le dedicó una mirada de desprecio a Wes. Hizo amago de hablar, pero Jay la silenció negando con la cabeza.

—Lo siento, hija. Lo siento mucho. Cuando me entregó la droga aquel día aquí en casa y me dijo que lo dejaba decidí seguirlo y darle una lección. Quizá si no lo hubiera hecho...

—No podemos volver al pasado, Wes. Tendrás que vivir con tu culpa como el resto de nosotros vivimos con las nuestras —declaró él y se puso en pie.

Le tendió la mano a Nora, esta la cogió y se levantó del sofá seguida de cerca por Laura. Los tres se dirigieron a la puerta, Jay abrió y las dos mujeres salieron. Antes de salir él, se volvió hacia Wes.

—Tendrás que hablar con tu manada y aceptar las consecuencias de tus actos. Has violado la confianza que todos los miembros de tu familia habían depositado en ti. Quizá sea buen momento de que dejes que otro Alfa se haga cargo de todo —le sugirió, para después abandonar la vivienda.

En el coche, Laura había acomodado a Nora en el asiento trasero y metido las pertenencias de la muchacha en el maletero. Jay subió al coche y en silencio emprendió el camino de vuelta hacia Browning, sintiéndose triste por Wes, pero contento por haber conseguido información y haber

sacado de allí a Nora.

Sintió la mano de Laura sobre la suya. Cuando sus miradas se cruzaron, un amor indescriptible lo embargó. Haría todo lo posible para que ella no se marchara. No existía otra opción para él, porque sin ella su vida ya no tenía sentido.

El abrazo entre Nora y Martha conmovió a Laura, que no pudo evitar que un par de lágrimas escaparan de sus ojos. Las dos mujeres estaban unidas por el amor que ambas le habían profesado a Jimmy, y el bebé que venía de camino terminaría de cerrar el círculo que se había formado entre ellas.

—¿Estarán bien? —preguntó cuando ya iban de vuelta a la cabaña en la camioneta de Jay.

—Sí, Martha cuidará de ella y cuando nazca el bebé le encontraremos un trabajo a Nora, para que pueda integrarse completamente en la comunidad —explicó él.

—Creo que es lo más bonito que he visto hacer a alguien por otra persona.

—¿El qué? ¿Buscarle un trabajo?

—No, Jay. Le has dado a Nora un verdadero hogar —expuso con sencillez.

Vio que él se removía incómodo en el asiento del coche y no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios.

—Eres un buen hombre, Jay.

—Solo he seguido las normas de los clanes, es lo que tenía que hacer.

—Te equivocas —aseguró ella—. Después de saber lo que Wesley Blackeagle le hizo a Jimmy y a la propia Nora, me ha quedado claro que no todos los Alfas se comportan con el mismo sentido de la responsabilidad hacia los miembros de su manada.

—Mi padre me enseñó que siempre había que hacer lo correcto.

—Estoy segura de que también fue un buen hombre.

Jay la miró y asintió, Laura no pudo evitar inclinarse hacia él y depositar un suave beso en su mejilla. Sabía que le iba a costar mucho volver a Helena y alejarse de él, pero tenía que retornar a la normalidad de alguna manera. Necesitaba darle un sentido a su vida, hacer planes y marcarse nuevos objetivos. Solo lo conseguiría si se iba de Browning y olvidaba todo lo que le había ocurrido allí.

Hicieron el resto del camino en silencio. Laura agradeció, por una vez, que Jay fuera hombre de pocas palabras. Su mente seguía navegando entre ideas, quizá podría crear un blog y dedicarse a escribir en él, pero sabía que le llevaría tiempo conseguir ingresos a través de este medio. Otra opción era preparar un curriculum deslumbrante y enviarlo a otros periódicos de Helena, aunque estaba convencida de que no iba a conseguir un trabajo en ningún medio escrito. Helena no era una ciudad tan grande, y cualquier publicación lo primero que haría al recibir su solicitud de empleo sería contactar con su antiguo jefe. No creía que David fuera a dar buenas referencias de ella después de que se hubiera negado a escribir lo que el periódico le había pedido.

Llegaron a la cabaña, bajó del vehículo y con estos pensamientos anduvo hasta la puerta de la vivienda. Entonces se volvió y comprobó que Jay se había quedado quieto junto al coche. Tenía el ceño fruncido e irradiaba tensión por cada poro de su piel. Volvió sobre sus pasos y se acercó a él.

—¿Qué pasa?

Miró hacia ambos lados del camino de entrada y no vio nada extraño. Observó la casa y

tampoco notó nada diferente.

—Jay, por Dios, ¿qué es lo que ocurre?

—Alguien ha estado aquí —dijo con voz grave—, puedo olerlo.

Laura dio un paso hacia atrás de manera instintiva. Jay empezó a moverse de manera sigilosa, primero fue hasta el principio del camino que unía la casa con la carretera y después volvió sobre sus pasos, se acercó a la cabaña con lentitud y recorrió el porche delantero. Abrió la puerta y entró en la vivienda. Laura no se atrevió a moverse de donde estaba, sin dejar de mirar nerviosa para todas partes. El bosque era tan espeso que cualquiera podría estar escondido cerca sin que fuera detectado.

Jay tardó lo que a ella le pareció una eternidad en salir y fue a su encuentro.

—Ha entrado en la casa, aunque la cerradura no está forzada. Ha estado rebuscando en los cajones y armarios, aunque ha intentado dejarlo todo tal y como estaba. Quédate en el porche, voy a rodear la casa, quiero saber si ha estado en la parte de atrás —dijo antes de perderse por la esquina de la cabaña.

Laura no se lo pensó dos veces y a paso rápido subió los peldaños del porche y se quedó allí, junto a la puerta a esperar que él volviera. A los pocos minutos Jay regresó, la expresión de su rostro se había tornado enfurecida y sus ojos se habían vuelto de un gris claro. Comprendió que su lobo estaba a punto de salir a la superficie, esperó sentir miedo ante aquello, pero no sucedió y Laura se sorprendió de lo pronto que parecía haber asimilado la naturaleza de Jay.

—El rastro se dirige hacia el bosque y como no hay huellas de neumáticos en la entrada, supongo que dejó el coche en algún punto y vino andando desde allí —elucubró Jay.

—¿Pero quién ha podido ser? ¿Y qué es lo que buscaba en la casa? —preguntó asustada.

—Leo Whitenose.

—¿Quién?

—Es él quien ha estado aquí, conozco su olor. Es uno de los ayudantes del Jefe Weasel.

—¡Un policía! —exclamó Laura en voz demasiado alta.

—Sí, es uno de los que te atacó detrás del museo aquella noche. Se lo conté a Charlie, pero Leo tenía una coartada y yo no podía demostrarle cómo sabía que había estado allí. Lo olí, igual que he hecho ahora —expuso iracundo.

Laura se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo. ¿Uno de sus atacantes había estado en su casa? Se quedó pasmada ante el hecho de que mentalmente se hubiese referido a la cabaña de Jay como su casa. ¿Desde cuándo había empezado a considerar aquel sitio como su hogar? Desechó aquellos pensamientos por el momento y se centró en lo importante. Jay mantenía los puños cerrados y los apretaba con fuerza.

—Tenemos que ir a la policía, hablar con ellos y que detengan a ese hombre.

—No tenemos nada, Laura —dijo, ofuscado—. Tengo que encontrar alguna prueba de que Leo ha estado aquí. Voy a salir, seguiré su rastro y averiguaré cómo ha llegado a la cabaña.

—¿Vas a irte ahora?

—Estarás bien, no va a volver de momento, porque no ha encontrado lo que buscaba. Cierra con llave y no le abras a nadie. Y cuando digo “nadie”, me refiero a cualquier persona que pueda venir. Incluso si es Becca, no le abras.

—¿No estarás desconfiando de Rebecca, verdad? —preguntó Laura escandalizada. Si había alguien en quien se podía confiar, esa era sin duda la prima de Jay.

—Por supuesto que no. Pero nunca se sabe en qué situación puede encontrarse una persona en un momento determinado que la lleve a cometer alguna locura. Becca tiene hijos, y el asunto en el que andamos metidos mueve mucho dinero, Laura.

La cogió por la cintura y la apretó contra su cuerpo mientras la besaba con tanto ardor que el cuerpo de Laura se encendió al momento. Antes de que pudiera responder de alguna manera, Jay la soltó y salió corriendo hacia la parte posterior de la casa. Laura miró hacia abajo y vio que él le había dejado las llaves del coche en la mano sin ella darse cuenta.

Hizo amago de abrir la puerta de la cabaña con el juego de llaves que Jay le había dado cuando se la llevó allá arriba después del ataque que sufrió junto al hotel, pero una idea cruzó por su mente. Ayudaría a Jay en la medida de sus posibilidades. Quizá si el jefe de policía no le hacía caso a él, sí la escucharía a ella. Se dio la vuelta y se montó en la camioneta, arrancó y puso rumbo a Browning.

Empezó a dudar sobre su idea cuando estaba a unos diez minutos del pueblo. ¿Qué iba a decirle al jefe de policía? En realidad, no tenía pruebas de ningún tipo con las que demostrar que su ayudante estaba involucrado. Ella ni siquiera le había visto la cara cuando la habían atacado, pero no dudaba ni por un momento de que Jay estaba en lo cierto. Confiaba en sus habilidades, ahora necesitaba confiar en las suyas propias para exponerle al jefe Weasel que tenía que investigar a aquel hombre.

Se aferró al volante y se dirigió a la comisaría de policía. Por fortuna la encontró abierta, aparcó y con paso firme entró en el establecimiento. La recibió el mismo agente que estaba en la recepción el primer día, cuando había llegado a Browning con la esperanza de escribir un gran artículo.

—Buenas tardes, me gustaría hablar con el jefe de policía Weasel, por favor —pidió con una sonrisa y añadió en el último momento—: Soy Laura Colter.

El hombre la miró, soltó el libro que tenía entre las manos y que había estado leyendo.

—El jefe está muy ocupado, ¿puedo ayudarla yo? —preguntó con hastío.

—Gracias, pero necesito hablar con él.

—No creo que pueda atenderla hoy, quizá deba concertar una cita para otro día.

Aquello terminó con la paciencia de Laura. Por su trabajo, estaba acostumbrada a la ineptitud de los funcionarios con los que había tenido que tratar cuando trabajaba en el Helena Chronicles y sabía que, en la mayoría de los casos, el problema radicaba en el aburrimiento acumulado que esas personas llevaban a cuestas debido a las funciones que desempeñaban... o que no desempeñaban, porque la mayoría de ellos apenas tenía nada que hacer. Se acostumbraban a estar mano sobre mano y cuando les surgía alguna tarea su primer impulso era negarse a realizarla.

—Disculpe si he venido a interrumpir su atareada tarde —dijo con sarcasmo mirando de forma descarada el libro que reposaba sobre el escritorio del agente—, pero como agentes de la ley están aquí para ayudar a los ciudadanos, incluso a aquellos que solo están de paso. Así que agradecería que levantara el culo de esa silla y fuera a buscar al jefe Weasel, porque tengo que hablar con él un asunto urgente.

El rostro del hombre se había puesto del color de la grana, apretando los labios se levanto de un salto y la señaló con un dedo, claramente enfadado.

—¿Quién se ha creído usted que es? Soy un agente de policía, no voy a permitir que me hable de esa manera...

—Quentin, ya basta. —Lo cortó una profunda voz proveniente de la puerta que daba al pasillo de la comisaría.

Laura se volvió hacia la voz y comprobó que era el propio jefe Charles Weasel el que había hablado. Sonrió y le habló.

—Hola jefe Weasel, me alegra saber que podrá atenderme. —Sin darle tiempo al policía a replicar, se encaminó hacia el pasillo y le dijo—: Si es tan amable de indicarme cuál es su despacho...

El jefe de policía resopló, le hizo un gesto al otro agente para que se calmara y pasó por delante de ella hasta llegar a un despacho al fondo al que entró. Laura lo siguió sin decir una palabra. Weasel le indicó una silla enfrente de él y ella tomó asiento.

—Señorita Colter, empieza a ser usted una pequeña molestia. Pensé que a estas alturas ya habría abandonado Browning.

—Bueno, si hubiera terminado mi artículo me habría marchado, por supuesto. Pero continuo investigando la muerte de Jimmy, he descubierto algunas cosas interesantes y he pensado que era momento de preguntarle si usted tenía noticias.

—Ha descubierto cosas con la ayuda de Jay.

—Sí, Jay Lunak y yo tenemos el mismo interés en averiguar qué es lo que realmente le sucedió a su primo.

—Jay y usted... Han desarrollado una profunda amistad en las últimas dos semanas —señaló el agente.

—La relación que nos pueda unir al señor Lunak y a mí es irrelevante para el tema que nos ocupa, jefe Weasel —lo cortó ella de manera tajante.

—Señorita Colter, no ha habido ningún avance en la investigación de la muerte de Jimmy Lunak, simplemente porque no hay nada que investigar.

—¿Por qué se niega a hacerlo? No entiendo cómo usted, jefe de policía de la localidad más importante en la reserva de los Blackfeet, puede desentenderse de algo así. Es como... —Laura se detuvo unos segundos, pensativa y una idea reveladora se le formó en la mente de repente—. Es como si hubiera algo personal entre usted y Jay. ¿Han tenido algún problema en el pasado? ¿Alguna discusión? ¿Jay quebrantó la ley de alguna manera?

—¡Basta! Deje de lanzar hipótesis al aire como si de un dado de casino se tratara —le espetó él y se reclinó en su enorme silla.

—Jefe Weasel, yo no quiero crear problemas. Pero hay algo que le impide a usted investigar una muerte que claramente no ha sido un accidente —explicó Laura en un tono de voz más suave que el que había estado usando—. Se ve que es un buen policía. Haga lo correcto.

Las palabras de ella parecieron hacer mella en el agente. Dejó caer las manos en la mesa y hundió los hombros. Miró a través de la ventana que había a su derecha y pareció perderse en sus pensamientos.

—Yo conocí a la madre de Jay, ¿sabe? Ella no era de aquí, no era india. Vino a trabajar como profesora en la escuela de primaria, en aquel entonces teníamos muchos niños y nos faltaban profesores. La reserva no tenía suficientes personas tituladas entre sus miembros, así que tuvimos que reclutar a gente de fuera —contó el hombre mientras seguía mirando al exterior.

»Megan era la mujer más guapa que yo había visto en mi vida. En aquel entonces yo era un simple ayudante de policía, llevaba un año en el trabajo y soñaba con dejar la reserva algún día y vivir en alguna otra parte del país. Todos los nativos soñamos con dejar las reservas en algún momento de nuestras vidas. Aquí no se vive bien, en ninguna reserva en realidad, aunque a algunas les va mejor que a otras.

Se hizo el silencio, Laura escuchaba atentamente y no se atrevió a decir nada por no interrumpir al agente. Sabía que la historia era importante, por lo menos para el policía y por eso se la estaba contando. Un minuto después, Weasel reanudó su relato.

—Me enamoré como un tonto. Como solo alguien con veinte años puede hacer. Ella era unos años mayor que yo, pero no pareció importarle. Empezamos a salir y yo me sentía como el hombre más afortunado del planeta, hasta que Leonard Lunak se cruzó en su camino y ella cayó rendida a sus pies —declaró con despecho.

—Lo siento. Imagino que debió ser duro para usted —musitó ella.

—Lo fue. Un día quedamos y me dijo que se había enamorado de otra persona y que no podía seguir conmigo. Dijo que lo sentía y que esperaba que encontrara a alguien que me hiciera feliz.

Allí terminó todo. —La tristeza envolvía ahora las palabras del jefe de policía y Laura lo sintió por el hombre. Era patente que no había superado que aquella mujer le rompiera el corazón.

»Cada vez que veo a Jay pienso que él debería haber sido mi hijo. Lo he visto crecer y para mí hubiera sido más fácil si se hubiera convertido en un delincuente, en alguien sin oficio ni beneficio. Pero la realidad es que Jay es un gran hombre. Tiene un negocio que le va bien, se preocupa de su familia y ayuda todo lo que puede a la comunidad. Nadie lo ha escuchado quejarse jamás de vivir en la reserva, seguramente es el único Blackfeet al que nunca se le ha cruzado por la cabeza marcharse de aquí. Todo ello lo convierte en un hombre respetable y digno de admirar. Pero yo no puedo evitar ver a su madre cada vez que hablo con él, hay mucho de ella en Jay.

Se hizo el silencio de nuevo. Laura comprendió que el hombre que tenía sentado frente a ella llevaba acarreado en su corazón un dolor inmenso desde hacía décadas. Lo había endurecido hasta el punto de convertirlo en una persona amargada y sin esperanza, en alguien cuya alma se había oscurecido por el rencor de no haber sido correspondido en el amor.

Laura se levantó de la silla y el jefe Weasel pareció salir de su ensimismamiento.

—Siento, de corazón, por todo lo que ha tenido que pasar y no creo que nada de lo que pueda decirle le ayudará a superarlo. Le agradezco que me lo haya contado, es una buena persona y como tal, sé que hará todo lo posible por investigar el caso de Jimmy —manifestó Laura—. Como consejo, hable con su ayudante, Leo Whitenose. Le guste o no, está involucrado en el asunto.

Salió del despacho sin mirar atrás. La historia del jefe de policía la había afectado más de lo que quería admitir. Mientras escuchaba al hombre hablar de la madre de Jay en aquellos términos, se había imaginado a ella misma en Helena, volviendo a su vida. Un dolor intenso le había atravesado el pecho al imaginarse alejada de él. Su historia con Jay se le había ido de las manos, se había refugiado en él e incluso cuando su naturaleza real había sido desvelada ante sus ojos, ella no había salido corriendo. Sino que se había acercado más a él.

Con un suspiro abandonó la comisaría sin despedirse del agente de la recepción. No le quedaban energías para enfrentarse a más hostilidad. Se montó en el coche y arrancó, miró a la comisaría un instante y en ese momento su móvil sonó. Con un poco de dificultad lo sacó del bolsillo trasero de sus pantalones, miró la pantalla pero no reconoció el número de teléfono.

—¿Diga?

—¿Laura? Soy Nora. Nora Blackeagle, espero no molestarte con mi llamada.

La suave voz de la muchacha se filtró a través del teléfono y sorprendió a Laura. Era, con seguridad, la última persona de la que esperaba una llamada.

—No, por supuesto que no. ¿Estás bien? —Recordó entonces que ahora vivía con la tía de Jay —. Y Martha, ¿está bien?

—Sí, estamos bien. Es que verás, nos ha surgido un pequeño... Problema, y hemos pensado que tú podrías ayudarnos —explicó la joven.

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema?

—Preferiría que vinieras y así te lo contamos en persona. Si te viene bien.

—Sí, claro. ¿Es buen momento ahora?

—Cuanto antes vengas, mejor.

—Vale, tardo cinco minutos.

Colgó y miró, pensativa, el teléfono. Había algo raro en aquella llamada. No recordaba haberle dado a Nora ni a Martha su número, pero no era eso lo que la inquietaba. A pesar de que había tratado de camuflarlo, había captado el tono de urgencia en la voz de la chica y había activado sus alarmas. Pensó en llamar a Jay, pero seguramente él no habría regresado a la cabaña todavía. Así que arrancó y se puso en camino. Si Nora o Martha necesitaban ayuda, ella haría lo que estuviera en su mano.

Llegó a la casa de Martha y se bajó del coche. Su sexto sentido no dejaba de enviarle señales de alarma y se sentía nerviosa, aunque no tenía ni idea de porqué tenía esa sensación de intranquilidad.

Avanzó hasta la casa, llamó y pocos segundos después una Nora con el rostro demudado le abrió la puerta. La saludó escuetamente y la hizo pasar. Al entrar vio que Martha estaba sentada en el sofá y lloraba en silencio mientras retorció un pañuelo de tela entre sus manos.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Estáis bien? He venido...

Sintió cómo algo se le clavaba en la espalda al mismo tiempo que una voz masculina le habló:

—No te muevas. Dame tu móvil y no hagas ningún movimiento raro.

—Pero...

—Cállate y obedece. El móvil.

Se sacó el móvil del bolsillo y lo alzó en una mano. Otra, enguantada, se lo quitó sin miramientos.

—Ahora sentaos todas en el sofá. Vamos a charlar un rato.

Obedeció a lo que le indicaba la voz, le tendió la mano a Nora y la atrajo hacia ella. La chica no lloraba, pero se abrazaba a su prominente barriga con el rostro desencajado. Le indicó a la muchacha que se sentara junto a Martha y ella se dejó caer en la otra esquina del sofá. Entonces fijó la mirada en la persona que había hablado y no lo reconoció, aunque la voz sí que le era familiar.

El hombre era alto y de constitución delgada. Tenía unos marcados rasgos indios y llevaba el

pelo corto, en un peinado que le recordó al jefe Weasel, y su cerebro hizo el resto. Aquel hombre era Leo Whitenose.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar un rato contigo. Tienes algo que me pertenece.

—Repetiré la pregunta: ¿qué es lo que quieres? —insistió ella.

—Aquí el que manda soy yo. Que te quede claro. Y soy yo el que hace las preguntas. La escopeta está cargada, así que más te vale no acabar con mi paciencia —amenazó él.

Laura lo miró intentando mantener la calma. Estaba nervioso, sudaba profusamente por la frente, y el pulso le temblaba al sostener el arma. No dejaba de pasear la mirada por la casa, centrándose en las ventanas y la puerta principal. Aquel tipo era peligroso, lo había visto en detenciones de la policía de las que había sido testigo por su trabajo en el *Helena Chronicle*. La mirada del hombre mostraba desesperación, necesidad y urgencia.

Miró a las dos mujeres que tenía junto a ella y supo que no podría contar con ninguna de ellas. Necesitaba llamar a Jay, pero si este seguía recorriendo el bosque en forma de lobo no conseguiría localizarlo. Su única opción era apoderarse del teléfono y llamar al jefe de policía. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

—De acuerdo, dime qué es lo que quieres y te lo daré —ofreció ella.

—Tienes un paquete que me pertenece. El último que Jimmy trajo desde Canadá. No está en esta casa, por lo tanto tiene que haberlo dejado en la cabaña de la montaña —expuso él—. He estado en ella, pero no lo he encontrado. Lo habéis escondido Jay y tú, dime dónde está y todos saldremos bien de esta.

Laura no estaba segura de que la última frase que Leo había dicho fuera a cumplirse. Si le daba la droga, ¿las dejaría marchar? ¿Se iría él dejando tres testigos que podían identificarlo sin ningún problema? La cuestión radicaba en que Laura no tenía ni idea de qué había hecho Jay con la droga. No le había preguntado sobre ella, aunque estaba segura de que no la habría destruido. Era una prueba que entregarle a la policía para demostrar que la muerte de Jimmy no había sido un accidente.

—Te la daré, pero como bien has dicho, no está en esta casa. Está bien escondida en la cabaña de Jay, arriba en *Rising Wolf Mountain*. Te llevaré hasta ella, pero dejaremos aquí a Martha y a Nora —ofreció Laura.

—De eso nada, si vamos a alguna parte, iremos todos juntos. Venga arriba, levantáos las tres.

Había tenido la esperanza de que Leo aceptara su propuesta, aunque sabía que había pocas posibilidades de ello. Tendría que improvisar algo más, no podía permitir que arrastrara a las dos mujeres con ellos montaña arriba.

—¿Para qué las necesitas? Soy yo la que sabe dónde está la droga. Déjalas aquí, Martha es mayor y Nora está embarazada, ellas no dirán nada. Por favor, no las necesitamos —rogó Laura.

—No, se vienen con nosotros. No me gusta tener que repetir las cosas. ¡Levantáos de una puta vez! —exclamó el hombre y las tres se levantaron como un resorte.

Laura vio que Martha no dejaba de mirar hacia la península que formaban los muebles de la cocina. En realidad, la miraba a ella de reojo y después a la cocina, mientras seguía moviendo con nerviosismo el pañuelo que todavía sostenía en las manos. Su intuición le dijo que la mujer intentaba decirle algo, no sabía qué podía ser, pero quizás tuviera un teléfono en la encimera.

—Está bien, no hace falta que grites. Las tres iremos contigo —confirmó ella—. Pero deja que Nora vaya al baño antes de irnos, está embarazada y no aguantará hasta que lleguemos a la cabaña.

La chica la miró con expresión sorprendida en los ojos, pero se repuso con rapidez y asintió.

—La verdad es que necesito ir al baño. Desde hace un mes no aguanto más de media hora sin...

—¡Ahórrate las palabras, zorra! ¿Por qué las mujeres tenéis que hablar tanto? Está bien, ve al baño.

—La acompañaré —dijo Laura.

—¿Para qué? Puede ir sola.

Nora dio dos pasos en dirección al baño y trastabilló, cayendo para el lado derecho. Laura salió en su auxilio y la sujetó antes de que se desplomara en el suelo. Al sujetarla notó que Nora seguía aguantando su propio peso, estaba fingiendo un desmayo.

—¿Estás bien, Nora?

—Sí, me he mareado. Estoy tan nerviosa...

—¿Puedo ir con ella al baño o vas a dejar que una mujer embarazada sufra un accidente? —le increpó Laura.

—Está bien, ve con ella. ¡Pero que sea rápido! —vociferó el hombre mientras volvía el arma hacia Martha.

Laura le pasó un brazo por los hombros a la chica, y con el otro le agarró el brazo, se lo apretó un par de veces y fueron hasta el baño. Todas las habitaciones de la casa daban a un pasillo que comunicaba con el salón y la cocina americana. Al pasar, Laura no quiso mirar hacia este último espacio para no llamar la atención del hombre. Ayudó a Nora a entrar en el baño, esta cerró la puerta y ella se quedó en el pasillo esperando. Sin apartar la mirada de Leo Whitenose, el cual parecía estar distraído encañonando a la madre de Jimmy, dio un par de pasos en dirección al salón en un intento de ver qué es lo que había en la encimera que pudiera interesarle.

Estiró el cuello y se quedó atónita al comprobar que había una escopeta colocada a lo largo de la península. Desde el salón no podía verse porque la tapaba el pequeño mostrador que se levantaba un palmo por encima del fregadero. No sabía si estaba cargada, pero era la única baza que tenía.

Escuchó la cisterna y a los pocos segundos Nora abrió la puerta. Laura se colocó a su lado con rapidez y acercó la boca al oído de la muchacha.

—Voy a coger una escopeta, Nora. Ayúdame, desmáyate cerca de él, por favor —le susurró.

La chica abrió los ojos, pero no emitió ningún sonido y asintió. Volvieron tras sus pasos con lentitud, Laura marcando el ritmo, al llegar a la altura de la península estiró la mano y alcanzó la escopeta. La escondió a su espalda con presteza y obligó a la muchacha a acelerar el paso.

Fue todo muy rápido. En vez de dirigirse hacia el sofá en el que estaba sentada Martha, se desviaron un poco hacia el sillón donde estaba Leo. Cuando él se dio cuenta, las tenía casi encima, Nora se llevó una mano a la frente y, una vez más, fingió desmayarse. El hombre que pensó que iba a caer encima de él dejó de apuntar a Martha y alargó un brazo para sostener a la chica. Laura se desplazó con celeridad por detrás de Leo y le asestó con el cañón de la escopeta en la cabeza.

El hombre dejó caer el arma que sujetaba con una mano y se llevó ambas a la cabeza, antes de poner los ojos en blanco y caer al suelo. Laura no lo dudó ni un momento, corrió hasta el arma y la cogió. Se volvió hacia las mujeres y vio que ambas estaban de pie y se abrazaban, temblando pero con una sonrisa.

—Martha, ¿tienes cuerda o algo con lo que atar a este indeseable? —preguntó ella.

—Sí, iré por ella.

—Nora, sostén el arma de Martha mientras yo le rebusco en los bolsillos y recupero mi móvil.

Las dos mujeres hicieron lo que ella les dijo, Laura encontró su móvil en un bolsillo interior de

la chaqueta negra que Leo llevaba. Lo sacó, buscó el teléfono de la policía de Browning en internet y llamó. Al segundo tono alguien contestó y reconoció al agente que la había recibido con tanta hostilidad hacía una hora escasa.

—Soy Laura Colter y le llamo desde la casa de Martha Lunak. Dígale al jefe Weasel que tenemos aquí a su ayudante Leo Whitenose, el cual ha atacado a tres mujeres y que será mejor que venga cuanto antes.

Colgó sin esperar una respuesta. Martha volvió con la cuerda y entre las dos incorporaron el cuerpo de Leo, lo ataron de pies y manos y lo dejaron tumbado en el suelo frente a ellas.

Después se sentaron en el mismo sofá donde ese hombre las había tenido encañonadas con su arma y esperaron con paciencia a que el jefe de policía hiciera acto de presencia.

El jefe Weasel apareció en casa de Martha diez minutos después acompañado de todos sus efectivos, lo que se reducía a los otros tres policías que formaban las fuerzas del orden de Browning. Entró en la casa sin llamar y se encontró con las tres mujeres sentadas en un sofá y a Laura apuntando con una escopeta a un Leo Whitenose maniatado al que habían acomodado en un sillón.

—Jesús bendito... —murmuró el agente.

—Siéntese jefe Weasel, saque su cuaderno y empiece a tomarnos declaración —dijo Laura con una sonrisa.

El hombre se rascó la cabeza con gesto asombrado. Les indicó a sus agentes que rodearan la casa y a uno de ellos que se llevaba a Leo al coche patrulla. A él le tomarían declaración en la comisaría.

—Jefe, ¿no irá a creer nada de lo que ellas le cuenten, verdad? —habló Leo.

El jefe de policía lo miró y después se volvió hacia Laura.

—¿Por qué no lo habéis amordazado también? —Preguntó el jefe de policía—. Leo, no quiero escucharte hasta que no llegemos a la comisaría, ¿entendido?

El otro hombre hundió los hombros abatido mientras un agente le quitaba las cuerdas y lo esposaba. El jefe de policía lo observó negando con la cabeza y entonces se volvió hacia las mujeres que lo miraban expectantes.

Se sentó con el bloc de notas en una mano y el bolígrafo en la otra.

—Esta bien, ¿qué tal si empezamos por ti, Laura?

Durante la siguiente hora, las tres mujeres le contaron al agente lo que había ocurrido. Weasel les hizo preguntas, y no dejó de tomar notas en su cuaderno. De vez en cuando miraba al otro hombre y negaba con la cabeza. Cuando consideró que ya tenía información suficiente, se levantó y de un tirón del brazo arrastró con él a Leo Whitenose. Se despidió de ellas y les explicó que necesitaría que pasaran por la comisaría para hacer una declaración formal, pero les insistió en que no había prisa y que podrían hacerlo en los días siguientes.

Laura cerró la puerta una vez que se fue. Nora se había echado a llorar y Martha intentaba consolarla. Se acercó a ellas y le acarició el pelo a la chica.

—Ya ha pasado todo, Nora.

—Si no hubieras venido...

—Pero he venido, y siempre que me necesitéis vendré —dijo ella con convicción.

Le sorprendió la verdad que había en sus palabras, las sintió como algo indiscutible. Sabía que acudiría siempre a ayudar a aquellas mujeres, pero esa certeza no la asustó. Algo había cambiado en ella.

Al rato decidió que era momento de volver a la cabaña. Sabía que si Jay regresaba y no la encontraba allí pondría el grito en el cielo, y ya había tenido suficientes sobresaltos por un día.

Jay volvió a la cabaña exhausto. Había recorrido muchos kilómetros de bosque, creía haber encontrado el rastro de Leo, pero después de un rato siguiéndolo lo había perdido. No entendía

cómo el olor podía haber desaparecido de repente, así que siguió corriendo entre árboles y maleza hasta que consideró que había cubierto suficiente terreno. Ni Leo ni cualquier otra persona andaban ya por aquellos parajes. Cambió de forma junto al anexo de la leña que había en el lateral de la casa, recogió las ropas que había dejado allí antes de salir como lobo y se vistió. Anduvo hacia la entrada principal y le extrañó no escuchar sonido alguno en el interior de la cabaña. Sus agudos oídos no detectaron ningún movimiento y aquello lo inquietó.

Al rodear la casa observó horrorizado que su camioneta no estaba. Se precipitó hacia la cabaña, abrió la puerta con llave y empezó a llamar a gritos a Laura. Al no obtener respuesta el pánico empezó a apoderarse de él. ¿Y si se la habían llevado mientras él había estado rastreando el bosque? Quizá todo había sido una trampa para alejarlo de allí y secuestrarla a ella. No entendía el motivo, pero ya habían intentado agredirla una vez, aquel maldito Leo Whitenose era capaz de cualquier cosa.

Intentó pensar en qué debía hacer a continuación. Sabía que no podía contar con la policía, si llamaba a Weasel con seguridad le diría que no era asunto suyo arreglar problemas de alcoba. Se pasó las manos por el pelo en un intento por mantener la calma. Decidió probar a llamarla al móvil. La línea dio tono de llamada, no estaba desconectado y aquello debía ser una buena señal. El teléfono sonó y cuando estaba a punto de colgar, la voz de Laura al otro lado le produjo tal alivio que se dejó caer en el suelo e intentó recuperar el control de su respiración.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Te has llevado mi camioneta?

La risa de ella le devolvió parte de la tranquilidad que había perdido al no encontrarla en la casa, pero al mismo tiempo lo enfureció.

—¿Qué encuentras tan divertido? ¡He vuelto y no estabas en la cabaña! ¡No puedes irte sin decirme nada, Laura! —le increpó a gritos.

—Jay, no voy a hablar contigo si te diriges a mí de esa forma. Voy de vuelta. Cuando llegue podremos hablar con tranquilidad.

Colgó sin añadir nada más y dejó a Jay con la palabra en la boca. Se retiró el teléfono de la oreja y lo miró con asombro. Esa mujer iba a volverlo loco, no estaba acostumbrado a que lo desafiaran de aquella forma y ella incluso se atrevía a decirle lo que tenía que hacer. Como Alfa, nadie nunca le había llevado la contraria ni discutido ninguna de sus órdenes o decisiones. Todo eso era nuevo por él.

Decidió darse una ducha para tranquilizarse y pensar en qué es lo que iba a decirle a Laura cuando llegara. Suspiró mientras se metía en la ducha y el agua caliente le caía por el pelo. Esa mujer se había apoderado de su alma y no había nada que pudiera hacer por cambiar ese hecho.

Cuando Laura llegó a la cabaña se encontró a un Jay cabreado que le dedicó una mirada hosca desde el sofá. Soltó las llaves en la entrada y colgó el abrigo en el perchero, entonces se dirigió con tranquilidad a donde estaba él. Tomó asiento a su lado y le sonrió. Aquello pareció derretir el enfado que pesaba sobre el hombre porque se abrazó a ella como si su vida dependiera de ello. Laura le acarició el pelo y rio cuando él intensificó el abrazo.

—Jay, no puedo respirar —dijo ella entre risas.

—Lo siento —se disculpó mientras aflojaba los brazos—. Estaba muy preocupado, me has dado un susto de muerte.

—No podía llamarte, estabas en tu forma de... En tu otra forma. Y la idea de salir me vino de improviso, no pensé en dejarte una nota.

—¿Dónde has estado? ¿Y por qué te fuiste tan de repente? ¡Dios! Casi me vuelvo loco pensando que te habían secuestrado.

—Bueno, de alguna manera sí lo hicieron. Pero todo ha salido bien y ninguna de las tres ha resultado herida —expuso ella contenta.

—¿Las tres? Más te vale empezar a contarme qué es lo que ha pasado, Laura.

Soltó una carcajada al escuchar sus palabras, le cogió la cara con ambas manos y lo besó con pasión. Durante todo el tiempo que había estado en la casa de Martha solo había podido pensar en Jay. Quería volver a verlo, la idea de regresar a él era el empuje que había necesitado para enfrentarse al secuestrador. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba a ese hombre, pero el pensamiento lejos de asustarla la hacía sentirse feliz.

—No intentes distraerme, Laura. Quiero me cuentes qué es lo que has hecho, dónde has estado y qué es lo que ha pasado —demandó él.

—¿Sabes?, podrías alguna vez pedir las cosas, en vez de exigir las cosas como si todo el mundo tuviera que obedecerte siempre.

—Es que tienen que hacerlo —repuso él—. Por lo menos en mi familia tienen que hacerlo.

—Bueno, yo no soy de tu familia así que no tengo problemas en ponerte en tu sitio cuando te pongas a vociferar como un dictador autoritario.

—Ya me he dado cuenta —aceptó él resignado.

Aquello le arrancó otra carcajada a Laura, lo besó de nuevo y cuando se separó le contó todos los eventos de la mañana. Jay gruñó, maldijo entre dientes, se levantó del sofá enfadado y expresó con vehemencia que mataría a Leo Whitenose. Pero al final del relato, consiguió relajarse y abrazando a Laura le dijo que se alegraba de que todo hubiera salido bien.

—Supongo que ahora que Leo está detenido ya ha terminado todo.

—Te atacaron dos hombres, Laura. Y no sabemos quién es el otro, tengo que hablar con Weasel. Voy a llamarlo, es hora de que ese inepto haga su trabajo.

—Jay, estoy segura de que va a hacerlo. Dale una oportunidad —pidió ella con voz suave.

—¿Ahora estás de su parte?

—Podemos decir que ahora entiendo mejor porqué se comporta de la forma en que lo hace —explicó ella misteriosamente.

—No sé a qué te refieres, pero voy a llamarlo.

—De acuerdo, yo voy a darme una ducha.

Al terminar la ducha se vistió y bajó. Se encontró a un Jay ocupado en la cocina.

—¿Qué va a preparar el chef hoy?

—Un festín, tenemos que celebrar que todo ha terminado —anunció él con entusiasmo.

—¿Tienes trastorno bipolar? Me has dicho hace un rato que no podía relajarme porque mi otro atacante estaba suelto.

—He hablado con Weasel, Leo ha confesado. El hombre que le ayudó es otro policía. Quizá recuerdes al agente que suele atender la recepción de la comisaría, es Dan Longtail. Lleva toda la vida como policía y es... Bueno, era muy amigo del jefe Weasel.

—¿Ese policía tan desagradable? Cada vez que he visitado la comisaría me ha tratado como si fuera basura. Ahora entiendo el porqué.

—Charlie sonaba decepcionado y un poco sobrepasado por todo esto —explicó Jay.

—No me extraña. Dos de sus policías estaban metidos en asuntos de drogas, han atacado a una civil y encima uno de ellos era un buen amigo. Yo estaría desolada si algo así me ocurriera —expuso ella.

Él asintió y siguió trabajando en la cocina. Le sirvió una copa de vino a Laura y continuaron comentando los hechos mientras Jay cortaba verduras para preparar una sopa que, más tarde, ella devoró acompañada de un pan rústico que él también había preparado. El anochecer llegó cuando todavía estaban disfrutando de la cena y Laura pensó que podía acostumbrarse a aquello. La paz que sentía estando en aquella cabaña con Jay era algo que nunca había tenido en su vida. Por primera vez se planteó cómo sería vivir allí, ¿a qué podría dedicarse? Siempre había sabido que quería ser periodista, nunca había considerado otra opción. Pero ahora no tenía trabajo y con Jay su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Decidió dejar de pensar en aquello y concentrarse en el hombre que tenía frente a ella y en la maravillosa comida que este le había preparado. Ya tendría tiempo para pensar en su futuro.

Un par de días más tarde bajaron a Browning para formalizar la declaración de Laura ante la policía sobre el intento de secuestro de Leo Whitenose. Allí coincidieron con Nora y con Martha, las cuales le aseguraron que se encontraban bien. Laura las observó y no pudo evitar sentir una pequeña punzada de envidia. Las dos parecían haber desarrollado una relación especial y Martha trataba a la muchacha más como una hija que como nuera. Era bonito verlas tan unidas, pero para ella suponía un recuerdo de lo que había tenido poco tiempo en su vida y que había perdido. Porque a pesar de los años, seguía pensando en sus padres constantemente y los echaba mucho de menos.

Después de dejar la comisaría, fueron hasta la casa de Jay en el pueblo porque quería comprobar cómo seguían sus caballos. Rebecca estaba allí, iba todos los días a alimentarlos y sacarlos al cercado. Limpiaba las cuadras y también los cepillaba. Jay se acercó a los caballos y empezó a revisarlos uno a uno, su prima aprovechó para dejarlo solo e ir hacia donde Laura se encontraba.

—¿Cómo estás? —le preguntó al llegar a su altura.

—Bien, gracias. ¿Qué tal todo?

—Ocupada con los caballos de Jay, mis hijos que me vuelven loca... En fin, no hay descanso para una Beta —señaló la otra chica.

—Veó que has traído mi coche hasta aquí, no sabía que ocuparte de mis cosas estaba también entre tus tareas.

—Como Beta, mis tareas son todas las que mi Alfa me encomiende —reconoció risueña—. Pero no puedo quejarme, Jay es un encanto... la mayor parte del tiempo.

Las dos mujeres rieron ante esto último. Volvió la vista hacia él y varios pensamientos se le agolparon en la mente. Decidió sincerarse con la otra chica.

—Voy a marcharme del pueblo, Becca. —Había decidido llamarla por su diminutivo porque ella se lo había pedido y porque ahora las unía una buena amistad.

—¿Ya lo has decidido?

Ella asintió por respuesta.

—Pensaba que al final Jay conseguiría convencerte para que te quedaras. Supongo que tienes que seguir tu camino.

—Becca, yo no pertenezco a esto —dijo al tiempo que abarcaba su alrededor con ambos brazos—. Vine por trabajo, el cual, por cierto, ya no existe y además, hemos conseguido aclarar el misterio que había tras la muerte de Jimmy. No me queda nada más que hacer aquí.

El día anterior, Jay había reunido a toda su familia en casa de Rebecca y les había contado la verdad sobre la muerte de Jimmy. Laura había declinado la invitación para ir, ella no era de la familia y no consideraba que fuera su lugar estar en algo tan íntimo. Jay, por supuesto, había insistido, pero al final se rindió ante las numerosas negativas de ella y salió de la cabaña murmurando sobre lo cabezota que era. El recuerdo hizo sonreír a Laura, Jay no era un hombre acostumbrado a recibir un “no” en algo y le costaba mucho aceptar los que ella le daba.

A su vuelta, Jay le contó cómo había transcurrido la asamblea familiar. Nora estaba allí, era momento de que el resto de miembros la conocieran y la acogieran como uno más, y así fue. Hubo bastante asombro entre ellos al saber sobre el asunto de la droga, pero Jay les aseguró que el laboratorio que la suministraba en Canadá había sido desmantelado y aquello los tranquilizó a todos. En general, todo había ido bien, la familia no era demasiado grande y mantenían una buena relación entre ellos. Jay le dijo que se sentía muy orgulloso de ser un Lunak, y Nora siempre tendría una familia con la que contar.

—Leo y Dan continúan insistiendo en que ellos no mataron a Jimmy.

—Sí, nos lo ha dicho el jefe Weasel. Su abogado incluso ha pedido que se les deje en libertad con cargos, por fortuna el juez se ha negado —informó Laura.

—El tema de la droga se toma muy en serio en las reservas indias. Cuando la gente no tiene empleo, dinero ni esperanza, las drogas son una buena alternativa para olvidarte del mundo —explicó la otra chica.

—Me parece estupendo que se haga así, porque Jimmy murió por culpa de la metanfetamina y esos dos delincuentes me atacaron e intentaron secuestrar a tres personas para conseguir la droga. Se merecen pudrirse en la cárcel —escupió las palabras con desprecio.

—Espero que el jefe Weasel consiga demostrar que son los culpables de la muerte de Jimmy, porque según Jay no parece haber indicios de que ellos estuvieran con mi primo en el risco aquel día —dijo Rebecca apesadumbrada.

—Confíemos en que hará su trabajo y encontrará las pruebas —la animó ella.

Estuvieron media hora más hasta que Jay terminó de revisar y comprobar que los caballos estaban todos en buenas condiciones. Se despidieron de Rebecca y volvieron a la cabaña. Por el camino, Laura no dejó de repetirse que al día siguiente hablaría con Jay, haría la maleta y volvería a Helena.

La mañana siguiente amaneció soleada. Laura se había despertado cuando Jay había abandonado la cama, pero había simulado seguir durmiendo porque necesitaba tiempo para preparar la maleta. Se sentía una cobarde por no haber hablado antes de ello con él, pero sabía que cuantas menos palabras cruzaran más fácil sería para ella abandonar aquel lugar.

Se levantó de la cama y se asomó por la ventana. La nieve se derretía con rapidez, señal de que el invierno no había llegado todavía y las nevadas caídas habían sido solo un mero ensayo de lo que estaba por venir en los próximos meses. Echaría de menos el bosque y los sonidos del mismo, la calidez de la cabaña y sobre todo a Jay. Una lágrima se le escapó, se la limpió y fue al baño a tomar una ducha. Cuando terminó, se vistió y empezó a recoger sus pertenencias metiéndolas en la maleta con la que había llegado a Browning. Al acabar con la tarea, agarró el equipaje con fuerza e inspiró profundamente, necesitaba mantener la serenidad o se vendría abajo en cuanto viera a Jay.

Bajó las escaleras sosteniendo en peso la maleta y la dejó junto a la puerta principal. Como había supuesto, Jay estaba en la cocina preparando el desayuno. Lo hacía todas las mañanas, en cuanto la escuchaba moverse en la planta superior, él entraba en la cocina y siempre tenía listo la comida en el momento en que ella bajaba. Intentó contener las lágrimas, se mordió el labio y expulsó el aire de sus pulmones. Jay salió en ese momento con dos platos con tostadas, llevaba un paño de cocina en el hombro y una enorme sonrisa en la cara... Hasta que la miró y su semblante cambió de inmediato. Dejó los platos en la mesa y se acercó a ella.

—¿Qué pasa, Laura?

Ella intentó mantener el tipo, se tragó las lágrimas y con la voz más firme que fue capaz de usar le dijo:

—Me marchó, Jay.

—¿Ahora?

—Sí, lo he demorado demasiado. Hace días que debería haberme ido. Tengo que volver a casa y rehacer mi vida —explicó en voz baja.

—Pensé que habías cambiado de idea —musitó él—. Pensé que habías decidido quedarte conmigo.

—Lo que ha pasado entre nosotros... Ha sido increíble, pero mi lugar no está aquí.

Jay se acercó más a ella y la sostuvo por los brazos.

—Mi lugar está contigo, Laura —aseguró con énfasis—. Pero no puedo irme y dejarlo todo. Mi familia depende de mí.

—Lo sé, y lo entiendo. Yo... Yo nunca te pediría eso, Jay. Sé lo importante que son ellos para ti. No puedo hacerte elegir, pero yo... Tengo que volver a Helena.

—Quédate, por favor. ¿Qué necesitas? Dímelo y lo tendrás. Eres mi compañera, te necesito, Laura —admitió él con el rostro compungido.

Aquellas palabras casi lograron hacer cambiar de idea a Laura. Ver a Jay suplicarle era más de lo que podía soportar. Él era un lobo Alfa, este no era su comportamiento habitual. El cambio operado en él era inaudito, y si las circunstancias hubieran sido otras, quizá ella hubiera disfrutado sentirse querida de esa forma.

—Lo siento, Jay. Debo irme. ¿Podrías llevarme a recoger mi coche, por favor?

Él la soltó y retrocedió varios pasos. Miró a su alrededor, parecía un cervatillo perdido en el bosque, indefenso ante la inmensidad de lo que le rodeaba. Aquella imagen la llevaría grabada a fuego en su mente, porque ante ella se mostraba un Jay destrozado. Un Jay que había suplicado y se ofrecía con todo lo que tenía con tal de que ella no lo abandonara.

Durante un minuto ninguno de los dos dijo nada, y entonces él asintió. Fue hasta la entrada de la casa y cogió su chaqueta, las llaves del coche y con gesto afligido la maleta de ella. Salió al exterior y Laura lo siguió con su bolso colgado del brazo. Se montaron e hicieron el camino de regreso a Browning en completo silencio.

Laura se despidió de Rebecca con un enorme abrazo, la otra chica parecía no querer soltarla y las lágrimas finalmente escaparon de sus ojos. Jay se mantenía a una distancia prudencial para darle espacio a ambas.

—Llámame en cuanto llegues y mantenme informada de tus avances en la búsqueda de trabajo —le exigió Rebecca.

—Vaya, para ser una Beta eres bastante mandona también.

—Se me está pegando de él —dijo la chica con un guiño.

—Cúidalo, por favor. Sé que es el Alfa y la situación debería ser al revés, pero el Jay que he visto hace un rato dista mucho de ser el mismo al que conocí cuando llegué aquí —se sinceró ella.

—Me lo puedo imaginar —dijo Rebecca mirando de reojo a su primo—. ¿No hay nada que pueda decir para hacerte cambiar de idea?

Ella negó con la cabeza.

—Debo volver a mi vida, Becca.

Se separó de la chica que se había convertido en una buena amiga y entonces Jay se acercó.

—Conduce con cuidado. Para un par de veces por el camino, es una carretera monótona —ordenó él y la hizo sonreír—. Quizá podrías enviarme un mensaje cuando llegues, para saber que no has tenido ningún incidente por el camino.

—Sí, lo haré —afirmó ella—. Cuidaos mucho.

Se volvió hacia su coche, montó y arrancó. Hizo un gesto de despedida con la mano y dirigió la mirada hacia la carretera. Necesitaba alejarse de ellos cuanto antes, si volvía la cabeza, quizá no sería capaz de continuar. Cuando llegó al cruce principal del pueblo exhaló el aire que no sabía que había estado reteniendo. Se repitió que era lo que tenía que hacer, que su vida estaba en Helena y que todo saldría bien.

Paró en la gasolinera que había a la entrada del pueblo y en la que trabajaba Luke, pero debía tener el día libre porque lo atendió un adolescente desgarbado. Tenía medio depósito todavía, pero pensó que era mejor llenarlo y asegurarse así de que tendría suficiente combustible para llegar a Helena.

Pagó y cuando se montaba en el coche de nuevo su móvil sonó. Rezó, antes de mirar la pantalla, porque no fuera Jay. No tenía fuerzas para hablar con él, sabía que si le suplicaba de nuevo, ella daría media vuelta y volvería a sus brazos. La intensidad del recuerdo de sus abrazos la dejó desconcertada, anhelaba estar con él. Sacudió la cabeza y al mirar la pantalla del móvil vio que era un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Laura? ¿Laura Colter?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Soy Luke Whistle, era amigo de Jimmy. Estuvimos hablando en la gasolinera donde trabajo —explicó el chico.

—Sí, sé quien eres. Precisamente ahora mismo estoy en ella, ¿estás por aquí? No te he visto. Me ha atendido otra persona —dijo ella.

—No, hoy tengo el día libre —explicó él y Laura notó el nerviosismo en su voz—. Laura, necesito que venga de manera urgente y tiene que traer la meta con usted. Es cuestión de vida o muerte.

—¿Cómo? ¿Dónde estás, Luke?

—Dan y Leo no mataron a Jimmy. Fue otra persona y... —Se hizo el silencio en la línea y Laura pensó que la llamada se había cortado, pero entonces el chico habló de nuevo—: Estoy con la persona que lo hizo, Laura. Dice que si no trae la droga, me matará.

—¡Dios mío!

—Tiene que venir cuanto antes. Jay tiene todavía el paquete, ¿verdad? Dígame que sí porque sino no sé qué va a pasar...

—Sí, sí. Lo tiene todavía. ¿Dónde estáis?

—En el pico Two Medicine. Estamos justo en el risco por el que se precipitó Jimmy. Venga cuanto antes, sola y con la metanfetamina. Por favor.

—Luke, ¿puedo hablar con esa persona? —pidió ella.

—Me dice que solo hablará con usted en persona. Por favor, dese prisa. Va a matarme... Yo no quiero morir.

—Iré a buscar a Jay y juntos...

—No, tiene que venir usted sola —la interrumpió él—. Si viene con alguien más, me matará.

—Está bien, dile que iré sola. No hay problema. Recogeré el paquete de la droga e iré para allá. Intentaré no tardar mucho, dile a esa persona que llegaré lo antes posible.

—Vale.

Fue la última palabra que dijo Luke y la línea se cortó. Laura miró el teléfono aterrorizada. Los dos agentes de policía detenidos habían dicho la verdad en relación con la muerte de Jimmy. No habían sido ellos, había alguien más detrás, aunque el motivo era el mismo: la metanfetamina.

No podía perder más tiempo, arrancó el coche y salió de la gasolinera a toda velocidad. Casi impacta con un coche que entraba en la misma, pero consiguió esquivarlo. Cruzó el pueblo lo más rápido que pudo sin atropellar a nadie, se pasó semáforos en rojo y cuando por fin salió a la carretera aceleró todo lo que pudo. Tenía que ir primero a la cabaña de Jay, donde la droga había sido escondida por él, de nuevo en el mismo sitio que su primo había estado usando. Una vez la tuviera en su poder, volvería sobre sus pasos para llegar hasta la montaña donde Jimmy había perdido la vida.

Laura llegó a la cabaña de Jay en tiempo récord. Se alegró de no encontrarlo allí, se imaginó que seguiría en su casa del pueblo con los caballos. Rebecca podría volver ahora a sus quehaceres, desde el principio se había sentido mal por cambiar la vida de tantas personas, aunque Jay le había insistido en varias ocasiones que no había ningún problema y que no se preocupara por ello.

Entró en la casa como una exhalación, por fortuna Jay no la había cerrado con llave. Cogió un cuchillo y le llevó un par de minutos destapar el hueco de la pared, agarró el paquete de droga y salió corriendo de la casa. Un pensamiento se le cruzó por la mente y volvió sobre sus pasos. Entró de nuevo en la casa, abrió el armario de las armas y con la pequeña llave que había en una de las estanterías abrió la caja donde Jay guardaba la Glock. La cogió y comprobó que estaba cargada. Se la metió en el bolsillo del abrigo y sin preocuparse de poner la caja en su sitio salió de nuevo de la vivienda. Se montó en el coche y puso rumbo a la cumbre Two Medicine donde Luke y el asesino de Jimmy la estaban esperando.

Jay estaba repasando las herraduras de los caballos. Había algunas que tendría que cambiar porque no estaban en muy buen estado. Había enviado a Rebecca a su casa, ya no necesitaba que lo ayudara puesto que él volvía a tener todo el tiempo del mundo. Escuchó el timbre de su móvil, el cual había dejado encima de un pequeño banco en el establo. Fue hacia allí y se encontró con que era el jefe Weasel quien lo llamaba.

—Charlie, ¿qué tal? ¿Alguna novedad sobre el caso? —preguntó él.

—No, nada nuevo sobre el caso. Te llamo por otro motivo.

—Dime.

—¿Me puedes explicar por qué acabo de cruzarme con tu novia en Central Avenue yendo en su coche al doble de velocidad de la permitida en el centro del pueblo? Se ha saltado dos semáforos, no ha atropellado a la vieja Daisy de milagro. He intentado seguirla, pero ha cogido la autopista dos a velocidad suicida.

—¿Laura?

—Sí, tu novia. Por la dirección que ha cogido supongo que irá a tu cabaña, ¿está todo bien? Porque si iba así por una emergencia puedo pasarlo por alto...

—Yo no estoy en la cabaña, Charlie.

—Vaya, pues entonces me temo que tendré que multarla, Jay. Aunque sea tu novia, hay que respetar la ley.

—¿Estás seguro que iba en dirección a la cabaña? —le preguntó al agente.

—Bueno, es la carretera que lleva a East Glacier Park Village. No tengo constancia de que conozca a nadie en ese lugar, así que he supuesto que iba a tu cabaña. Tiene que pasar por allí para llegar hasta tu casa —señaló el policía.

—Sí, es el camino a mi cabaña —contestó Jay—. Charlie, tengo que dejarte. Mándame a mí la multa. Hasta luego.

Colgó antes de que el hombre siguiera hablando. Ahora que su relación había mejorado, el jefe de policía parecía tener siempre algo que contarle.

Pensó en Laura. Aquel comportamiento no tenía explicación posible, debería haber ido en dirección contraria para dejar Browning, ¿por qué volvía a la montaña? ¿Le habría surgido alguna emergencia? No lo pensó dos veces, dejó a los caballos en el cercado y con rapidez se montó en su camioneta. Subiría a la cabaña e intentaría averiguar qué había pasado.

El coche de Laura iba todo lo rápido que la carretera le permitía. Nunca le había dado miedo conducir, pero aquel número interminable de curvas le impedía ir a más velocidad. El corazón le latía con fuerza en el pecho, temía llegar tarde y que el asesino de Jimmy se cansara de esperar y decidiera acabar con la vida de Luke.

Adelantó a un par de coches en sitios en los que no debería haberlo hecho. Aceleró y casi derrapó en una curva muy pronunciada. Agradeció que no hubiera nevado en los últimos días y que el sol hubiera hecho desaparecer casi toda la nieve y el hielo de la carretera. En caso contrario, hubiera necesitado el doble de tiempo en llegar al lugar indicado por Luke.

Iba tan deprisa que casi se pasó el sitio donde se había detenido el día que había llegado a Browning. Recordó la experiencia de saberse a punto de morir, colgando de aquel precipicio y los ojos de Jay se le aparecieron en la mente. Él la había asustado, pero no había sido a propósito. Detuvo el coche en el arcén, se bajó con rapidez y cogió la bolsa de la droga. Se aseguró que la pistola seguía en el bolsillo del abrigo y corrió por el bosque en dirección al risco.

Jay tardó menos que Laura en llegar a su cabaña. Tenía la ventaja de conocerse la carretera de memoria y hubiera sido capaz de conducir estando completamente ciego. Había transitado por aquellos parajes desde que había podido conducir a los dieciséis años.

Al llegar a la cabaña comprobó que el coche de ella no estaba, pero su esencia le golpeó con fuerza. Había estado allí no hacía mucho, decidió entrar en la casa y al abrir la puerta vio el armario de las armas abierto y la caja de seguridad de la pistola vacía.

¿Laura había ido a su cabaña a coger la Glock? Su sorpresa por ese hecho mutó a uno de sospecha. El único motivo por el que ella podía necesitar un arma era que alguien estuviera en peligro. ¡Maldita sea! ¿Por qué no lo había llamado? ¿Es que no sabía que podía contar con él para cualquier cosa? Salió a trompicones de la casa y se montó en el coche. Sacó el móvil y la llamó. No le contestó al teléfono y maldijo en voz alta. Decidió intentarlo de nuevo. Necesitaba saber que estaba bien. Esta vez al tercer timbre escuchó la voz de ella al otro lado de la línea.

—¡Jay! No me ha dado tiempo de contestar antes, estoy corriendo y es difícil hablar así —gritó ella entre jadeos.

—¿Corriendo? —Preguntó él incrédulo—. Laura, ¿dónde estás? El jefe Weasel me ha dicho que ibas a toda velocidad por el pueblo y he venido a la cabaña...

—No te preocupes, estoy bien, pero Luke tiene problemas. Van a matarlo si no le entrego la droga, he ido a tu casa a por ella. Se la entregaré y nos dejará ir.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién va a matar a Luke? Laura, por favor, cuéntame qué está pasando.

—La persona que mató a Jimmy ha secuestrado a Luke. Solo quiere la metanfetamina, se la voy a dar, es la única forma de que no le haga daño a Luke y...

Jay escuchó ruidos y una exclamación de Laura.

—¿Laura? ¿Laura, estás ahí? ¿Qué ha pasado? ¡Háblame!

—¡Jay! Me he caído, no puedo correr hablando por el móvil. Te dejo, te llamaré en cuanto haya terminado con el intercambio.

—Pero Laura, ¡no eres un maldito policía! Dime dónde estás —pidió él entre dientes intentando mantener a raya la ira que sentía.

—Supongo que ahora puedo decírtelo. Luke me dijo que tenía que venir sola, y casi he llegado al risco. Estoy en el pico Two Medicine, justo donde murió Jimmy. Te dejo, creo que veo a Luke.

Jay no pudo añadir una palabra más puesto que ella había cortado la comunicación. ¿Habían secuestrado a Luke? Dan y Leo decían la verdad, ellos no habían matado a Jimmy. Había otra persona que se había mantenido oculta durante todo ese tiempo, hasta ahora que había decidido que era hora de conseguir la droga. Arrancó el coche y entonces pensó que llegaría más rápido hasta ellos si lo hacía en su otra forma. Se bajó del vehículo y se desnudó con rapidez, hizo el cambio y una vez en forma de lobo, corrió a través del bosque en dirección hacia Laura.

Laura salió del bosque hasta el terreno llano que había justo antes del precipicio. Estaba sin aliento, había corrido, con total seguridad, más de lo que lo había hecho en toda su vida. Miró a su alrededor pero no vio a nadie, sacó el móvil y buscó el número de Luke en el registro de llamadas.

Iba a pulsar el botón de devolver llamada cuando una voz la interrumpió.

—Tira el móvil, Laura.

Levantó la cabeza y se quedó aturdida ante la persona que tenía justo frente a ella. Luke sostenía una escopeta y la apuntaba con ella. Miró a su alrededor pensando que quizá había conseguido quitarle el arma a su secuestrador, pero entonces él habló de nuevo.

—¿No me has escuchado? Tira el móvil hacia mí, ni se te ocurra intentar llamar a nadie o dispararé —la amenazó él.

—Pe-pero... ¿Y el secuestrador?

—No hay ningún secuestrador, Laura. Necesitaba convencerte de alguna manera para que vinieras con la droga hasta aquí. Ahora te lo diré por última vez: lanza el móvil en mi dirección si no quieres que una bala te atravesase el estómago.

La luz se hizo en la mente de Laura. No existía ninguna otra persona, todo había sido una farsa de Luke porque él era el asesino. La había hecho creer que había alguien más, pero solo estaba él.

—Tú mataste a Jimmy —afirmó ella.

—Yo solo quería vender la droga, conseguir dinero para salir de esta mierda de pueblo. Pero él se negó, dijo que le entregaría a su dueño el lote que había traído en su último viaje, pero no iba a continuar con ello.

—¿Era tu amigo! ¿Cómo pudiste hacerlo? —La voz de Laura estaba teñida de incredulidad y terror.

—Tira el móvil, es la última vez que te lo digo.

Laura miró el aparato que tenía en la mano y lo lanzó en dirección a Luke. El teléfono cayó a un par de metros de él.

—Bien, ahora dame el paquete que llevas en la otra mano y mantén ambas en alto cuando lo hagas.

Ella hizo lo que le decía, arrojó el paquete en la dirección en la que estaba el chico y levantó los brazos.

—¿Vas a matarme a mí también?

—Eso todavía no lo he decidido. Aunque supongo que no me queda otra opción, estoy segura que irás corriendo a contárselo a Jay y él es un hombre íntegro, hablará con la policía.

—No entiendo cómo acabaste aquí arriba con Jimmy.

Laura estaba intentando pensar la forma de conseguir sacar la pistola del bolsillo. Si bajaba uno de los brazos él le dispararía, no había dejado de apuntarle en ningún momento. Tenía que hacer tiempo, intentaría hacerle hablar y así quizá, en un despiste, surgiera la ocasión de sacar la Glock.

El chico la miró y la ignoró. Sin dejar de apuntar, se agachó y recogió el móvil de ella, el cual se metió en el bolsillo de la chaqueta que llevaba.

—¿Por qué viniste aquí? ¿Te llamó Luke? —Conjeturó Laura.

—Me llamó para que le trajera ropa. Me dijo que era el único en quien podía confiar. Fui a su casa y cogí lo que me había dicho y vine hasta aquí siguiendo las indicaciones que me había dado. Su camioneta estaba junto a la carretera, pero él no, así que anduve por el bosque hasta que llegué aquí —explicó el muchacho y pareció perderse en sus pensamientos.

»Estaba completamente desnudo, le pregunté qué le había pasado y me dijo que había tenido una discusión con la persona para la que traía la droga desde Canadá. Me dijo que no se había quedado junto al coche porque no quería arriesgarse a que nadie lo viera desnudo. Sigo sin entender cómo es que perdió la ropa en una pelea, porque no fue una discusión. Jimmy tenía el cuerpo lleno de cortes profundos.

Laura recordó la conversación que Jay y ella habían tenido con el padre de Nora. El hombre había seguido a Jimmy en su coche hasta aquel lugar y después lo había obligado a bajar del vehículo y pelear con él en forma de lobo. Al parecer, Jimmy le había hablado de la droga a su amigo, pero jamás le había contado el secreto que escondía sobre su verdadera naturaleza.

—Sigo sin entender por qué lo mataste —cuestionó ella.

—Me dijo que iba a dejar de hacer de mula, y que la discusión había sido por ese motivo. Fue entonces cuando me dijo que le entregaría a la otra persona el último paquete y allí terminaría con aquello. Entonces fue cuando se me ocurrió que podíamos vender la droga, la meta es cara y se vende bien. Podíamos sacar dinero suficiente para dividir entre los dos. Él se negó, le recordé que acababa de tener una pelea con el tipo para el que trabajaba y que no se merecía que se la entregara. Pero Jimmy se las daba de ser un hombre íntegro, como su primo Jay, y dijo que eso no cambiaba nada. Era del otro y se la daría —dijo con desprecio.

»Seguimos discutiendo e intenté convencerlo. Lo empujé y él me lo devolvió, pero estaba bastante herido. Me di cuenta de que habíamos llegado al borde del precipicio, así que solo tuve que darle un último empujón. Yo no quería matarlo, pero no me dejó otra opción. Era mi oportunidad para salir de este maldito pueblo y empezar en otra parte.

—Tenía un buen motivo para hacer lo que hacía, Luke. Solo que tú no lo sabías porque no te lo contó. Su novia estaba embarazada —reveló ella.

El chico se quedó quieto y mudó la expresión de su rostro. Aquello lo había cogido por sorpresa, pero enseguida se recompuso y volvió al semblante frío y calculador con el que la había recibido.

—¿Y eso qué tenía que ver con la droga? Si hubiera estado de acuerdo en venderla y quedarnos el dinero, su novia se lo habría agradecido. Podría haberse hecho cargo de ella y todos contentos —repuso él.

Laura se dio cuenta que Luke jamás podría entender la situación porque nunca tendría la información completa. Los Lunak no le contaban a cualquiera la realidad de su familia y si Jay lo había hecho con ella era porque Laura significaba mucho para él. Se dio cuenta de que había estado a punto de cometer una estupidez, alejarse de Jay no la habría hecho feliz, estar con él sí. Necesitaba salir de allí viva para poder decirle a Jay que lo quería y que deseaba pasar el resto de su vida con él.

—Eres despreciable, has matado a tu mejor amigo por dinero. Podrías haber dejado la reserva en cualquier momento, pero querías la vida fácil. Eres una vergüenza para tu pueblo —le escupió ella con odio.

Sus palabras causaron el efecto deseado, la expresión de Luke se endureció y enrojeció por la rabia que ella le había provocado.

—Tú no sabes nada de nosotros. Somos un pueblo oprimido por los blancos, nos dieron estos pedazos de tierra y nos abandonaron aquí a nuestra suerte. ¡No tenemos nada! ¡Los indios no

tenemos nada! —gritó el iracundo.

Laura vio la oportunidad, se agachó con rapidez e intentó meter la mano en el bolsillo de su abrigo, pero la pistola se atascó con la tela. Vio horrorizada cómo Luke se recuperaba de su arrebató y se llevaba la escopeta a la altura de los ojos para dispararle. Cerró los ojos pues sabía que había perdido y que no saldría de aquello, pero entonces un gruñido la sobresaltó y la hizo abrir los ojos de golpe.

Frente a ella un inmenso lobo de pelo negro colgaba del brazo izquierdo de Luke. Sus enormes colmillos se clavaban en la carne y el chico gritaba aterrorizado. La escopeta salió despedida cuando él la soltó y con la mano libre intentó despegar al animal de su cuerpo, pero el agarre era demasiado fuerte.

Laura localizó el arma de Luke y corrió hacia ella, la cogió y apuntó al chico, el cual había caído al suelo de rodillas mientras continuaba gritando sin cesar.

—Jay, ya puedes soltarlo. No va a ir a ninguna parte —le habló ella al lobo.

El animal levantó las orejas al escuchar su voz y pareció dudar. Laura sonrió ante la expresión tan humana de ese semblante salvaje. Con lentitud el lobo abrió sus fauces y poco a poco se retiró del chico, anduvo hacia atrás hasta colocarse al lado de ella.

Luke gemía y sollozaba mientras con la mano derecha intentaba cubrir la gran herida que tenía en el otro brazo.

—¡Necesito ayuda! ¡Llama a emergencias! ¡Esa bestia casi me mata! —lloriqueó el chico.

—No morirás, el lobo ya no va a atacarte más.

Sus palabras hicieron que Luke desviara la mirada de su brazo hacia ella y al percatarse de que el lobo seguía allí retrocedió un par de metros hacia atrás.

—Pe-pero... ¿Cómo es que a ti no te ataca? ¿Esa bestia es tuya?

Laura miró al chico con una sonrisa y después miró al lobo que seguía a su lado.

—Sí, esta bestia es mía —contestó con una sonrisa.

## EPÍLOGO

Laura observaba, con una taza en las manos, desde la ventana de la cocina a Jay.

Como todas las mañanas, él salía a trabajar con los caballos al alba, pero ella se quedaba en la cama durmiendo. La mayoría de los días ni siquiera la despertaba el movimiento de él por la habitación. Un poco más tarde ella se levantaba y hacía café, pero no el desayuno porque eso era tarea de Jay. Le había prohibido de manera tajante que fuera ella la que lo hiciera, decía que el desayuno era su especialidad y durante el resto de su vida él lo cocinaría para Laura.

Habían pasado dos meses desde que el jefe Weasel había detenido a Luke Whistle en aquel risco. El chico había sido juzgado fuera de la reserva, puesto que los juzgados de la reserva no tenían jurisdicción sobre este tipo de crímenes. Ahora estaba encerrado en alguna cárcel del estado, Laura no había querido saber en cuál porque no le importaba. Luke pasaría mínimo treinta años encerrado y estaba segura de que cuando saliera de prisión el último sitio al que iría sería la reserva de los Blackfeet.

Jay dejó ir al caballo al que había estado cepillando y miró en dirección a la casa. Laura lo saludó con la mano y le hizo un gesto para que volviera. Él no se lo pensó dos veces, se quitó los guantes que llevaba puestos y de un salto franqueó el cerco donde estaban los animales. Unos segundos después entró por la puerta, fue hacia ella y la besó con pasión. Cuando terminó el beso, Laura estaba sin respiración.

—¿Quieres un café?

—Me apetece otra cosa... ¿Qué tal si volvemos a la cama y nos olvidamos de todo durante un rato? —propuso él con una sonrisa pícaro.

—No puedo, Melissa tiene que estar a punto de llegar.

—¿Melissa? ¿Y para qué viene?

Resignado, Jay fue a la cafetera y se sirvió una taza.

—Está trabajando en un encargo que le he hecho, y quiere enseñarme los bocetos que ha dibujado.

—¿Qué encargo?

—Es algo en madera, tengo una idea clara de lo que quiero. Se lo expliqué y me dijo que trabajaría en ello.

Jay se encogió de hombros, se acercó a ella y la besó de nuevo.

—No entiendo por qué has dejado el café para beber estas infusiones tan amargas. Besarte no es lo mismo —se quejó él.

Laura rio ante el tono infantil con el que Jay había dicho la última frase. En ese momento escucharon un coche, Jay salió con la taza en la mano y saludó con un beso a su prima, para después volver con los caballos.

La muchacha entró en la casa y Laura estuvo hablando con ella. Los dibujos que Melissa había traído eran fantásticos y reflejaban a la perfección la idea que ella había tenido. Al cabo de una hora, la chica se despidió porque tenía que abrir su tienda y le aseguró que empezaría a trabajar en el proyecto de inmediato. Con la copia en la mano que se había quedado meditó si esperar o hablar con Jay en ese momento. Decidió que no quería esperar, así que salió y lo llamó desde la puerta. Él acudió a los pocos minutos.

—¿Necesitas algo? —preguntó él, mirándola con preocupación.

—No necesito nada, por lo menos de momento. Pero quería enseñarte el boceto que ha hecho Melissa de lo que le he pedido.

Le tendió la hoja que sostenía en la mano y observó el semblante de Jay. Durante un momento él pareció no entender lo que estaba viendo, hasta que la sorpresa se dibujó en su rostro.

—¿Esto es...?

—Sí —confirmó ella.

—¿Pero cómo es posible?

—Jay, ¿tengo que explicarte a estas alturas cómo se hacen los niños?

Él la miró, inmóvil. Abrió la boca para decir algo pero ningún sonido salió de ella. Carraspeó y lo volvió a intentar.

—Es una cuna.

—Sí. Según el médico, en unos ocho meses vamos a necesitar una.

—¿Estás embarazada?

Ella asintió por respuesta. Empezaba a preocuparle el estado de estupefacción de él. O estaba en estado de shock, o es que la idea no le agradaba demasiado.

—Sé que es pronto, porque no llevamos mucho tiempo juntos, pero ha sucedido y bueno... Yo estoy contenta...

Él no la dejó continuar, la abrazó y la levantó en volandas. Dio varias vueltas sobre sí mismo con ella en brazos.

—¡Vamos a tener un hijo! —exclamó riendo.

—¡Me habías asustado al quedarte tan callado! Pensé que a lo mejor no lo querías tan pronto.

—¡Por supuesto que lo quiero! —dijo él—. Mmm... Tendremos que hacer algunos ajustes y cambios. Quizá debas replantearte el proyecto que quieres presentarle al Consejo, no vas a tener tiempo libre dentro de unos meses y en tu estado no deberías sufrir estrés.

—Jay, detente ahora mismo. No voy a dejar de hacer lo que me gusta porque esté embarazada. El proyecto del periódico de la reserva es importante, no solo para mí sino para todos lo que aquí viven. Quiero que la gente en el mundo sepa lo que es vivir en una, y los problemas que tenemos. No voy a dejarlo, así que ya puedes guardarte tu vena autoritaria conmigo, porque ya deberías saber que no voy a hacer lo que tú digas —aclaró ella.

—Sí, lo sé. Todavía sigo intentando acostumbrarme a ello —murmuró él un poco malhumorado.

Laura se acercó de nuevo a él y lo besó, enredó sus dedos en el pelo de Jay y le mordió el labio inferior.

—¿Qué te parece si lo celebramos volviendo a la cama y... nos olvidamos del mundo durante un rato? —preguntó ella repitiendo las palabras exactas que él había dicho antes de que llegara Melissa.

Por respuesta, Jay la cogió en peso y de esa manera la llevó hasta la habitación donde se emplearon a fondo en conseguir olvidarse del resto del mundo. Entre caricias y besos, Laura se preguntó si se podría ser más feliz de lo que ella lo era en aquel momento. No era la vida que había planeado durante años, pero sin duda, aquella era una vida mucho más apasionante y especial que cualquiera que hubiera podido imaginar.

## NOTA DE LA AUTORA

Esta historia vino a mí de repente, no tenía planeado escribir una novela de romance paranormal o fantasía. Pero una vez que los lobos se instalaron en mi mente, ya no hubo manera de sacarlos de ella.

Browning existe en la vida real. Es un pequeño pueblo ubicado dentro de la Reserva India de los Blackfeet, al noroeste de Montana y que limita en el norte con Canadá. El resto de lugares que se mencionan en este libro existen todos, si sentís curiosidad podéis buscarlos en internet. Escribir esta novela ha sido para mí fascinante, he podido recorrer esa parte de Montana y al mismo tiempo aprender sobre la historia y vida de la tribu de los Blackfeet.

Por supuesto, un autor tiene que tomarse sus licencias y aunque he intentado mantenerme fiel a la realidad, algunos datos no podrían ser corroborados de ninguna forma porque han sido creados y/o añadidos por mí.

He intentado mostrar respeto hacia un pueblo que primero fue masacrado, para después ser expulsado de sus tierras y al que finalmente se le reconoció su derecho histórico a tener su propio territorio. Encontraréis el rastro de los auténticos Blackfeet en los apellidos que he usado para los personajes nativoamericanos.

Sobre los lobos... Existen y forman parte de la fauna autóctona de la zona. Quizá si algún día tenéis la ocasión de transitar por las montañas del Glacier National Park os crucéis con alguno de tamaño desmesurado con un color de ojos extraordinario.

Quizá sea uno de mis lobos.

## AGRADECIMIENTOS

Una vez más llego a la parte de los agradecimientos. Son muchos los que me ayudan y apoyan en cada proyecto, pero como siempre, intentaré ser breve.

A Nina de nuevo, porque ella me anima a continuar, incluso en mis horas bajas. Te quiero.

A mi tribu, que siempre me acompaña. Sus risas, los momentos compartidos, las anécdotas y el cariño hacen que escribir tenga una razón de ser. Somos seis, pero nos sobra y nos basta.

A Candela, por su apoyo incondicional. Es mucho lo que me has dado a lo largo de los años y siempre te estará agradecida por ello. Fuiste una de las personas que me animó a escribir, te mereces estar aquí.

A mi lectora cero, amiga y correctora, por su infinita paciencia y por siempre estar ahí. Sabes que eres tú, no hay necesidad de dar tu nombre y que las hordas de fans se lancen en tu busca.

A todos los escritores que me han acompañado desde que tengo uso de razón, que han alimentado mis sueños y mis fantasías con sus maravillosas historias. Me gusta escribir, pero sin duda más me gusta leer.

Y a todos vosotros, lectores, por leerme. Espero que os guste este libro, he disfrutado mucho escribiéndolo y espero que vosotros lo hagáis también. Ha supuesto un desafío adentrarme en un género nuevo para mí, pero sin abandonar el romance. ¡Porque el amor mueve el mundo!

## OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Serie Hamptons:



### ENLACES

 Digital: <https://amzn.to/2SKINya>

 Papel: <https://amzn.to/37W2GWw>

### SIGUE A LA AUTORA EN LAS REDES



<https://www.facebook.com/angelabennett.autora/>



<https://www.instagram.com/angelabennett.author/>